

Tío Tím

Fernando Bernadó Gavín

Éste relato fue escrito en el año 1.967.

Ha sido realizado en procesador de textos e impreso en Noviembre del año 2.000.

En la Navidad del año 2.000, mi hermano Ramón nos hizo el regalo más especial que yo haya recibido jamás.

Puso en mis manos la Historia del Tío Tim escrita por nuestro padre.

Nos entrego a mis padres, a mi hermana Clara y a mí, un precioso Libro maravillosamente encuadernado.

Hoy, casi diez años más tarde, en febrero de 2010, tomo su relevo.

Y como la Historia nos sigue y persigue, hoy volvemos a editar este legado, esta vez con el número de Depósito Legal Z-1162-2021

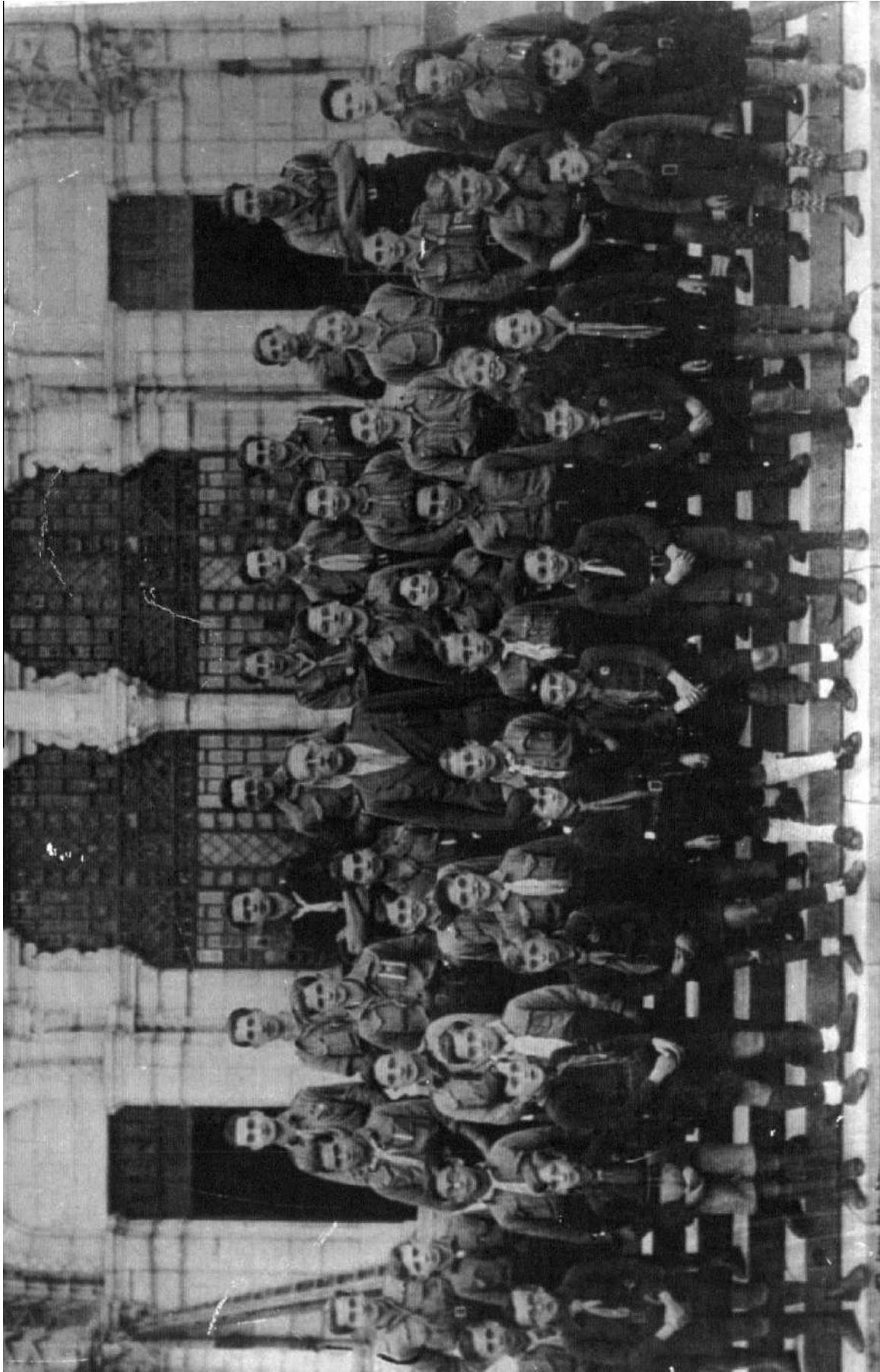
© Ramón, Pilar y Clara Bernadó Marrero

Este torpe relato tiene como finalidad principal honrar la memoria de Hofmant Jimerman, conocido por todos nosotros con el apelativo cariñoso de Tío Jim.

He puesto mi mejor voluntad al tratar de calificar sus cualidades humanas, sin embargo, nada ni nadie sería capaz de dar la medida exacta a tanta honradez y generosidad.

Gracias, Tío Jim, por todo cuanto de ti aprendí. Deseo que el hábito de tu presencia gobierne mis actos y mis deseos.

Fernando Bernadó Gavín



CAPÍTULO PRIMERO

Sonaba el despertador. Aún somnoliento alargué la mano hacia la mesilla intentando torpemente parar el mecanismo del odiado reloj.

Un nuevo día y la monotonía y la rutina cotidiana, anunciada con el estridente sonido de mi despertador, me resultaban opresivos, cuando aún aletargado por los sueños, mi mente y mi cuerpo estaban bajo la disciplina de la más grande de las perezas.

Me incorporé de la cama y tomé un cigarrillo del paquete que sobre la mesilla dejo siempre. Lo encendí y empecé a sentir mejor conciencia de mis actos. Miré la hora y como siempre el tiempo se hacía escaso para levantarme, asearme, desayunar y acudir a la cita de mi quehacer cotidiano en mi centro de trabajo.

Apresurándome hice todas las maniobras propias del caso, como un autómatas, como una máquina que ya tuviera programado su deber y su tiempo.

Salí a la calle. Consulté mi reloj y como casi todos los días señalaba las ocho cuarenta. Sonreí pensando en mi manía. Me había habituado a decir las horas como si fuera el jefe de una estación de ferrocarril y más de una vez había dejado asombrado y dudoso a algún transeúnte que me había preguntado la hora.

Quedaban diez minutos exactos para recorrer el trayecto entre mi casa y el trabajo. Sabía que llegaría tarde porque me detendría a recoger el periódico y esto siempre me entretenía. Caminaba a la vez que iba discurriendo que, en vez de pararme a recoger el diario, iría directamente al banco y ganaría unos minutos y como el reloj de entrada retrasaba tres, por una vez llegaría puntual.

Siguiendo el plan facilitado por mi imaginación, conseguí por una vez picar la tarjeta de llegada con la exactitud exigida por una entidad donde su regla más sobresaliente es precisamente eso: la exactitud.

Fui a mi mesa sentándome en mi silla y me dispuse a maniobrar en los libros. Empecé atendiendo la llegada de las cuentas que el botones traía con una regularidad aplastante y con una monotonía abrumadora. Y así, toda la jornada.

A una entidad bancaria entra mucha gente y siempre hay entre sus visitantes algún conocido o amigo. Yo siempre ando dispuesto a colaborar con aquellos conocidos míos que andan vacilantes al resolver sus diligencias en la entidad. Aquella mañana vino Luis a buscar mi colaboración.

Luis es arquitecto, pero nuestra relación se incubó en nuestros tiempos juveniles, cuando aún éramos niños. Ambos, con muchos otros pertenecemos a los Boys-Scouts.

Pero no solo por este hecho nació esa confianza entre nosotros, sino porque en la época de la Guerra Civil Española, un grupo, entre los que estábamos ambos, corrimos una aventura, que hizo que aprestásemos con una fuerza inolvidable la amistad y la hermandad, que el paso del tiempo no ha podido borrar.

Se acercó al mostrador y desde allí llamo mi atención. Acudí presuroso a saludarlo y su acogida fue tan cordial y sincera como siempre que nos veíamos.

Atendí su petición y charlamos de nuestras cosas, mientras esperábamos la terminación de su diligencia. Y así fuimos abarcando con el recuerdo los años de la gestación de nuestra amistad.

- Yo esperaba haberte visto el otro día en el sepelio de Tío Tim.
- ¡Cómo dices! Que el Tío Tim ha muerto. No sabía nada.
- ¡Hombre! Si estuvimos casi todos los del grupo de aquellos días.

- Pues yo no he tenido noticia hasta ahora. Y bien que lo siento. No solo por no haber prestado mi presencia en el entierro, sino porque de verdad que siento el fallecimiento del bueno de Tío Tim. Ya sabes cuanto le debemos y me siento pesaroso por la noticia.

- Que le vamos a hacer... ... es el tiempo... son las leyes inmutables de la naturaleza, y todos sin excepción pasaremos al recuerdo de los que queden, reuniéndonos con el Tío Tim, en el más allá. Y al Tío Tim le llegó su momento. Es así nada lo hará cambiar. Es la vida y su verdad. La única verdad. Bueno, me alegro de verte, chico. Ya sabes, que como siempre estoy a tu disposición y gracias por tu ayuda.

- De nada hombre. Ya sabes donde me tienes. Hasta que quieras.

Por fin la jornada de este día acabó. Para mí la labor de este día no fue muy brillante, porque por más empeño que ponía en concentrarme en mi quehacer diario, la memoria del Tío Tim vagaba en mi recuerdo, impidiéndome la concentración adecuada.

Por este motivo sentí un tremendo alivio al ver por fin finalizada la jornada.

Cuando ya en la calle me dirigía a tomar el camino a mi casa, se me acercó Gómez y echándome bruscamente la mano sobre mi hombro, con su habitual vozarrón me invitó a tapear.

- ¿Vienes? Me decía. Estás pachucho y tienes que despejarte un poco. Además, si lo que te pasa es un desengaño de amor, el beber te consolará. Si has tenido pelea con el diré..., unos tragos te harán olvidar a tan desagradable personajillo. Y si lo que tienes es que se te ha muerto alguna tía rica, lo celebraremos. Porque la herencia que te deje te dará por lo menos para una invitación. ¿No?... Así que vamos.

- No seas charlatán, hombre. No me pasa nada de lo que dices. Pero tienes razón en una cosa. Si estoy pachucho, como tú dices. Por lo tanto, prefiero ir a casa directamente. Mañana tal vez os acompañe.

Perdona, pero hoy no haría otra cosa que poner una nota triste en vuestra tertulia. No estoy de humor.

- ¿Te pasa algo grave?
- No Gómez, no me pasa nada grave. Solo es... es que no me encuentro bien. Gracias por tu interés. Hasta mañana.
- Adiós chico. Que te alivies.
- Gracias, nuevamente. Ya te veré. Adiós.

Me iba preguntando: ¿qué es lo que te pasa Fernando? ¿Porqué no has querido ir con los compañeros a tomar unas copas? ¿Tanto te ha afectado lo del Tío Tim?

Trataba por todos los medios convencerme que en nada afectaba a mi espíritu el óbito de Tío Tim, sin embargo, no podía apartarlo de mi imaginación y lo veía... ..

Lo tenía enfrente de mí, como cuando lo conocí. Era en aquel despachito, cuando acompañado de Juan-José, mi hermano mayor, fuimos a inscribirnos en los Boys-Scouts.

Rellenábamos la solicitud cuando entró él. Era alto, muy alto, y a mí aún me lo parecía más, porque mi pequeña estatura contrastaba con mayor vigor al lado de su corpulencia. Su enorme corpachón le hacía parecer todavía mayor, más poderoso. Sobre su nariz pendían unos lentecitos diminutos en comparación con su rostro, de esos que se sujetan por presión y que por lo tanto no llevan varillas, dando la impresión de que los iba a perder en cualquier momento.

Se dirigió al encargado del registro y con acento extranjero dijo:

- ¿Nuevos?
- Sí señor Tim. Están haciendo la ficha de inscripción.
- Cómo te llamas novato. –Dijo dirigiéndose a mí-
- ¿Quién yo?
- Sí hombre, tú.
- Me llamo Fernando. Fernando Bernadó.

- Y ¿cuántos años tienes?
- Nueve, señor.
- Llámame señor Tim. Aquí todos me llaman así.
- Sí señor. Sí... señor Tim –dije tímidamente-
- Bien, muy bien. ¿Sois hermanos?
- Sí señor.
- Ejem...
- Perdón. Sí, señor Tim.

- Antes que Borobio os acompañe a vuestros respectivos instructores os diré algo, que nunca debéis olvidar. Prestad atención ambos. Aquí debéis olvidar que sois uno solo, pues la unidad y el compañerismo son vuestros lemas. Deberéis procurar hacer una buena obra cada día y anotarla en vuestro corazón, porque un buen explorador no necesita del recuento de sus buenos actos para su gloria, sino que debe remitirlas a Dios, para que Él juzgue. Obrad con rectitud y mirad “siempre adelante”, como canta nuestro himno y así llegareis a ser unos buenos boys-scouts. ¡Bienvenidos!

Alargó su grandiosa mano y estrechó la nuestra con efusión. Sentí, una vez más, timidez, al ofrecer mi diminuta mano a tan severo caballero, porque con sus palabras, cuando nos habló, había un vibrar y un acento de tal sinceridad que ya empecé a sentir más responsable, más maduro.

Borobio nos acompañó a través de un pasillo. Al final había un salón grande donde chicos y mayores departían amigablemente.

A mi hermano Juan-José lo dejaron entre el primer grupo que encontramos. A mí me llevó hasta el fondo de la sala y dirigiéndose a un joven de unos veinte años le dijo:

- Aquí te traigo un recluta.
- Hola, Borobio. ¿Éste es el nuevo?
- Sí señor –dije yo-
- Bien. ¿Qué tal estás? –y me tendió la mano para saludarme-

- Yo me llamo Marqueta y soy el instructor del grupo Ebro. Tú por lo visto vienes a él. Sé bienvenido.

Se volvió hacia el grupo de muchachos que estaban hablando con él y dirigiéndose a ellos los llamó.

- ¡Eh... muchachos! Os voy a presentar a un nuevo compañero. ¿Cómo te llamas?

- Fernando. Fernando Bernadó.

- Encantado de conocerte. Mira éste es Luis.

- Que tal Fernando.

- Bien, gracias.

- Éste es Juan.

- Hola...

- Hola...

- Éste es José-María.

- Bienvenido chico.

- Gracias.

- Me alegra tenerte entre nosotros. ¿Ya conoces lo que debes traer para el próximo domingo?

- No. No sé nada.

- Claro es verdad. Ven. Te acompañaré al almacén, para que te den equipo para la próxima excursión. Por aquí...

Mi acompañante me llevó al almacén donde me aprovisionaron de mochila.

- El uniforme te lo pondrás cuando te hayas instruido. Te voy a dar el decálogo del explorador, para que lo estudies y también el himno.

- Apréndete esto para el domingo y con lo que te enseñaremos podrás lucir el uniforme de los boys-scouts enseguida.

- Bueno. Te esperamos el domingo a las ocho de la mañana. Hasta entonces. Y no faltes.

Había caminado como un autómatas absorbido en estos recuerdos y cuando me di cuenta ya estaba llegando al portal de mi casa, olvidándome hasta de recoger el periódico.

- Ahora ya no me vuelvo –pensé-. Ya estoy en casa así que a comer.



Plaza de España de Zaragoza realizada en los años treinta.

CAPÍTULO SEGUNDO

Terminada la comida me senté a mirar la televisión, ya que había olvidado el periódico. No prestaba gran atención al programa de la pequeña pantalla y nuevamente comencé a pensar en aquella etapa de mi niñez.

A mi memoria acudían a tropel los acontecimientos de aquellos tiempos.

Entornaba los ojos y hacía revivir a mi contemplación ensoñadora los rostros, los gestos, las voces de todos mis amigos.

Veía al señor Tim gesticulando, enfrentándose a aquellos hombres... ..

Veía... Pero ¿cómo se llamaba el señor Tim en realidad?

¿Hofmant? Qué cosa tan extraña me ocurría. Había vivido días angustiosos bajo su tutela y nunca supe con certeza su verdadero nombre. Sabía que era holandés, que su profesión era la de químico. Pero ¿su nombre?

Y por más que trataba de recordarlo no lo lograba. Solo confundirme más aún.

Seguía en la misma postura cuando mi madre me sobresaltó con sus voces.

- Pero hijo si estás dormido ¿para qué quieres la televisión?

- No mamá, no dormía. Pensaba.

- Y para pensar es preciso tener la televisión puesta, con la luz que gasta. La miras o la quito.

- Quítala mamá. No me interesa nada lo que están diciendo.

Pensaba en el Tío Tim. ¿Te acuerdas?

- ¿Qué si me acuerdo? Claro que sí hijo. Recuerdo que cuando regresasteis de Francia, parecías un cadáver por lo delgado que estabas. Y que vida lleva este buen señor.

- Sabes mamá que ha muerto.
- ¿Qué ha muerto dices?
- Sí mamá. Hoy precisamente me he enterado de ello. Y de verdad que lo he sentido.
- Yo también hijo. Que Dios lo acoja en su seno.
- Sabes madre. Estaba tratando de recordar todo cuanto aconteció en aquellos días. Y aún me pregunto ¿cómo se te ocurrió enviarnos a esa excursión? Si mal no recuerdo, era la primera vez que nos enviabas fuera de casa solos.
- Así fue. Efectivamente era la primera vez que me atrevía a mandaros de veraneo sin estar bajo mi tutela. Las condiciones económicas que atravesábamos entonces no eran nada boyantes. Ya sabes que tu padre vendió el poco patrimonio que nos quedaba para poner en marcha el negocio que puso a tu hermano Mariano. No teníamos intención de enviaros a ninguna parte. Pero tú estabas siempre delicado y tu crecimiento era tan lento, que pensamos que unos días en la montaña te beneficiarían en tu salud. Y esto fue lo que nos decidió. Luego hay que poner también en la balanza de esta decisión, la ilusión que tu hermano José y tú teníais en este viaje. La víspera de vuestra partida fue emocionante para nosotros. Contemplar como repasabais el equipo era un puro gozo. No sé cuantas veces lo mirasteis. ¡Ay, hijo! Si hubiéramos sabido las lágrimas y las inquietudes que habíamos de pasar... ... Pero el hombre propone y Dios dispone.
- Si las cosas se supieran. Pero a pesar de todo no me importa. Guardo muy buenos recuerdos de aquellos días.

Me revolví en mi butaca. Adopté una postura más cómoda. Cerré los ojos y empecé a rememorar el pasado.

Recordaba que el día de nuestra partida, alegres y jubilosos, ilusionados y contentos, todos los novatos unidos al grupo Ebro, ocupábamos el autobús.

En él, marchábamos por la carretera camino de nuestro destino, los más jóvenes del grupo acompañados de nuestros instructores al campamento de verano. Nuestro destino era Ordesa.

Sentía latir mi corazón, con repiqueteo alegre dentro de mi pecho. Los recuerdos se agolpan tumultuosamente en mi imaginación. Mi primera salida con el grupo, aquel primer domingo posterior a mi inscripción como explorador.

Las lecciones que fui recibiendo las aprendí con avidez, hasta consumir mis adelantos educativos con la “Promesa” y todo el “decálogo” que fue inspirado en el fundador de los scouts.

Robert Baden Powell era inglés y llegó a teniente-general. Sir Robert, en 1.899 a 1.901, aprovechó las dotes de observación y entusiasmo de la juventud para la defensa de los intereses de sus tropas durante la guerra de los Boers. Como consecuencia de sus observaciones apreció la positiva labor que los jóvenes unidos en lazos de igualdad podían desarrollar. Y así nacieron los boys-scouts.

Oficialmente los boys-scouts tienen su origen en el campamento de Brownsea junto a la isla de Wight entre los días 25 de julio al 9 de Agosto de 1.907. Su principal característica es formar jóvenes sanos, íntegros, eficaces, llenos de ardor y útiles al país. En la organización no se hace distinción de raza, clase social o credo político o religioso.

Nuestro general publicó su libro reuniendo en él sus experiencias. Lo tituló *Scouting for Boys* (escultismo para jóvenes). Su éxito fue arrollador, impresionante y así, en pocos meses los boys-scouts contaron con más de cien mil miembros.

Me sonreía viendo lo bien aprendido que tenía el origen de nuestra organización y seguí recordando las etapas de mi instrucción como scout.

En 1.910, Powell junto con su hermana Agnes habían dado un paso de gigantes al complementar sus ideas con la incorporación de la juventud femenina.

El éxito del sistema obligó a Powell a considerar la posibilidad de incorporar a jóvenes mayores de 17 años. Para ello se creó la rama de los rovers.

La Gran Guerra paralizó parcialmente el scouting. Cuando ésta finalizó Powell organizó un campamento internacional que denominó Jamboree, que inauguró el 29 de Julio de 1.920 en Londres.

Llegaron millares de scouts representando 27 naciones, realizando la experiencia de hacer vida en común, inspirados por las reglas del *Scouting for boys*. Su éxito fue arrollador.

Sin embargo, la historia de los inicios de los exploradores no era, ni mucho menos, el camino completo de mi instrucción. Esto era casi anecdótico.

Cuando realmente se inició mi verdadera educación de scout fue al segundo domingo.

Mi instructor Sánchez me decía:

- Recuerda bien. Voy a tratar de enseñarte. Los fines educativos de todo scout están inspirados en el entretenimiento activo y positivo que tiene un fin, que éste tienda a una vida democrática.

La organización de los scouts respetará la evolución de tu individualidad, de tu carácter y favorecerá y desarrollará tu espíritu de aventura y de juego, tu iniciativa y tu sentido del honor y tu gusto alegre por la vida en medio de la naturaleza. Y a la vez, trataremos de inculcarte el valor del trabajo manual y la disciplina personal en la vida comunitaria.

Yo prestaba mucha atención a sus palabras, aunque reconozco que algunas de las cosas que me decía me resultaban tan vagas a mi entendimiento, que tentado estaba de pedir aclaraciones. Pero sentí temor, porque no pensara mi instructor que era un ignorante.

¡Qué equivocado que estaba! Pero aquel día era para mi más importante el seguir adelante que ninguna otra cosa.

Sánchez prosiguió:

- Tu educación como scout se basa en tres puntos.

En primer lugar, la aplicación de un sistema de patrullas, integrado por cinco o seis elementos, cada uno de los cuales tiene una responsabilidad.

Tú perteneces a la patrulla del león y tienes una misión concreta que cumplir. Esta experiencia con tus compañeros es la primera lección que recibes y creo que con ello conseguirás una instructiva lección de la vida social y comunicativa.

La segunda consiste en un programa metódico del desarrollo individual. En sucesivas etapas te iremos formando y cada etapa corresponde a un progreso de capacidades, venciendo pruebas que ponen de manifiesto cierto nivel físico indispensable, lo mismo técnico que moral.

Todo esto lo irás consiguiendo con un buen entrenamiento, porque no solo basta tener fuerza, hay que conseguir técnica, para que ambas unidas propicien que el esfuerzo que desarrolles tenga un aprovechamiento superior. Pero te repito que esto no se consigue en un día. Procuraremos que puedas aprovechar tus energías en algo que más te agrade.

Y el tercer punto, que es para ti muy importante, es la exigencia de una ley moral positiva, basada en el compromiso personal, en la *Promesa*. Con la que te comprometes a no faltar a tu palabra, a ser fiel, a no regatear tu ayuda y amistad a ser educado y generoso. Deberás amar a la naturaleza, en la que se ve la obra de Dios, a obedecer prestamente, a sonreír ante las dificultades, a ser puro de cuerpo, de palabra y pensamiento.

El cumplimiento de este programa tiene su exponente en la “buena obra” (*good-turn*).

Recuerda los puntos fundamentales que son:

La participación en una vida de diversión positiva y la fidelidad al espíritu de la obra de Baden Powell. Ten presente que el alma del “gran juego” scout contiene una inspiración moral y una experiencia concreta de cooperación social y autoeducación.

Aquí en España, los exploradores fueron creados por Teodoro Iradier. Aunque anteriormente los scouts catalanes ya practicaban el cultismo por propia iniciativa. Pero cuando Iradier fundó Exploradores de España, los catalanes se integraron a la denominación nacional.

Habrás visto que el emblema del scout es el lirio que a su vez es símbolo de la paz y que nuestro patrón es San Jorge.

Estas lecciones que yo aprendí con interés y entusiasmo me hicieron acreedor rápidamente de poder lucir mi uniforme completo y así vestido, aquel día, hice mi promesa.

Todo fue muy sencillo. Creía que las dificultades de la ceremonia me harían fracasar, pero una vez más mi sorpresa fue aleccionadora.

Cuando llegamos al fin de nuestra jornada dominguera, sin gran preámbulo, el grupo formó un corro. Allí en medio de mis compañeros, teniendo a la derecha a mi instructor y a la izquierda el guía de mi patrulla, el Tío Tim, enfrente de nosotros, me hizo alzar la mano derecha con el saludo del explorador. Éste consiste en juntar el meñique y el pulgar dejando los restantes dedos de la mano juntos y en vertical y repetir lo siguiente:

“Prometo ante Dios y mis compañeros ser fiel a los principios de todo explorador y procuraré servir con ejemplaridad los postulados de todo scout”

El silencio era total y pese a que hablé tímidamente mi voz se escuchó clara y determinativa con fe en lo que prometía.

El Tío Tim me puso la insignia en el bolsillo izquierdo de mi camisa. Tendiéndome su mano, cordialmente me dijo:

- ¡¡Felicidades!!

El grupo no esperó orden de romper filas, y todos a una me cogieron para voltearme jubilosos, a la vez que reían alborozados.

Así fui explorador, de esta manera me vi enrolado en el campamento de verano de aquel Julio de 1.936.



Plaza de Basilio Paraíso y Facultad de Medicina de Zaragoza, foto de la época.

CAPÍTULO TERCERO

Me sonreía, viendo con que nitidez los recuerdos acudían a mi mente y me aparecía la misma emoción nerviosa que cuando partimos para nuestro campamento.

Allí en el asiento del autobús, mientras mis compañeros cantaban con alegría, yo veía a mi madre llorosa, y sin embargo, contenta. Aún ignoraba que la alegría también hace llorar. Entonces, mi mente juvenil creía que el llanto solo engendra tristeza, pero aprendí que “el alborozo emocional del sentimiento alegre y agradecido también fabrica lágrimas de amor”.

Mis hermanas dando consejos, mi padre envarado, tratando de disimular su emoción, me tendió la mano.

- Suerte muchacho.

Y no dijo más.

Me erguía como un guerrero triunfador porque temía echarme a llorar como mi madre. Me sentía tan hombre que mi orgullo, que mi masculinidad prematura no podía permitirse esta flaqueza delante de todos. Y sin embargo, lloré.

Miraba por la ventanilla del autobús. Atrás quedaba mi ciudad, mi familia y recortándose al fondo aún se divisaban las torres del Pilar.

Elevé una oración a mi patrona y más que rezar murmuré: Pilarica, cuídanos. Sin saber, entonces, lo necesitados que íbamos a estar de su protección.

Rodábamos a buena marcha y aunque los cantos ya no eran unánimes, como al principio de nuestra salida, aún había un grupo reunido que hacían de sus voces un melodioso canto, que los demás escuchábamos silenciosos.

Huesca y la marcha seguían con igual ritmo. Barbastro y el camino empiezan a ser más tortuosos. La carretera se estrecha y nuestro

autobús como acusando la subida que vamos iniciando aminora su velocidad.

Ainsa y poco más tarde Boltaña, hasta llegar a Broto donde hacemos parada. Bajamos todos e inundamos las cunetas de la carretera para desahogarnos de las necesidades que habíamos acumulado durante la marcha.

No tardó mucho tiempo en reunirse con nosotros el segundo autobús en el que los componentes de los grupos Zaragoza y Patria con los rovers del Aragón completaban la totalidad de los excursionistas de aquel año.

Tío Tim acompañado de Borobio fue a diligenciar los detalles del suministro y al rato de permanecer allí se dio nuevamente la orden de reanudar la marcha.

El camino que nos quedaba por recorrer era ya breve, pues estábamos en plena montaña. Nuestra meta estaba allí en el horizonte majestuoso de los picos que divisábamos tan cercanos.

Breve recorrido de nuestros coches, pues ahora ya íbamos en caravana y... Torla. Último poblado habitado antes de llegar al valle. Rápidamente empezamos a descargar el bagaje de la baca del coche.

Íbamos a iniciar la actividad más creciente del calendario previsto y éste era organizar la acampada.

Mientras se hacía un reconocimiento del valle, para observar donde podía resultar más cómodo asentar nuestro campamento, los restantes componentes apilamos el material que descargábamos.

No faltó orden y cada movimiento parecía que se había ensayado previamente.

Los hombres, ya prácticos en estos menesteres, colaboraban con su fuerza, su técnica y su experiencia con aquellos, que como yo, mirábamos asombrados la magnificencia del paisaje que nos rodeaba, olvidando con nuestro asombro el quehacer asignado a cada uno.

Pronto regresaron los exploradores del terreno y precedidos del Tío Tim empezamos a transportar las tiendas hasta el lugar elegido.

Cruzamos un pequeño puente, construido por navarros. Luego supe que lo llamaban de los Navarros. Todo el puente estaba hecho de maderos de pino y pese a su aspecto rústico, su solidez no dejaba lugar a dudas.

Cargados con nuestros pertrechos personales y lo que podíamos cargar cada uno de nosotros, caminábamos tras los pasos de nuestro jefe, en pos del lugar propicio, que previamente se había estudiado por los expertos y según su criterio era el mejor.

Efectivamente, el lugar era precioso, aunque me pareciera que cualquier parte de aquel majestuoso valle era idóneo para la acampada.

Éste estaba cerca del río y la planicie. Era de una horizontalidad envidiable y su césped verde oscuro y abundante.

Tuvimos que hacer varios viajes para conseguir llevar todo nuestro voluminoso campamento de los autobuses al lugar elegido. Tuvimos de descansar, porque a la hora del mediodía, ya tarde, nos pusimos a comer de los suministros que para aquel día habíamos llevado cada uno de nuestras casas.

Cuando todo estuvo acarreado, empezamos a montar nuestras respectivas tiendas de campaña. Desplegamos la tienda, montamos los trípodes de ella, y unos por lado y otros por el otro izamos las lonas, y así empezamos a cubrir el valle de tiendas de campaña en un orden preestablecido.

Clavar los pivotes. Tensar los tirantes. Nuestro hogar veraniego se erguía petulante al lado de los otros, que como el nuestro también se alzaban por doquier.

Luego, cavar la zanja alrededor de la tienda, en previsión de futuras lluvias para así evitar una posible inundación de nuestro recinto de lona.

Ya la tarde declinaba, cuando por fin todo el campamento quedó terminado.

Nuestro cansancio era enorme, como nuestra satisfacción y tomando algunas viandas de nuestras provisiones, nos dispusimos a descansar y este deseo era unánime.

Me costó algún tiempo conciliar el sueño, tal vez por la emoción y el mismo cansancio me lo impidiera, o pienso que tal vez fue el celo que sentía de verme por primera vez desamparado de los cuidados maternos al que tan acostumbrado estaba. Pero me dormí.



CAPÍTULO CUARTO

Un fuerte tirón de un tirante de nuestra tienda y una voz que gritaba:

- ¡Arriba perezosos! Que el dios Febo quiere ver la cara que tenéis.

Tal fue el original despertador de nuestra primera mañana de acampada.

Nos incorporamos para levantarnos, arrastrando la manta a un lado, olvidando nuestra pereza que aún prevalecía en nosotros.

Tomando de nuestras mochilas los enseres propios para nuestro aseo, nos dispusimos a ir al gran lavabo del río Arazas, que tan cerca teníamos.

La mañana estaba fría y el agua del río mucho más. Pero las abluciones que nos dimos terminaron con nuestro aletargamiento vigorizando nuestro gran deseo de aventura. Aún teníamos muchas cosas que realizar aquel día para completar la instalación de nuestro campamento.

Nuestro interés era verlo todo terminado pues ardíamos en deseos de conquistar aquellos penachos elevados, blancos por la nieve y de aspecto inaccesible.

El torcal del Mayo, Cotatuero, El Soaso, Monte Perdido, Las Tres Marías, nombres de aquellas imponentes moles que rodean el valle y que nosotros estábamos ávidos de ganarlos, superando las dificultades que pudieran ofrecernos su conquista.

Regresamos a nuestra tienda y sacamos los sacos de dormir al sol y nos dispusimos a asear nuestro hogar de lona.

Cortamos unos bojs y con ellos improvisamos una escoba con que barrer el suelo. Alegres empeñados en la tarea de adecentar y acondicionar aún más nuestra casa provisional. Entre bromas de unos y

otros, pasaba el tiempo. Nuestra tarea avanzaba con diligente empuje, canalizando nuestra labor los exactos consejos de nuestro instructor que era con su ejemplo y su buen quehacer un maestro digno de imitación.

Sonó un cuerno de caza y asombrados nos miramos unos a otros. Pero nuestra duda pronto se vio disipada, pues Sánchez nos dijo:

- Vamos muchachos. Dejad todo y vamos a desayunar.

Desde este momento el sonido del cuerno de caza sería para nosotros como clarines angelicales, pues anunciaría las horas del yantar y esto lo esperaríamos con verdadera ansiedad durante muchos días.

El desayuno vivificó aún más nuestro deseo de actividad, pues fue abundante y bueno.

Seguidamente a cada grupo se le asignó un quehacer determinado y al nuestro le tocó ir a recoger leña para la cocina.

Capitaneados esta vez por Marqueta, salimos provistos de hachas, dispuestos a acumular combustible para largo tiempo.

Atravesamos el valle por el lugar que conducía a la ladera donde las Marías iniciaban su pendiente. No hubo necesidad de hacer uso de las hachas pues la carrasca y las ramas de pino seco desgajadas por los elementos yacían en el suelo abundantemente, solo hacía falta amontonarla haciendo haces para su mejor transporte.

Hicimos varios viajes con nuestro cargamento y la actividad seguía creciendo en cualquier parte que mirábamos.

Parte del grupo Aragón transportaba piedras, mientras el resto se dedicaba a hacer un fogón para mejor facilitar la preparación de nuestra comida.

Otros estaban pelando patatas y cuando los vimos nos burlamos de ellos.

-¿Tenéis hambre leones? ¡Pues ahí van unas cuantas papas!

Echamos a correr para evitar los impactos que nos enviaban, riendo a carcajadas. Cuando ya lejos del alcance de ellos, nos volvíamos burlones a incitarles para violentarlos aún más. Las papas se multiplicaban en el campo.

Nuestra broma nos costó una reprimenda de Marqueta, concluyendo así:

- Y para que aprendáis, mañana seréis vosotros los que pelaréis las patatas.

¡Valiente aventura se nos esperaba para el día siguiente!

Pronto se hizo el mediodía y el cuerno anunció la hora de comer. Abandonamos la búsqueda de vegetales combustibles y corrimos en busca de algo mejor: ¡la comida!

El ejercicio y el caminar por las espesuras de los pinos nos habían abierto un apetito feroz y creo que apresuramos nuestro regreso con más avidez que en toda la mañana.

En el camino nos encontramos a los lobatos que arrastraban un inmenso pino despojado de su ramaje.

- ¡Eh, los del Ebro! Venid a echarnos una mano.

Lo arrastraban con una cuerda que asían entre todos y nosotros colaboramos con ellos.

- Es para el mástil -Nos decía Espeleta, con voz entrecortada por la fatiga del esfuerzo que estaban realizando.

Pero nuestra ayuda y la planicie del valle nos facilitaron la labor de arrastre, consiguiendo llegar al campamento justo cuando el cuerno de caza retumbaba con su sonido ronco, que el eco volvía a repetir burlonamente.

Nuestra sorpresa fue grande cuando vimos que a espaldas de la cocina y tras una tupida mata de boj, que hacía las veces de biombo, se había instalado un comedor.

Troncos de pino cortados hacían de mesa y como sillas todo un gran sillón tapizado de verde, como era el césped del valle.

En primer término, los lobatos, seguidos de nosotros los del grupo Ebro, para continuar con los del grupo Zaragoza y formando un ángulo otros pinos para el grupo Patria y Aragón.

Todo fue abundante y la comida transcurrió entre alegría y satisfacción.

Descansamos un buen rato después del almuerzo, tumbados a la sombra de nuestra tienda, pues el sol de la tarde era abrumador.

Dormitábamos unos, mientras otros tomaban papel y lápices y se ponían a escribir a sus casas. Yo pensé que aún no tenía nada interesante que contar. Ya escribiré mañana, tal vez ya pueda narrar algo más importante y de mayor emoción.

Cuando reanudamos la tarea, se nos encargó ayudar a los lobatos en la colocación del mástil para poder izar la bandera de España junto con la de los scouts. Y así pasamos el resto de la tarde, hasta ver coronado nuestro esfuerzo con la colocación del mismo.

Otros se habían entretenido en colocar postes señalizadores en cada tienda y así se completaba hasta el último detalle de la puesta a punto de nuestro campamento.

Sonó de nuevamente el cuerno y nos dispusimos para la cena. Ocupamos nuestros puestos y ésta fue servida prestamente, siguiendo la tónica del mediodía, fue abundante y sabrosa.

La oscuridad se cernía sobre el valle y se sacaron los petromaxes, que eran unas lámparas de petróleo, colocándolos en sitios estratégicos donde alumbraran el paso y poder caminar sin tropiezos hasta nuestras tiendas.

Preparamos una vez más nuestros petates y nos acostamos. Sánchez nos deseó las buenas noches, mientras Marqueta se entretenía en anudar la entrada de la tienda.

Los reflejos de las luces de los petromaxes fueron desapareciendo y por la abertura de la ventana de la tienda solo se veían las estrellas.

El silencio era cada vez mayor y solo se oía a lo lejos el mugir de las vacas que sueltas en plena libertad apacentaban por el valle.

Cambié de postura y somnoliento dije a Luis, que estaba a mi lado:

- Buenas noches, Luis.

Pero no me contestó, ya dormía. Encogí mis piernas, me arropé más aún, pues sentía frío y también me dormí.



Macizo del Cilindro y Monte Perdido.



Torla.

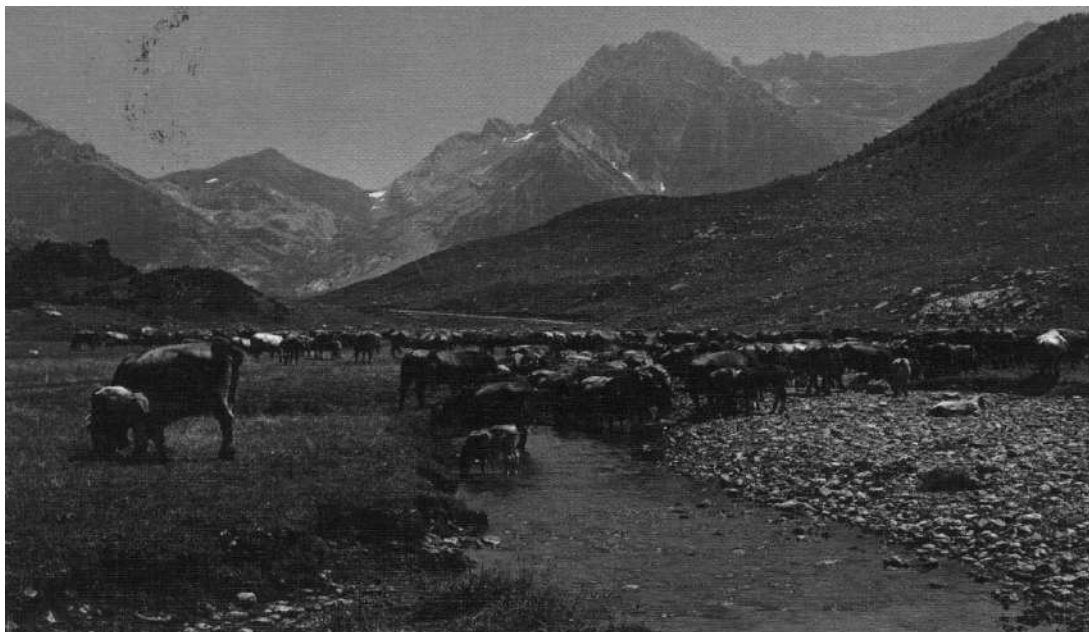
CAPÍTULO QUINTO

Me desperté súbitamente ante la sacudida violenta de nuestra tienda en la creencia de que el nuevo día ya había hecho su aparición.

Sin embargo, la oscuridad era total, ya que el ventanuco de la tienda estaba cerrado, pero no había claridad alguna que señalara que el día había hecho su aparición.

Nuevamente la tienda se bamboleó alarmantemente a la vez que un mugido denunciaba al autor de mis desvelos.

Unas de las vacas que andaban sueltas por el valle se entretenía y enredaba con los tensores de nuestra tienda. Cada paso que daba tropezando con las cuerdas la tienda se veía sacudida como si un terremoto estuviera en plena actividad.



Grupo de vacas en el valle de Ordesa.

Volví a conciliar, pero me pareció muy breve el rato que había conseguido dormir.

Porque el tirón que ahora sacudía nuestra tienda sí era el anuncio que un nuevo día de actividad nos aguardaba.

Volvimos a repetir el mismo quehacer matutino del día anterior. Las abluciones del agua en el río nos despabilaron rápidamente y terminado nuestro aseo volvimos a nuestra tienda dispuestos a hacer la limpieza cotidiana.

Terminábamos nuestra labor cuando sonó el cuerno de caza y esta vez de una forma desafinada y desaforada, pues nuestra corneta estaba falto de práctica, aunque lleno de buena voluntad, ya que el esfuerzo que hacía por dejarse sentir no dejaba lugar a dudas.

Caminamos en busca del reconfortante café, porque la mañana estaba fría y apetecía, se deseaba algo caliente con que templar nuestros gélidos cuerpos.

El café caliente acompañado de galletas y chocolate, bastaron para insuflarnos los ánimos y el optimismo suficientes para iniciar cualquier aventura.

Pero nuestra decepción fue grande cuando Marqueta nos recordó que un abundante montón de patatas esperaban las caricias de nuestras angelicales manos.

Obedientes nos pusimos a la disposición de nuestro cocinero, que nos proveyó de cuchillos. Nos hizo sentarnos ante un gran saco de patatas diciéndonos:

- En cuanto acabéis: fiesta.

La intendencia salió perdiendo con la incitación de nuestro cocinero, porque en nuestro afán por terminar de mondar tan monumental saco de tubérculos, las mondaduras que estábamos haciendo parecían más bien como si guillotináramos las infelices papas.

Pero no duró mucho tiempo el desaguisado porque nuestro cocinero al ver el crimen que estábamos realizando con las papas puso el grito en el cielo, calificándonos con palabras poco edificantes, de patanes.

Nos mostró rojo de ira como debíamos hacerlo, a la vez que nos amenazaba con denunciarnos a nuestros superiores si reincidíamos en nuestra actitud.

No nos quedó más remedio que afinar las mondas, pero presentimos que así teníamos papas para todo el día.

Aburridos de pelar patatas, pasamos parte de la mañana. Cuando vino Sánchez para avisarnos que dejáramos la labor que realizábamos. Se iban a izar las banderas y teníamos que vestirnos para la ceremonia.

Dejamos las patatas con gran satisfacción y fuimos a lavarnos y seguidamente a vestirnos.

Sonó el silbato reclamando a todos que, vestidos con nuestros uniformes, alrededor del mástil, que en medio, erecto, se erguía allí dispuesto a recibir las enseñas de la Patria y de los scouts.

El señor Tim, con el mayor y el menor de nosotros, se dirigió al mástil portando las banderas. El silencio era total.

Ató las banderas a las cuerdas que habían de elevarlas a la cúspide del mástil. Sonó el silbato del Tío Tim. Alzamos nuestra mano con el saludo del scout y mientras lentamente las enseñas eran izadas y cantábamos el himno de los exploradores:

Seréis para ser buenos
Mejores cada día
Con este faro y guía
Cumplir vuestro deber.

Caricias y besos y ahora sonrisas
Como sonrisas de amanecer
Primero aurora, después lumbreras
Vuestra promesa tiene que ser.

Gloriosa madre, Patria querida
Más que a mi vida he de quererte

Tu santo nombre será mi sueño
Y aunque pequeño, sabré honrarte.

Siempre adelante, siempre adelante
Cumpliendo alegre vuestro deber
Siempre avanzando, nada hay distante
Que es humillante retroceder

Abrir las almas, juntar las vidas
Al fuego santo de un solo hogar
Las gotas de agua que van unidas
Formando ríos llegan al mar

Las llagas del leproso
Que son para el cristiano
Si en él ve a un hermano
Luz, caridad y amor

Caricias y besos y ahora sonrisas
Como sonrisas de amanecer
Primero aurora, después lumbreras
Vuestra promesa tiene que ser.

Gloriosa madre, Patria querida
Más que a mi vida he de quererte
Tu santo nombre será mi sueño
Y aunque pequeño, sabré honrarte.

Siempre adelante, siempre adelante
Cumpliendo alegre vuestro deber
Siempre avanzando, nada hay distante
Que es humillante retroceder

Abrir las almas, juntar las vidas
Al fuego santo de un solo hogar
Las gotas de agua que van unidas
Formando ríos llegan al mar

Acabado el himno, las banderas balanceándose con suavidad por el tibio viento de aquel día se mostraban en su cúspide, límpidas y luminosas.

El señor Tim se volvió hacia nosotros y gritó:

- ¡¡¡Exploradores!!! ¡¡¡Viva España!!!

- ¡¡¡Viva!!!

Contestamos todos los componentes de la formación y seguidamente se rompieron filas.

Nuevamente nos quitamos la ropa, quedándonos con nuestros pantalones de deporte y la camiseta, recogiendo cuidadosamente nuestros uniformes para tratar de retrasar nuestra cita con las patatas.

Pero alguien dijo:

- ¡A ver que valiente es capaz de darse un baño!

Alborozados con la idea, tomamos el bañador y corriendo como locos, empujándonos unos a otros nos dirigimos al río en tropel.

Pero al pisar sus cristalinas aguas nuestras ilusiones se desplomaron mágicamente porque la frialdad del agua era capaz de desanimar al más valeroso bañista.

Subidos a una piedra a la orilla del río contemplábamos el violento tramo al que nosotros nos asomábamos que se presentaba amenazador para unos metros más abajo remansarse y lucir plácido y transparente.

Alguien me empujó y me vi zambullido por sorpresa en el molino tumultuoso de aquel tramo para ser arrastrado en pocos segundos al plácido remanso de más abajo.

Salí lo más rápidamente posible del agua. Mi cuerpo se amorató por su frialdad. Tuve que hacer ejercicios para sacudirme el frío que creía me había traspasado de pecho a espalda.

Los empujones en la roca se habían generalizado y las zambullidas se sucedían sin interrupción, hasta que la totalidad de todos aquellos que nos habíamos subido a la plataforma natural que nos ofrecía aquella mole granítica estuvieron, como yo, metidos en el agua.

Sonó el cuerno de caza y un grito unánime de contento salió de todas nuestras gargantas. Corrimos a cambiar nuestro húmedo traje de baño por nuestro pantalón de deportes.

Comíamos con verdadero apetito sentados en la alfombra tupida del césped del valle.

Hubo abundancia de comida. Terminado nuestro yantar, Marqueta nos dio otra mala noticia.

- Ahora tomareis los calderos de la cocina y los limpiareis entre todos y no penséis que es un castigo.

Nos tocaba el turno de ayudar a la cocina al grupo.

Fastidiaba tener que realizar la labor que nos encargaban, pero el deber de cada día, habíamos de hacerlo un grupo diferente.

Con arena y matojos dejamos las perolas relucientes y listas para ser usadas nuevamente.

El cocinero dio el visto bueno a nuestra labor y nos obsequió con chocolate por el esmero con que habíamos realizado nuestra faena.

Aquella tarde exploramos el valle, sin alejarnos mucho del campamento.

Cogimos fresas silvestres que allí creo que se llaman chordón. Estaban riquísimas.

No había nadie en aquel paraje, solo nosotros ocupábamos una parte en el valle. Regresamos al campamento felices y como la tarde refrescaba nos pusimos nuestras camisetas de uniforme porque sentíamos frío.

Esperamos a que sonara el cuerno, pero fue el silbato de Tío Tim quien llamaba a conferencia a los instructores y a los rovers, todos ellos se reunieron en la tienda de Tío Tim.

La conferencia se prolongó bastante y la oscuridad invadió el valle. Una petromax fue encendida en la tienda del Tío Tim y la sombra de los hombres allí reunidos se destacaba sobre la lona de la tienda de manera grotesca formando sombras que eran como presagios de mal agüero.

Mientras nuestros mayores conferenciaban, nosotros esperábamos impacientes que sonara el cuerno de caza anunciando la hora de la cena, pero el encargado de este menester esperaba que el concilio de los mayores tuviera su fin.

Por fin, todos salieron de la tienda y se encendieron varios petromaxes que se colocaron en distintos lugares del campamento para facilitar nuestra visibilidad. Sonó el cuerno y rápidamente fuimos a ocupar nuestros sitios en el comedor, en ese espacioso salón natural que tachonado por miles de estrellas arriba en el cielo, mientras las sombras del valle a sus lados nos hacían parecer seres fantasmagóricos.

Pusieron una petromax en el suelo en medio de la planicie. Antes de empezar a servir la cena, el Tío Tim se puso a su lado haciendo gestos de que guardásemos silencio. Una vez conseguido su propósito se dirigió a todos con estas palabras:

- Tengo malas noticias que daros. Vuestros instructores y los rovers ya conocen los acontecimientos. Pero es mi deber informar a todo el grupo en general.

El silencio era absoluto y nuestra curiosidad por conocer lo que habían hablado en la reunión de los mayores innegable. Mientras el Tío Tim seguía diciendo:

- Ha estallado una revuelta política en toda España y las autoridades del pueblo se niegan a suministrar a nuestro campamento. Así pues, en previsión de lo que pueda suceder en el futuro, nuestras comidas se harán con las provisiones que obran en nuestro poder. Para evitar que

nos llegue a faltar la totalidad de nuestros suministros, a partir de mañana se racionará el pan y la comida, dándose un solo plato en cada servicio.

- Soy responsable de vuestro bienestar, de vuestra salud y hasta de vuestras propias vidas. Por lo tanto, exijo de vosotros que con ánimo alegre, combatáis la adversidad que ahora se nos avecina. Creo que esta situación durará pocos días, pero no por ello no debemos dejar de ser precavidos y previsores.

-Ahora muchachos a cenar y buen provecho a todos.

Hubo un murmullo general. Todos nos miramos perplejos sin comprender del todo el alcance de las palabras del Tío Tim.

Se sirvió la cena que se había quedado fría con tanto preámbulo y todos en general cenamos poco.

Se sentía una tirantez en el ánimo de nuestros mayores que hasta los niños nos contagiarnos.

Calladamente fuimos a nuestras tiendas y nos preparamos para descansar. Arropados y con frío aún, no solo en nuestro cuerpo, sino en nuestro espíritu, nos dispusimos a dormir.

Alguien en la oscuridad preguntó:

- ¿Es grave lo que pasa, Sánchez?

- Vamos muchachos –dijo Sánchez- dejad los problemas para los mayores y a dormir. No os preocupéis, no pasa nada grave, todavía... ...
-Susurró en voz baja.

Terminaba el 18 de Julio en un apartado campamento de muchachos, que aquella noche presentían que la tragedia de España sería total, sin respeto de edad y condición.



Cascadas del río Arazas en el valle de Ordesa.



Cascada de Cotatuero.

CAPÍTULO SEXTO

Amanecía un nuevo día brillante de luz solar, ya que el valle y las montañas limpias de neblina se destacaban con mayor nitidez.

El campamento bullía en risas y alegres parloteos. La electrizante tensión de la noche anterior se había borrado como la tormenta que pasa abriéndose al iris de nuestro contento la perspectiva de una excursión.

Sánchez nada más despertarnos nos anuncio:

- Muchachos, hoy vamos a llegarnos hasta el Soaso y antes de partir tomaremos la comida, pues no regresaremos hasta la tarde.

El alborozo, que nos produjo este anuncio, bastó para que olvidásemos lo pasado la noche anterior. Renació el optimismo de forma espontánea en nosotros. De ahí nacía el bullicio general del campamento, porque cada grupo tenía programada una excursión y el contento se generalizó.

Sonó el cuerno, anunciando la hora del desayuno. Ligeros acudimos al comedor. Se repartió café y galletas, aunque éstas bajaron en número con relación al día anterior.

Marqueta se encargó de recoger las viandas que repartió antes de salir hacia el Soaso, que consistía en una lata de sardinas en aceite y un pequeño pedazo de pan para cada uno.

- Las sardinas –decía Marqueta- es una lata para dos. Así que poneos de acuerdo en las parejas, para evitar luego que alguno se quede sin nada. El pan, quien no sepa guardarlo hasta la hora del mediodía, peor para él. Y ahora vamos muchachos.

Vademos el río, tomando su margen derecha y enfilamos rectos hacia el fondo del valle. Seguimos el curso del río y las dificultades

nacían en cada paso que avanzábamos, sin que a nuestro espíritu juvenil le significara gran cosa el esfuerzo corporal que realizábamos.

- Las gradas del Soaso –nos explicaba Sánchez- son lo que ahora veis. Esta especie de escalera que forma el río para hundirse en la inmensa cascada que ahí tenéis. Mirad al fondo.

Nos acercamos al pretil de la roca y mientras Marqueta asía nuestra mano manteniéndonos, nos asomábamos a ver el espumoso torbellino de las aguas, que en el fondo, bateaban con furia las rocas.

La atracción de las aguas al caer parecía que te quisieran arrastrar con ellas, pero Marqueta al cogernos con la mano impedía nuestro vértigo.

Nos impresionó mucho tan majestuoso furor, con el contraste del inofensivo río un poquito más arriba, apreciando lo engañoso de su corriente.

- Aunque parezca fácil el camino que andáis, no por ello debéis de descuidaros –decía Marqueta, como si adivinara nuestro pensamiento- y así no os veréis sorprendidos por algún accidente imprevisto.

Seguimos nuestra marcha hasta llegar a otra cascada sorprendente. Esta vez la miramos de arriba abajo. Al salpicar sus aguas en las paredes de las rocas, una neblina envolvía gran parte de aquel lugar. Los rayos de sol formaban el arco iris, dando una impresión más majestuosa.

Nos pusimos a descansar y a comer nuestro exiguo almuerzo. Lo compartí con Luis y casi no probé nada, pues las sardinas no eran bocado de mi predilección ante la satisfacción total de mi compañero, pues él gozaba de mayor apetito que yo.

Nos descalzamos y buscamos los remansos que formaba el río. En sus límpidas aguas se veían nadar las truchas que nosotros intentábamos coger con nuestras manos inútilmente.

Pasaron las horas del mediodía lentamente, pues a esa hora el sol castigaba implacablemente el valle. Cuando el calor bajó en su fuerza, reemprendimos la marcha al campamento.

La alegría de la mañana había bajado muchos enteros, porque lo que creíamos que serían un montón de aventuras, se convirtió en una marcha montañera, sin más alicientes que el caminar pues ni siquiera se nos permitió probar el subir por las clavijas del Soaso.

Había instrucciones concretas para que no nos alejáramos excesivamente del campamento y esto inmovilizaba nuestras iniciativas y las de nuestros instructores.

Llegamos al campamento y la agitación que allí reinaba era tremenda.

- ¿Qué ha pasado? –preguntamos

- Sánchez se ha caído del árbol que hay al lado de la cocina sobre el boj que sirve para dividir la cocina del comedor, hiriéndose en la cabeza y se lo han llevado al pueblo para curarlo.

- Está mal herido, porque yo he visto como sangraba y era para asustarse.

Nos acercamos a la tienda de los lobatos. Todos muy serios, cabizbajos, esperaban pacientemente las noticias que no iban a tardar en llegar.

Poco después arribaba el Tío Tim, acompañado de Sánchez y Gallego que venían del pueblo.

Los lobatos salieron corriendo de sus tiendas y jubilosos rodeaban a su instructor que, emocionado por la explosión de júbilo de sus pequeños, repetía insistentemente:

- No ha sido nada. No ha sido nada.

Sánchez traía la cabeza toda vendada y parecía un fakir indio, pero sonreía dichoso ante las muestras de afecto de sus pupilos.

Poco después sonó el cuerno de caza y todos acudimos al comedor. Se sirvió una cena frugal, pero caliente y esto vivificó mi decaído estómago pues casi no había comido nada desde el desayuno.

Se sentía frío. Presurosos acudimos a la cita con nuestras colchonetas y antes que Sánchez y Marqueta acudieran a acostarse, me dormí.



Gradas y Circo del Soaso, al fondo Cilindro-Monte Perdido y Torre de Goritz.

CAPÍTULO SÉPTIMO

La claridad del alba, que se traslucía bajo la lona de la tienda, anunciaba el nuevo día. Un día más en nuestra acampada veraniega.

Antes que nos avisaran de la hora para emprender nuestro cotidiano quehacer ya estábamos prestos para levantarnos y realizarlo.

Acudimos a la cita del río y las abluciones de agua fría pusieron tensos nuestros ánimos y la tarea de la mañana la realizamos ligeros, con plena eficacia.

Sonó el cuerno y nos dirigimos a la búsqueda del reconfortante café con leche.

Nada teníamos programado para ese día.

Nos dirigimos a la tienda de los lobatos para contar con ellos y organizar algún juego con qué distraernos.

Nuestra propuesta fue acogida con regocijo y pronto nos pusimos de acuerdo.

Nosotros los del grupo Ebro nos esconderíamos en el valle, sin alejarnos del campamento, y los otros, por ser mayor el número de componentes seguirían el rastro que nosotros marcaríamos y tratarían de seguir nuestras huellas.

Empezamos a alejarnos, marcando nuestra singladura con señales aprendidas en nuestras excursiones domingueras. Al rato observamos, escondidos entre la maleza, como los pequeños seguían con fidelidad los pasos y el camino que nosotros recorríamos.

Para confundirlos, los de mi grupo nos diseminamos, estableciendo como punto de reunión la tienda del Tío Tim. Cada uno tomó un camino distinto para tratar de desorientar a nuestros perseguidores.

Me dirigí directamente hacia el campamento, ocultándome en las grandes matas de boj. Dejaba señales de mi paso, pues no podía faltar a las reglas del juego.

Ligero me deslizaba por el valle recto hacia mi meta, pero dejar las señales me entretenía. Los lobatos se habían dividido para seguir las huellas de los seis muchachos de mi grupo. Se acercaban cada vez a mí. Me apresuraba en lo posible para no ser atrapado antes de llegar al punto de partida.

Corrí por un gran claro del valle, hasta un exuberante boj, que había al lado de la tienda del Tío Tim. Me abalancé sobre él, catapultado por mi carrera y el deseo de pasar desapercibido.

Me llevé una gran sorpresa cuando mi pequeño cuerpo se vio envuelto entre flexibles ramas de boj que cedían con mi peso, abriéndome paso al centro de aquella mata que en su centro estaba totalmente despejado.

Tenía arañazos leves por las piernas y la cara que me escocían horriblemente. El escondrijo era ideal para pasar desapercibido.

A través de su espeso ramaje podía ver al grupo de lobatos que me perseguía. Rápidos llegaron hasta el boj donde estaba oculto por casualidad.

Los oí hablar como se repartían para encontrar mis huellas, pero nada pudieron hallar.

Ellos no podían verme, mientras que yo les observaba a través de las ramas. Los vi como, por fin, se alejaban y me dispuse a salir de mi refugio. Me costó una buena serie de arañazos. Estudié bien el camino que conducía al centro del ramaje.

Me di cuenta de que donde yo había caído las matas jóvenes se flexionaban con facilidad y como mi peso era escaso no llegaban a quebrarse. Por esta razón cuando saltaba al centro del boj, las ramas tomaban su posición inicial y todo quedaba igual, como si nada ni nadie pudiera penetrar.

La mañana se pasó rápidamente con nuestros juegos. Después de la comida comuniqué a los de mi grupo el hallazgo.

Fuimos todos allí. Les mostré la forma de entrar. Cuando estuvimos todos dentro apreciamos lo ideal de nuestro refugio, lo bautizamos como la leonera ya que componíamos la patrulla del león del grupo Ebro.

Se nos pasó la tarde haciendo proyectos sobre el uso que haríamos de nuestro refugio. Acordamos que en el futuro nuestras reuniones secretas se celebrarían allí.

El ocaso se precipitaba y el frío entre el boj se hizo intenso.

Salimos y al poco sonó el cuerno de caza. Fuimos a las tiendas y nos pusimos las camisas pues sentíamos un frío intenso.

Marqueta nos esperaba impaciente a la entrada de la tienda y nos preguntó:

- ¿Se puede saber donde demonios se ha metido la patrulla? Nadie ha sabido decirme donde estabais. Nadie os ha visto en toda la tarde. Se puede saber ¿dónde estabais?

Nos miramos unos a otros satisfechos de saber que poseíamos un escondrijo así. Fandos dijo:

- Hemos estado aquí cerca. Sin apartarnos del campamento ni siquiera cien metros y lo podemos prometer.

- Está bien. Os creo. Pero otra vez que os marchéis, decídmelo. Habéis conseguido ponerme nervioso. Y ahora vamos a cenar.



Cola de Caballo.

CAPÍTULO OCTAVO

Las noches en el valle eran frías y la ropa de nuestro petate se hacía insuficiente para nuestro abrigo. Tuvimos que emparejar nuestras camas para aprovechar mejor las mantas que nos cubrían.

La claridad del día nuevo se presagiaba luminoso y fértil en novedades. Y así fue.

Marqueta nos anunció:

- Muchachos, en cuanto desayunemos, nos llegaremos hasta Cotatuero.

Esta noticia provocó en nosotros un optimismo tremendo. Presurosos realizamos la tarea mañanera con mayor rapidez que nunca.

Fuimos al desayuno y esta vez se suprimieron las galletas. Pero el café caliente bastó para reconfortar nuestros pequeños estómagos. Ligeros acudimos a la cita de nuestro instructor para iniciar casi seguidamente la marcha.

Ascendíamos por un sendero amplio que facilitaba nuestra marcha y nuestro paso era seguro.

Descansábamos según el criterio de Marqueta. En cada parada que hacíamos no nos cansábamos de admirar la majestuosidad del paisaje que a nuestra vista se ofrecía.

Al fondo el valle exuberante cruzado por el río que simulaba a nuestra vista como una hebra de plata que, quebrándose en diferentes direcciones, dividía el valle en dos mitades.

Las tiendas de nuestro campamento empequeñecidas por la distancia y la altura desde donde las mirábamos daban la impresión de ser un campamento de enanos, apreciándose mejor el orden en el que habían sido colocadas las tiendas.

Llegábamos a nuestra meta y la senda se hacía cada vez más estrecha, más sinuosa. El peligro aumentaba y Marqueta se multiplicaba en su cuidado con nosotros. Pasamos bajo el chorro del agua que por desprenderse de tanta altura cuando llegaba a nosotros solo parecía como una lluvia fina. Por fin Cotatuero.

Allí arrimados a la pared, en un hueco grande de ella había un libro lleno de firmas. Nosotros también estampamos la nuestra, haciendo constancia de nuestra condición de exploradores, grupo y patrulla a la que pertenecíamos.

- Vosotros quedaros aquí –dijo Marqueta-

Decidido se fue por la pared lisa hasta alcanzar los clavos, que, allí puestos por algún intrépido montañero, facilitaban el paso por aquella imponente mole.

Del otro lado surge una catarata imponente que llaman la cola de caballo y que nosotros ya conocíamos porque era la misma que habíamos visto cuando fuimos al Soaso, pero que ahora veíamos de arriba a bajo.

Pronto desapareció Marqueta por el recodo de la roca y nos quedamos solos a la espera de nuestro instructor. Nosotros no podíamos seguirlo porque las clavijas están situadas a una altura unas de otras superior a nuestra estatura y ello nos imposibilitaba cualquier tentativa atrevida.

Contemplamos el paisaje embelesados por el contraste de luces y la majestuosidad, que dan las altas montañas y una serenidad casi angelical envolvía nuestro espíritu, porque la serenidad que da la obra del Creador nos acercaba más a Él.

Al rato vimos como Marqueta volvía de su exploración.

Descansó un rato a nuestro lado mientras nos iba señalando los puntos más sobresalientes del valle.

- ¡Bueno muchachos! Llegó la hora de regresar y lo hemos de hacer rápidos si queremos llegar a tiempo a la comida. Así que, en marcha, lo que había que ver aquí ya está visto.

Caminábamos e incluso, en ocasiones, corríamos en nuestro descenso. Llegamos al campamento justo a la hora de nuestra comida.

Echamos enseguida en falta al Tío Tim. No nos extrañamos mucho de su ausencia, pero sí de algún lobato que se retrasaba más de la cuenta.

Los que aún faltaban venían acompañados de Sánchez y oímos como les decía a sus muchachos:

- Y ahora a comer. No os preocupéis demasiado. Estoy seguro de que no será nada. Ya lo veréis.

- ¡Eh! Lobatos que ha pasado.

- Cariñena que subiendo el Torcal le ha caído una pizarra en la mano y se ha cortado un dedo.

- ¿Cómo dices? ¿Es posible eso?

- Sí es verdad. Ha sido el anular de la mano derecha. Cuando lo hemos traído al campamento le colgaba de la piel. Se lo ha cortado raso.

- ¿Todo el dedo?

- No todo no. Pero la mitad seguro que sí.

- Estáis de verdad de mala suerte en el grupo. Primero Sánchez y ahora el pobre Cariñena.

- Por eso falta el Tío Tim, ¿no?

- Claro, se ha ido al pueblo con cariñena para que lo curara el médico.

- Vaya si lo sentimos. ¡Caramba que mala suerte!

- Vamos muchachos a comer -nos decía Pelegrín, que iba repartiendo la comida, acompañado de López.

- Vamos a comer, que encima de poco vais a comer frío.

- No os preocupéis que todo andrà bien, o acaso ¿no tenéis confianza en el Tío Tim? Él ha dicho al marcharse que no era grave y podéis creerlo, así será –decía López, ahora.

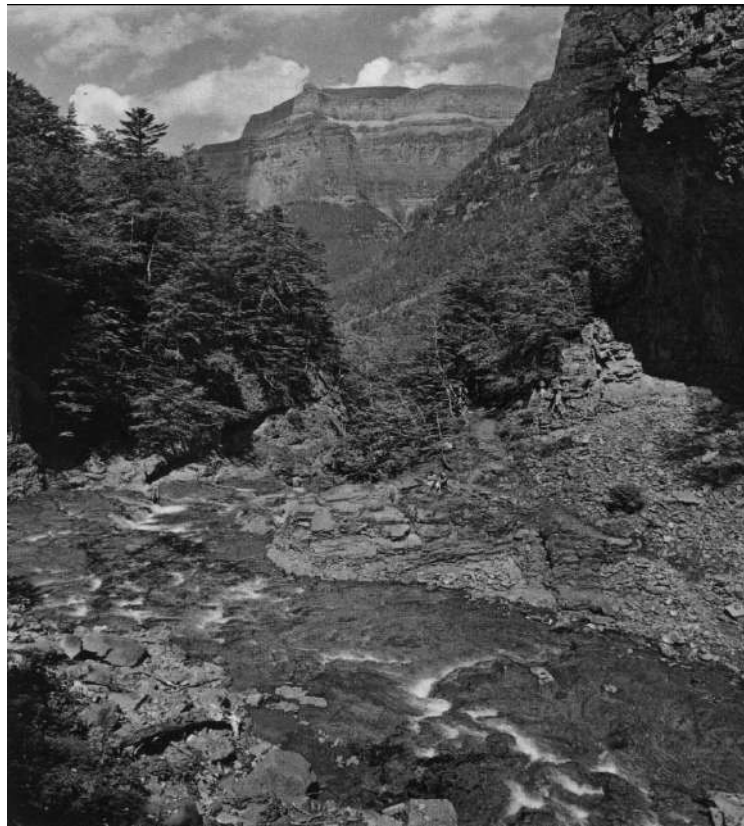
Comimos y nos dispusimos a descansar. Todos, aunque lo disimulamos, estábamos pendientes de la entrada del valle para ver cuando regresaba el Tío Tim acompañado de nuestro amigo.

Por fin, parecieron. Todos corrimos a su encuentro.

Cariñena traía la mano vendada apoyándola en un cabestrillo hecho con un pañuelo y aunque pálido nos sonreía a todos, como indicándonos que no nos preocupáramos por él.

Todos a la vez le hacíamos preguntas. El Tío Tim nos tuvo que ordenar que dejásemos en paz al muchacho, pues lo íbamos a marear. Lo que necesitaba era descansar.

Dejamos que los lobatos se ocuparan de su compañero y nosotros fuimos a la madriguera a pasar lo que quedaba de la tarde.



Río Arazas, al fondo el Gallinero.

CAPÍTULO NOVENO

Una nueva jornada se avecinaba con el nuevo día. Pero esta vez teníamos como perspectiva el colaborar en la cocina. Era nuestro turno y lo acogimos resignados.

Después del desayuno nos incorporamos a nuestro quehacer. Con gran satisfacción para nosotros, las patatas que había que mondar para aquel día eran muy pocas y nuestra faena se terminó pronto.

El cocinero nos liberó hasta después de la comida que tendríamos que fregar los calderos.

Nos fuimos al río a recrear nuestra imaginación. Laguens pronto tuvo una idea. Nos proveímos de una vara cada uno que cortamos de un espeso boj. A manera de lanza nos enfrentábamos sobre el puente que los rovers habían colocado para atravesar el río. Consistía en un pino alisado, por un lado, sujeto por piedras a cada lado.

Pasar por este puentecito requería habilidad y equilibrio. Ahora nos enfrentamos armados de nuestras lanzas para ver cual de los contendientes se veía abocado a una caída sobre el río Arazas, ante el regocijo de los demás. Y así llegó la hora de la comida que el cuerno de caza anunció estridentemente.

Comimos y fuimos en busca de nuestro quehacer. La patrulla animosa se dispuso a cumplir con sus deberes.

En una de las perolas había unos huesos que habían servido para dar sabor a la comida. Éstos constituyeron un buen festín para nosotros. Royendo sus escasísimos restos de carne. Parecíamos una manada de perros hambrientos. El contento, que recibimos nosotros y nuestros estómagos, fue suficiente para elevar nuestro ánimo y realizar nuestra labor con un esmero digno de elogio. Así lo hizo constar nuestro cocinero, al ver lo limpio que habíamos dejado todo.

Por la tarde no había faena y pedimos permiso para ir a buscar chordón, pero nos fue negado.

- No creas –nos dijo Sánchez- que lo hago por algún motivo particular. Mirad hacia la entrada del valle y ved aquel cúmulo de nubes oscuras. Quisiera equivocarme, pero creo que tendremos tormenta. Así que os aconsejo no os apartéis del campamento y que arregléis la zanja de la tienda, pues... ... si da por llover lo hará en abundancia. ¡Ah! Acordaros de aflojar los tensores, pues en caso de lluvia y viento se tensan demasiado las cuerdas con peligro de rotura del bastidor de la tienda.

Vagamos por el campamento sin rumbo fijo, sin saber en que ocuparnos, cuando empezó a relampaguear a la vez que aquella masa de nubes iba cubriendo el valle.

Cada vez que relampagueaba, Luis contaba el tiempo en segundos hasta la aparición del sonido del trueno y multiplicaba por la velocidad del sonido y así calculaba la distancia a la que estaba la tormenta.

- Naturalmente que solo se puede dar una distancia aproximada –nos decía Luis- pues quiero aclarar que las ondas sonoras en el aire cobran mayor velocidad con el calor y la pierden con el frío.

Un nuevo relámpago. Mirando el reloj, comprobamos que el sonido del trueno tardó 12 segundos en oírse después del relámpago. Hicimos cálculos y averiguamos la distancia.

Nos gustó saber y conocer este pormenor y admiramos a Luis por su conocimiento en estos cálculos.

El tiempo entre el relámpago y el trueno se hacía cada vez más breve. El presagio de Sánchez se consolidaba rápidamente. Empezó a gotear con opacas y grandes gotas.

Corrimos a refugiarnos a nuestra tienda y bajamos sus faldones, para evitar la lluvia y el viento. Sujetamos la lona de los faldones con piedras que ya teníamos preparadas desde le primer día de nuestra acampada.

Pronto empezó a llover torrencialmente y los elementos se dejaban sentir con toda su fuerza.

Por todo el valle los truenos retumbaban, impresionantes debido al eco.

Sabido es que los sonidos al chocar con las montañas se repiten. En el centro del valle ante la continuidad de los truenos su eco devolvía el sonido del mismo casi de una manera continuada, pareciendo un solo trueno continuo y ensordecedor.

Las chispas se sucedían sin interrupción y sentimos temor ante la furia de los elementos desatados.

Observábamos por la abertura de la tienda como caía el agua. Era tanta y lo hacía con tal espesor que difícilmente se veía la tienda que teníamos enfrente de nosotros.

Cuando el travesaño horizontal de nuestra tienda hizo un sonido alarmante, recordamos de repente la advertencia de Sánchez, cuando nos indicó aflojar los tensores de nuestra tienda, que entusiasmados con nuestros cálculos, habíamos olvidado completamente.

-Hay que salir y tratar de aflojar los tensores –nos dijo Fandos-

Tomando la iniciativa, desafiando los elementos, salió de la tienda y todos secundamos su acción. Pero inútilmente pues el agua había contraído el cáñamo de las cuerdas de los tensores, dejándolos tan tirantes y tensos que nuestras fuerzas fueron insuficientes para conseguir nuestros buenos propósitos.

Volvimos a la tienda chorreando agua, calados por la fuerza de la lluvia, impotentes por remediar lo que parecía inevitable.

Tomamos un bordón y haciendo palanca hacia arriba apoyando éste en el palo que se resentía, tratando con esta actitud remediar nuestra distracción.

Pero a pesar de nuestro esfuerzo, el bastidor cedió y la tienda se desplomó sobre nosotros.

El jolgorio que este accidente nos produjo fue inmenso. Entre bromas y risas intentábamos salir del amasijo de lona que nuestra tienda, al caer, había formado sobre nosotros.

Salimos apuradamente de la tienda, gracias a la ayuda de los lobatos que se habían apercebido de nuestro accidente y que unánimemente vinieron a colaborar y ayudarnos a salir.

Levantaron las lonas aflojando los tensores que al caer habían disminuido en su fuerza anterior. Asiando las lonas por ambos lados, izaron la lona lo suficiente para facilitar que escapáramos de su peso que nos aprisionaba.

Nos refugiamos en la tienda de los lobatos e intentamos secarnos con toallas facilitadas por éstos, pero se hacían insuficientes.

La lluvia cedió en sus ímpetus y al rato dejó de llover.

Salimos dispuestos a arreglar nuestra tienda. Ya habían acudido Marqueta, Sánchez, el Tío Tim y algunos de los rovers, tratando de izar nuevamente la lona.

- Pronto –decía Tío Tim- que quiten las piedras de los faldones y se hará mal fácil la tarea.

Se hizo así. Entre Gros y el Tío Tim, que eran los más altos, izaron la lona desde dentro, sosteniendo el palo partido con sus manos.

Tomando una rama gruesa apuntalaron la parte rota del bastidor y así pudimos tensar nuevamente las cuerdas de la tienda. Aunque tenía una buena giba, se sostenía en pie.

El resultado de nuestro descuido se tradujo todo él en humedad. Colchones, mantas y hasta la ropa de nuestras mochilas habían padecido el azote de la tormenta y hasta el rectángulo de tierra dentro de nuestra tienda estaba con un buen charco de agua.

Tratamos de mitigar en lo posible la incomodidad, que las húmedas prendas, tanto de vestir como de dormir, nos producían. El resultado de nuestro esfuerzo era nulo porque la lluvia no cesaba de caer.

Así ocupados, no nos dimos cuenta de la hora. El cuerno de caza anunció que la cena estaba lista.

Ésta se repartió en la misma cocina. Nosotros la recogíamos puestos en fila, pues el comedor se había convertido en un lago.

Nos acercábamos lo más posible al fuego de los leños, a cubierto por la techumbre que previsores habían construido los encargados de montar el fogón el primer día. Comimos de pie la cena que nos sirvieron. Este día, como algo extra, a los pequeños nos obsequiaron con un vaso de café con leche bien caliente que nos reconfortó y nos estimuló bastante.

Volvimos a nuestra tienda y entre la penumbra. Colocamos las colchonetas todas unidas tratando con ello de darnos mayor protección, aunque el puntal que sostenía nuestra tienda molestaba a nuestro proyecto, conseguimos formar un petate común que en parte alivió, gracias al calor de nuestros cuerpos, la humedad y el frío que se sentía en todo el valle y que nosotros lo teníamos hasta dentro de nuestra tienda de campaña.

Mucho tiempo me costó dormirme esa noche, pues el frío que sentía, sobre todo en mis pies, no me permitía conciliar el sueño.

Aún se oía suavemente el golpetear de la lluvia al caer sobre la lona de la tienda. Escuchando este acompasado son, me dormí.



Cavidades en el río Arazas.

CAPÍTULO DÉCIMO

La mañana apareció brumosa. Daba la impresión de que habían colocado un montón de algodones sobre los penachos de las altas montañas.

El sol trataba tímidamente de asomar la cara, pero la tupida neblina que subía desde el valle a las alturas, no se lo permitía.

Había dejado de llover, pero la humedad aún persistía. Realizamos nuestra cotidiana labor mañanera exagerando el esfuerzo para evitar quedarnos fríos.

Sonó el cuerno de caza y acudimos presurosos a por el café caliente que nos reconfortó lo suficiente como para sentir renacer el optimismo.

Llevamos las colchonetas y mantas a un lugar seco donde ponerlas para que se evaporara su humedad. El sol por fin pudo despejar la neblina y su fuerza calorífica empezó a entibiar todo el valle.

También nosotros nos pusimos al sol y agradecemos mucho que el día se desarrollara tan espléndido.

No teníamos ningún quehacer para el día y decidimos darnos una vuelta por el valle.

Abandonamos el campamento y el prado cercano a nuestra acampada. Pacían un grupo de vacas. Tratamos de fastidiarlas, pero al verse molestadas se revolvían rápidamente envistiéndonos. Pese a nuestros quiebro y la rapidez de nuestras carreras, las vacas estuvieron a punto de lastimarnos.

Fandos dijo:

- ¡Eh! Chicos. Abandonemos este juego, que se pone peligroso.

No hubo réplicas, pues todos en general habíamos pasado nuestros apuros ante las acometidas de los astados.

Alguien sugirió subir por las Marías, la iniciativa fue secundada por todos.

Nos costó poco hallar la senda que nos conduciría hasta el destino insinuado.

La humedad en este lado del valle estaba aún latente en el suelo.

Las ramas de los pinos, que habían sido tronchadas por la fuerza del viento y la lluvia del día anterior, se diseminaban por el suelo, al caminar sobre ellos dificultaba nuestra ascensión, pues resbalábamos a cada paso que dábamos.

Llegamos a la pared horizontal del macizo, para ascender por él se caminaba por una senda hecha con pinos unidos entre sí, que pegados a la pared formaban como una especie de escalera.

Pegándonos a la pared iniciamos la subida y aquí como en el resto del camino que habíamos andado, el suelo de pino estaba resbaladizo y nuestras precauciones aumentaron a la par que nuestras dificultades.

Caminábamos ligeros pese a la inclinación vertical de nuestra senda.

Cuando hacíamos una parada para tomar aliento, rápidamente sentíamos frío, pues en aquella pared no daba aún el sol y toda la humedad acumulada del día anterior parecía que penetrara en tu cuerpo de una manera inexorable.

Por esta razón nuestra ascensión se hizo casi sin descanso, hasta abandonar la senda y vernos a una altura considerable. Donde abandonamos la pared vertical se habría una senda natural y el sol iluminaba y calentaba de una manera esplendorosa.

Nos sentamos a descansar y nos asustamos un poco al ver la distancia que habíamos recorrido. Tumbados sobre el césped, al sol, reposábamos y cobrábamos aliento, pues la ascensión, capitaneada por nuestro guía, había sido demasiado rápida, para nuestras fuerzas, al menos para las mías.

Me parecía al respirar que no iba a poder hacerlo de nuevo y el corazón me latía con tal rapidez y violencia que creí que me iba a salir por la boca.

Estuvimos poco rato descansando. Consultando el reloj Fandos se puso en pie y dirigiéndose al grupo nos dijo:

- Si queremos llegar a tiempo a la comida, tendremos que apresurar el regreso. Así pues, arriba y seguidme.

Nos pusimos en pie y empezaron a seguirle los demás, quedándonos rezagados Luis y yo.

- Vamos, –me dijo Luis- los alcanzaremos.

Echamos a correr por la pendiente resbaladiza y con el impulso de nuestra carrera y la bajada tan pronunciada, nuestra velocidad se estaba convirtiendo en un descenso suicida. Tratamos de frenarnos asiéndonos a unas matas que nos salían al paso, pero se nos iban los pies del suelo, quedándonos casi colgados de aquellas frágiles matas.

Desde arriba se veía a tramos la senda de pinos y a nuestros compañeros en las mismas condiciones de equilibrio que nosotros, pues ellos también corrían impetuosamente. Así al volver de uno de los zigzags que formaba la senda vi con espanto como Luis resbalaba y dando una vuelta en el aire, se precipitaba al vacío.

- ¡¡¡Luis!!! ¡¡¡Luis!!! –grité.

Me así a una mata con la voz estrangulada por el terror que la visión de mi amigo al caer me había producido y un sollozo nervioso salió de mi garganta.

Sentía como mi corazón aceleraba sus pulsaciones y sentía un vago mareo.

Abrí los ojos y asido de la mata volví mi vista hacia el vacío. Sentí como si el valle se alzara hacia mí. Todo a mí alrededor me daba vueltas.

Sentí miedo de soltarme de mi asidero, pues sabía que si lo hacía rodaría como mi amigo al fondo del abismo.

Volví la cara hacia la pared fría, como el sudor que perlaba mi frente y volví a cerrar los ojos asustado. Temblaba, no sé si de frío o de miedo y así permanecí hasta que oí la voz de Luis, que aterrado, me llamaba angustiosamente.

- Fernando... .. Fernando... pronto, ayúdame, me voy a caer.

Me volví hacia donde oí esa llamada angustiosa y pude ver las manos de mi compañero asidas al pino primero que de tres unidos formaban la senda. Su cuerpo balanceándose, suspendido del abismo.

No sé que me pasó. Pero de repente sentí una serenidad fría sin vacilaciones.

Me acerqué presuroso por el camino hasta donde mi compañero se suspendía.

Busqué donde asirme. Encontré un saliente rocoso.

Así cogido, me agaché y tomé la muñeca de Luis y bien sujeto por mí, le dije:

- Ahora cógete tú bien fuerte a mi muñeca.

Así enlazados, con gran esfuerzo por parte de los dos, Luis consiguió poner un pie sobre la plataforma de la senda. Ambos al unísono en un esfuerzo final conseguimos nuestro propósito.

Largos aún sobre la senda y sin soltarnos las manos, jadeábamos fatigados por el esfuerzo y la tensión del momento. En silencio Luis se incorporó se soltó de mi mano y sin decirme nada se volvió rápidamente, emprendiendo la marcha nuevamente.

Le seguí titubeante al principio, consolidando mi paso conforme avanzaba por el camino de pinos. Por fin, dejamos la senda de madera y pisamos tierra firme. Luis me esperaba allí parado mirando como bajaba el último tramo y cuando llegue a él, me tendió la mano para frenar mi carrera y sin mirarme dijo:

- Gracias.

Iba a decir algo, cuando sonó el cuerno de caza anunciando la comida y esto bastó para que mirándonos a los ojos las palabras enmudecieran.

Salimos disparados hacia el campamento y aunque resbalábamos en la hojarasca que tan abundantemente había en el suelo, no cesábamos de imprimir velocidad a nuestra carrera, que ayudados por la pendiente por la que nos deslizábamos se hacía aún más potente.

Al iniciar la planicie nos encontramos con Fandos que nervioso por nuestra tardanza, se disponía a ir en nuestra busca, que, al vernos, dando palmadas, nos conminaba a apresurarnos:

- ¡Vamos! ¡Vamos! Que llegamos tarde al comedor.

Corrimos los tres a la par. Cuando empezó a sonar el cuerno de caza, llegábamos a la entrada del comedor.

Nos sentamos en el césped sudorosos y cansados. De repente, cuando me vi allí, entre mis compañeros, seguro, empecé a temblar sin poder disimularlo. Mi tensión emotiva se ponía de manifiesto por el sosiego de aquel comedor. Toda la energía acumulada en aquel rato de angustia se manifestaba.

Bebía agua. Comí el pequeño pedazo de pan de la comida. Cuando la sirvieron, mi apetito había desaparecido como por encanto.

Me animó López a que comiera, pero no pude. Mi estómago estaba contraído por el susto que se manifestaba en aquel momento en todo su esplendor, para contento de los demás que se repartieron mi pequeña ración.

Luis, como yo, sentía casi la misma emocionada tensión, también comió poco y eso que era el glotón del grupo.

Después del almuerzo la patrulla buscó la ocasión de ir a la leonera sin ser vistos. Allí entre el ramaje se narró el accidente ocurrido en la mañana y que motivó el retraso a la comida.

No hubo comentarios, pero sí unas significativas miradas de aprobación.

Nuestro escondite estaba tan húmedo, que tuvimos que abandonarlo enseguida. Un frío intenso se apoderaba de la patrulla en general.

Salimos y fuimos hasta donde habíamos dejado colchonetas y mantas. Allí tumbados al sol pasamos casi la totalidad de la tarde. Yo me dormí.

Ocupamos el poco rato de la tarde que quedaba en trasladar nuestros equipos de dormir a la tienda y en preparar el petate común.

Al momento el cuerno anunció la hora de la cena. No hubo necesidad de repetir la llamada. Todos acudimos prestos a la cita del comedor. Antes que oscureciera totalmente ya estábamos listos para acostarnos.

Así lo hicimos. Arropados con las mantas, todos juntos, nos dispusimos a dormir. Mis compañeros se debieron de dormir enseguida, mientras que yo, como había dormido la siesta, me costó bastante conciliar el sueño.

Oí como llegaban Sánchez y Marqueta a la tienda, cerraban la puerta y comentaban en voz baja.

- Esto se está poniendo feo. No sé que va a pasar, ni que va a ser del grupo si el Tío Tim no consigue de las autoridades de ahora.

- Yo confío –decía Marqueta- que su condición de extranjero le sirva de algo, porque a nosotros no nos iban hacer ni tanto así de caso.

Me cambié de postura y oí la voz de Sánchez preguntando:

- ¡Eh muchachos! ¿Pasa algo?

No contesté. Los demás tampoco, pues me figuro que dormían.

Se desearon buenas noches. Oí como se acostaban. El silencio se hizo total.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

Me desperté y oí el cuchicheo de mis compañeros. Sánchez se enojó. Nos amenazó con un castigo si no guardábamos silencio.

Las voces dejaron de oírse en la tienda, pero fuera de ella ya se oía el sonido de la actividad.

Sánchez consultó su reloj. Viendo la hora se dirigió al grupo y nos dijo:

- En vista que no queréis dormir más y no dejáis a los demás que lo hagamos, levantémonos.

Esperamos a que tomaran la iniciativa nuestros instructores. Prestos secundamos su acción.

El valle estaba luminoso. El sol asomaba tímidamente por la cumbre de Monte Perdido.

Acudimos a levantarnos y pese a tan brillante perspectiva atmosférica la mañana estaba fría.

Regresamos a la tienda y emprendimos nuestra labor cotidiana. El desayuno no se hizo esperar. Acudimos presurosos a por el reconfortante café.

Tuvimos la sorpresa de encontrarnos con un desayuno extra, pues en vez de café dieron chocolate hecho bien caliente y una rebanada de pan.

Siguió en aumento nuestra alegría cuando Tío Tim anunció que esta noche habría fuego de campamento.

No sabíamos que hacer. Pensamos que juntándonos a los lobatos encontraríamos algún motivo para distraer la mañana. Nuestra primera decepción fue acudir a ellos, porque ese día tenían servicio de ayuda en la cocina.

Decidimos vagar sin rumbo, en espera que algo imprevisto ocurriera. Por mi parte decidí escribir a mi casa. Ya era hora que supieran de mí. Me fui hacia la tienda. Allí recostado en la doblada colchoneta me dispuse a contar las cosas que habían sucedido en estos días.

Lo curioso fue que cuando me puse a narrar los acontecimientos acaecidos en el campamento no sabía como hacerlo. Me limité a decir que me encontraba bien y que lo estaba pasando estupendamente.

La nostalgia del recuerdo de mis padres se apoderó de mí. Tuve que hacer grandes esfuerzos para no llorar.

Cerré cuidadosamente la carta y me dispuse a depositarla en el buzón que había.

Bellido que estaba por ahí, me dijo:

- Será mejor que le lleves la carta al Tío Tim personalmente y él te la franqueará y la llevará al pueblo.

Así lo hice. Fui directamente a la tienda del Tío Tim. Estaba sentado en una silla escribiendo sobre una mesa plegable. Pedí permiso para entrar.

- Pasa, pasa Bernadó. ¿Qué te ocurre?

- Quería enviar esta carta a mi casa y me han dicho que se la entregue a usted personalmente, pues de esta manera podrá enviarla antes.

- ¿Quién te ha dicho esto?

- Ha sido Bellido, señor Tim.

- Trae, dámela, puede que tenga razón.

- Gracias señor Tim, pero le faltan los sellos.

- No te preocupes por ello. Yo me encargo de todo.

- Gracias nuevamente. Buenos días.

Salí de la tienda y cuando había avanzado unos pasos, oí la voz del señor Tim que me llamaba. Me volví presto, desandando los pocos pasos que había dado, hasta la tienda nuevamente diciendo:

- Sí señor Tim. Usted dirá.

- Verás... Pasa que las cartas no pueden llegar a su destino – dijo titubeante-. Creo que es mi deber decírtelo. Ya os dije a todos que había estallado una revuelta política en España. Posiblemente a ti, con los pocos años que tienes, esto no te aclare nada. Sin embargo, se da la circunstancia que nosotros nos encontramos en un lado de los contendientes, mientras que Zaragoza pertenece al otro bando. ¿Lo entiendes?

- Creo que sí Sr. Tim. Usted quiere decirme que estamos divididos, que nosotros estamos en un lado, mientras casa está en otro. ¿Es eso?

- Así es. Mientras estas fracciones existan no podemos enviar correo ni volver a Zaragoza. Habrá que esperar a ver que pasa. Pero te prometo una cosa en cuanto se arregle esta anomalía, enviaré tu carta. ¿No te importa que la guarde hasta entonces?

- No señor Tim. Por mí encantado y gracias.

Lo saludé con el signo del explorador y salí de la tienda todo orgulloso al ver que me había tratado como a un mayor. Me sentí más responsable.

Vagué por el campamento y traté de encontrarme con mi hermano. Estaba con su grupo a la orilla del río. Me acerqué a ellos.

Me paré antes de llegar porque divisé a Gallego sentado con ellos, les estaba enseñando el idioma francés.

Me iba alejar de allí, cuando me llamó mi hermano.

- ¡Fernando! ¡Fernando!

Me volví y mi hermano levantándose del corro vino a mi encuentro.

- ¿Te pasa algo?

- Nada, estoy bien. Pasa...

- ¿Qué es lo que pasa?

- Una tontería. He escrito una carta. Me ha dicho el Tío Tim que las cartas no pueden llegar a su destino por eso de la revuelta esa. Te lo quería decir para que no escribieras tú.

- Mira Fernando. Si me lo hubieras consultado a mí, yo te lo hubiera dicho. Porque yo ya lo sabía.

- ¿Cómo lo sabías tú y nosotros no?

- Es mejor así. Vosotros aún sois muy pequeños y ciertas cosas no las entenderíais. ¿No te han dicho tus instructores que no escribieras?

- No. Cuando me he puesto a escribir no había nadie en la tienda y nadie se ha enterado de lo que estaba haciendo.

- ¿Y como te has enterado de esto?

- Tío Tim me ha explicado lo del lío de las dos partes.

- No te preocupes y vete a jugar. Cuando te pase algo ven a verme que haré lo mismo si me ocurriera algo.

- Hasta luego hermano.

- Anda... Camina.

Definitivamente me sentía importante. Compartía el secreto de los mayores y me hacía sentirme más responsable.

Después de la comida el grupo se reunió en la leonera. Cuando estuvimos todos juntos, dándome importancia, empecé a contar los hechos de la mañana y mi conversación con Tío Tim.

Pero pronto mi superioridad se vino a bajo, pues era el único del grupo que ignoraba la situación en que nos encontrábamos.

Siempre había sido algo ingenuo y más infantil que el resto de los componentes de mi patrulla. Así que enmudecí, pues sentía vergüenza de preguntar lo que tan ávidamente quería saber. Mi mente estaba totalmente confundida con lo del reparto de terrenos. Ardía en deseos porque me aclararan esta cuestión.

- Bueno, chicos –dijo Fandos- creo que ya es hora que pongamos sobre el tapete los acontecimientos del día y discutamos esta situación.

- Sabemos que estamos divididos. Que nuestros padres y nuestras casas separadas de nosotros. Pero ¿hay algún guapo que sepa decir por qué?

- Creo –hablaba Luis, ahora- que puedo aclarar un poco la oscuridad en que estamos ahora. No penséis que lo he discurrido yo. Lo que voy a decir se lo he oído contar a mi tío alguna vez. En España hay anarquía.

- Bueno, Luis y eso que es.

- Algo así como desorden. Es como si nosotros no hiciéramos caso de las órdenes del Tío Tim y cada uno hiciera lo que quisiera.

- Entonces el Tío Tim nos mete en cintura con un buen coscorrón.

- La verdad es que sigo sin entenderlo.

- Los mayores tienen una manera de complicar las cosas que no hay quien las entienda.

- Ojalá que esto sirva para arreglar las cosas.

- Creo que sí –dijo con rotundidad Luis-

Seguimos hablando de nuestras cosas, cuando empecé a sentirme indispuerto. Dije a mis compañeros:

- Chicos me voy que las tripas me corren.

- ¡Venga a fuera con el cagón!

Me fui hacia la entrada del valle buscando un lugar propicio para mi menester. Pudoroso como lo era, me escondí tras de un gran pino y me puse a cumplir con mis naturales deberes.

Entretenía mi quehacer arrojando piedras a un pino que tenía enfrente de mí, cuando oí el silbato que hacía llamada general.

Me medio incorporé para ver que ocurría. Vi a un grupo de hombres armados con fusiles y me volví a ocultar rápidamente nervioso y temeroso.

El aspecto de estos hombres era de lo más desagradable. Usaban barbas largas y vestían de una forma anacrónica. Algunos llevaban botas y otros calzaban alpargatas. Pantalones de diferentes colores al igual que las camisas y muy pocos chaquetones de cuero.

Iban rectos hacia el campamento. Permanecí oculto tras el pino hasta que pasaron. Cuando se alejaron me deslicé suavemente por el valle, ocultándome. Así pude llegar hasta la leonera sin ser visto por nadie.

Sabía que allí estaría seguro. Mis compañeros no estaban allí y sólo sentía temor.

Traté de atisbar entre las matas de boj. Veía parte de la tienda de Tío Tim. Éste hablaba con uno de aquellos barbudos. No entendía lo que decían pese a la atención que yo ponía, pero hasta allí solo llegaba el murmullo de la conversación.

Presté mayor atención. Por los gestos que hacía el Tío Tim adivinaba que estaba enojado con el barbudo y meneaba la cabeza negativamente.

El barbudo gesticulaba violentamente en la misma cara del Tío Tim. De repente sacó una pistola que llevaba en su pistolera de cuero y se la puso en el pecho al Tío Tim.

Me asusté tanto que casi grité y dejé de mirar por un momento.

Me repuse y ávidamente aparté la hojarasca. Pude ver al Tío Tim enfrente de donde yo estaba y el hombre de la pistola de espaldas a mí.

Allí también pude divisar a Borobio y Gallego que con gesto adusto miraban con malas intenciones al agresor.

El Tío Tim gritó:

- ¡No puedo hacerlo y no permitiré que lo haga!

Adiviné por el gesto que el barbudo se daba cuenta que las cosas no salían como había pensado. Enfundó la pistola. Pasaron todos a la tienda del Tío Tim.

Aproveché esta circunstancia para salir de mi refugio. Allí sólo sin la compañía de mis amigos sentía miedo.

Di un buen rodeo para llegar a mi tienda. Allí estaban mis compañeros que al verme me preguntaron todos a la vez.

- ¿Dónde estabas? ¡condenado!

- En el refugio.

- ¿Qué hacías allí?

- Estaba haciendo mis cosas tras un pino, casi donde se inicia la ladera cuando he oído el silbato que hacía llamada general. Pensé en volver, pero resulta que esos tipos que hay fuera estaban pasando por allí en aquel momento.

Les expliqué a mis compañeros todo lo que había visto.

- ¿Le han amenazado con una pistola? ¡Vamos que te estás pasando de rosca!

- Palabra de explorador. Os estoy diciendo la verdad. Además, el Tío Tim casi gritando le ha dicho al hombre ese que no se lo permitiría hacer. Pero ignoro que no le iba dejar hacer.

- No le hagáis caso. El nene sueña.

- Mirad. Van a desmontar la tienda cónica de las reuniones.

- ¡Vamos a ayudar!

- ¡No! Nosotros, aquí quietos, que es lo que nos han mandado.

- Fijaros. También desmontan las otras dos tiendas cónicas.

Ya veo al grupo Aragón durmiendo al raso.

- Mirad. Las envuelven. Esos tipos se las van a llevar.

- Seguro. Éstos han venido a dejarnos desnudos.

- Ya parece que se van. El Tío Tim y cinco hombres van con ellos. Menos mal que echan una mano los demás del grupo de barbudos.

Salimos de la tienda, en cuanto el grupo se alejó un poco. Buscamos quien nos pudiera informar. Resultó fácil pues se comentaba en voz alta, sin recato de nuestra presencia.

Era Gallego quien daba la mayor información.

- Son milicianos. Se hacen llamar los aguiluchos. Se querían llevar el campamento completo, pero les salió la cosa mal a ellos y a nosotros porque se han llevado a los hombres del Aragón como rehenes.

Alguien preguntó.

- ¿También al Tío Tim?

- No. El señor Tim va a tratar que nos devuelvan los muchachos. Espero que lo consiga, y pronto.

Todos sentimos temor en nuestros corazones, con esa frase última, dicha por Gallego, presintiendo en su tonalidad un presagio de algo funesto, fatal.

El resto de la tarde que quedaba la pasamos haciendo cábalas de lo que pudiera pasar. A todos nos sorprendió oír el cuerno de caza anunciando la cena.

Acudimos al comedor. Cenamos en un silencio tan grande que el oír el choque de una cuchara con el plato se sentía escandalosamente.

Nadie se acordaba ya del fuego del campamento que se había programado. Acudimos a nuestras tiendas.

Creo que a todos nos costó mucho dormirnos. Pero cuando yo lo hice ni Marqueta ni Sánchez se habían acostado aún.

El alba anunció con su claridad diáfana el alborear de un nuevo día.

Llevaba bastante rato despierto. Trataba de recordar los nombres de los jóvenes del grupo Aragón que se habían llevado los aguiluchos.

Arizabalaga, Mateu, Godofredo. Éste último no estaba seguro. ¿Quién era el otro? ¿Y el otro? Discurría. Ante la inseguridad de mi recuerdo opté por averiguarlo en cuanto me levantara.

Marqueta se incorporó de su petate y consultó la hora.

- Vamos muchachos. Llegó la hora de levantarse.

No tuvo que repetir sus palabras, a pesar de que lo dijo en voz baja.

Todos nos incorporamos a reanudar nuestro que hacer.

Fuimos a lavarnos y nos dispusimos a asear nuestra tienda.

Mirábamos los huecos que las tiendas desalojadas habían dejado y que las zanjas abiertas remarcaban con mayor nitidez.

Sonó el cuerno de caza. Fuimos por el tonificante café de la mañana. Éste breve y ligero ágape era siempre bien acogido porque todas las mañanas eran frías en el valle. La caliente infusión nos templaba y reconfortaba casi más que ninguna otra comida.

El día se presentaba sin grandes perspectivas. No sabíamos en que ocupar la mañana. Sin embargo, Sánchez nos ocupó parte de la misma, recogiendo leña para la cocina.

Casi ya a la hora del mediodía, cuando el sol castigaba furiosamente el valle, Sánchez sugirió darnos un buen baño. La idea nos entusiasmó en un principio. Cuando fuimos a recoger nuestros bañadores a la tienda la visión de aquellas desnudas parcelas de tierra que habían ocupado las tiendas cónicas frenaron nuestra alegría.

Los esfuerzos de Sánchez por ocuparnos en faenas que distrajeran nuestras mentes fueron múltiples. Aquella tarde lobatos y Ebro recorrieron el valle con calderetas recogiendo fresas silvestres. Después se mezclaron con leche condensada. Esto nos sirvió de cena para todos los pequeños que habíamos compuesto el grupo expedicionario de aquella tarde.

Esta noche no sonó el cuerno de caza. Con el ocaso ya avanzado nos fuimos a acostar.

Preparamos el petate común y nos metimos en él dispuestos a pasar una noche más.

Me puse a pensar en la razón por la que no había sonado la llamada para la cena y si los demás, nuestros compañeros mayores, habían comido algo aquella noche. Tal vez no.

Todos estábamos silenciosos, pero inquietos, como lo demostraban aquellos continuos cambios de postura dentro de nuestros petates, que provocaban murmullos de protesta.

Pienso que cada uno de nosotros abrazaba con su pensamiento a la familia, que allá en nuestra ciudad estarían pesarosos e inquietos por la situación y la suerte de todos nosotros.

Así entre añoranzas el sueño me venció.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

Acabamos de comer y nuestra patrulla acudió a tareas de limpieza en la cocina. No nos parecía ingrata la labor, porque en las calderas había una buena cantidad de huesos que roer y esto era un festín.

Culminamos ambas tareas, la limpieza de los huesos y las calderas, cuando sentimos un gran alboroto en el campamento.

Presurosos terminamos nuestra labor y la entregamos a nuestro cocinero que ni siquiera se dignó mirar nuestro trabajo.

Salimos disparados hacia donde procedía el ruido de voces. Nuestro alborozo fue enorme cuando vimos como Tinao, Oliver, Arizabalaga, Sánchez y Lobera, izados a hombros eran paseados por el campamento.

Todos unánimemente tratábamos de manifestar nuestro contento por su feliz regreso. Ellos emocionados no sabían como testimoniar su agradecimiento a tan caluroso recibimiento.

Calmados los ánimos, el Tío Tim anunció que ya era hora de celebrar nuestro fuego de campamento, que sería esta noche.

El grupo se fue disolviendo. Los lobatos se encargaron del acarreo de los leños para celebrar por la noche, con el fuego el regreso de nuestros compañeros.

Habían transcurrido tres días desde que la desagradable visita de los aguiluchos nos dejó tensos a la espera de nuestros amigos. Gracias a las gestiones y desvelos del Tío Tim, vimos culminar con felicidad la angustia sentida en los días pasados.

Fueron tres días monótonos y cansinos sin acontecimientos.

Solo el intento de lavar nuestras mudas nos dio un buen rato de distracción. Nuestro intento se quedó más en intención que en eficacia.

No teníamos más jabón que el que usábamos para el aseo personal y éste no servía para limpiar adecuadamente la ropa.

Casi todos los pequeños sufríamos de colitis, en mayor o menor grado, debido al chordon que cenamos la noche que precedió a la salida de los hombres del grupo Aragón.

Nos habían tratado con bismuto, intentando con ello aliviar nuestra dolencia. Como no se podía prever que estos males de vientre fueran colectivos la medicación duró poco.

Se trató de remediar nuestra enfermedad sustituyendo el bismuto por canela y azúcar mezclada con un poco de agua. Pero la dieta obligada a la que estábamos sometidos hizo mayor efecto que toda la medicación y fuimos mejorando.

Esta circunstancia enfrió aún más nuestro entusiasmo de esos tres días pasados. Pero la alegría que nos producía el saber que el grupo estaba completo nos dio nuevos deseos y nuestros ánimos se fueron elevando hasta alcanzar su máximo esplendor.

La cena, aunque frugal, como todos los días, estuvo llena de alborozada alegría.

Acudimos a la cita de nuestro fuego, ante una monumental fogata todos cogimos posiciones.

La sorpresa de la noche nos la dio marqueta con un pañuelo en la cabeza imitando a una cupletista. Nos obsequió con una canción que, con la tonadilla de la popular María de la O, decía así:

Por las mañanas hace frío

Al mediodía mucho sol

Y por las tardes nos llueve

Y luego por la noche

No ves ni con farol

Muchas calamidades tenemos que aguantar

Al año que viene

*Si el tiempo lo permite
Traeremos un autocar*

*Queremos subir a las excursiones
En coches o camiones
Que puedan subir
A ver si puede ser
A ver si puede ser
Que si no diremos
Que en este campamento
nos quiere usted moler.*

*Señor Tim, por favor
Déjenos un rato tranquilos
Para descansar
Que estamos baldaos
De estar de cocina
De usar saborina
Y de trabajar.*

Repitiendo el estribillo, coreado por todos. La ovación fue de gala. Nuestro improvisado artista tuvo que repetir la canción entre el regocijo y la alegría de Tío Tim, que celebraba con sonoras carcajadas las alusiones a la letra de la canción que habían improvisado.

Siguió la fiesta con gran animación. Todos aquellos que se sentían animosos, inspirados en la alegría general, contribuían con sus balbuceos artísticos a la animación de nuestro fuego de campamento.

Contentos, sin sentir el paso de las horas de algarabía, que se pasaron veloces, llegó la medianoche. Unánimemente nos pusimos a despedir nuestro fuego cantando el “silencio”.

Apagamos el fuego arrojando arena sobre las ascuas que aún estaban encendidas y nos fuimos a acostar.

Repitiendo mentalmente la oración que cerró nuestra velada:

Duerme el sol

De los soles

Las canciones

Hacia Dios

Hasta mañana

A descansar... ..

Y me dormí sonriendo.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO

Los días iban pasando veloces entre excursiones, juego y alegrías.

Nuestro campamento se mantenía unido. El grupo íntegro, sin bajas, con lesionados y enfermos francamente recuperados.

La predicción de Marqueta con su canción en la noche del fuego de campamento se cumplía con una fidelidad abrumadora.

Por las mañanas mucho frío, al mediodía mucho sol y por las tardes nos llovía y luego por la noche no se veía ni con farol, porque la bruma se hacía tan espesa como fría.

Los días sin embargo pasaban rápidamente. Solo tuvimos una nueva faena una tarde de finales del mes de Julio.

Se acababa la leche condensada de nuestra intendencia. Pensaron ordeñar las vacas que sueltas apacentaban en el valle.

La dificultad estaba en poder sujetarlas, su estado salvaje las hacía inaccesibles.

Los más atrevidos trataban de torear a los astados. Se produjeron carreras, empujones y hasta grandes revolcones que nos causaron gran regocijo.

- Vamos a coger la vaca por el rabo y que los demás se echen encima de ella para inmovilizarla –nos decía Godofredo-. Así que a por ella.

Efectivamente entre varios sujetaron a la vaca por su trasero y todos los demás nos echamos sobre el animal, que ante el aluvión que se le venía encima, trató con sus defensas aliviarse de la carga que sobre ella caía. Pero la fuerza del número pudo más que los intentos del astado y así se vio inmovilizada.

No me di cuenta de quien hacía el oficio de ordeñador. Sin embargo, pese a su buena voluntad su trabajo carecía de la eficacia

deseada. Bien es verdad que su labor estaba llena de dificultades, porque la vaca hacía lo imposible por zafarse de nuestra presión y no paraba de moverse.

- Cuando cuente tres, soltar todos la vaca a la vez y ¡sálvese el que pueda!

- Atención. A la una... a las dos... y a las tres.

Todos echamos a correr. La vaca titubeó un momento sin saber a quien atacar, lo que de seguro nos libró de algún revolcón. Pero la enfurecida vaca reaccionó y persiguió a unos cuantos, que ante el acoso del animal saltaban y corrían con desesperación, entre las risas y el alborozo de los libres de la persecución.

Esta faena se repitió alguna tarde que otra, hasta que el Tío Tim nos prohibió hacerlo, pues sentía temor por nosotros, no fuera que alguna vaca hiriera de importancia a alguno de nosotros. Era preferible conservar la integridad de todo el grupo que no la escasa leche que se obtenía.

El tiempo pasaba inexorablemente. La estación del verano cedía el paso al próximo otoño. El frío y las inclemencias climáticas hacían aún más difíciles los días en el campamento.

Llegó Septiembre. Nuestra permanencia en el valle estaba presidida por un mayor número de días con inclemencias atmosféricas, difíciles de soportar, por carecer de equipo adecuado para luchar contra el frío.

Cuando algún día el sol lucía plenamente, aprovechábamos para hacer excursiones. Nos conocíamos el valle perfectamente, pero ello no impedía que cada nueva excursión sirviera para encontrar algo nuevo que admirar.

Iniciábamos la segunda decena del mes. El tiempo empeoró de tal manera que el frío y la lluvia nos obligaban a permanecer en nuestras tiendas.

Las comidas se hacían de pie, rápidamente, había que refugiarse bajo la lona de la tienda. Nuestro aseo personal también había

sufrido una disminución en su eficacia. Pasábamos el tiempo haciendo trabajos manuales con corteza de pino seco. Pese a que nuestra imaginación estaba tan fría como el ambiente, los trabajos artesanos que intentamos hacer sirvieron para estimular nuestro decaído ánimo y mitigar el abrumador peso de las horas de inmovilidad que las adversidades climatológicas nos hacían padecer.

Nuestros coloquios se hacían largos, ello daba origen a que nuestra fértil imaginación fabricara las más disparatadas aventuras.

Mientras el Tío Tim impertérrito hacía viajes diariamente con su cochecito gestionando la manera de sacarnos de allí y a la vez procurarnos alimentos.

Como lo conseguía, lo ignoro, pero siempre traía algo con que sustentarnos. Le preocupaba la prolongación de la estancia en el valle, pues de continuar allí, las nieves bloquearían el paso de este y nuestra situación se haría crítica, tal vez fatal.

Se discutía la idea de evacuarnos a Francia por Cotatuero, pero se desechó el proyecto por considerarlo excesivamente peligroso, ya que se comprobó que los pequeños tendríamos que pasar el paso de Cotatuero a hombros de los mayores. Este paso ya era de por sí peligroso para una persona mayor.

La inquietud se iba reflejando en los mayores, pensando que llegaría el momento que el valle se haría inhóspito, que tendríamos que emigrar forzosamente. Esta inquietud y esta incertidumbre de nuestro futuro destino se palpaban en aquel ambiente hostil que el tiempo se encargaba de hacer más notable.

Sin embargo, una vez que el tiempo se despejó nuestra inquietud se serenó y más, cuando supimos que por fin, íbamos a abandonar el campamento actual trasladándonos a un lugar menos hostil que este valle en aquella época del año.

El mismo día que cumplía once años se inició, muy temprano, el trabajo de desmontar el campamento y trasladarlo hasta la entrada del

valle. Allí cargarlo en la baca de los autobuses que nos esperaban e iniciar nuestra marcha hacia una ruta nueva, un lugar más benigno.

Se nos dio un poco de comida en frío, en cuanto llegamos a nuestro destino, Ainsa.

En la margen izquierda de la carretera había una planicie amplia, al lado de un pajar que se nos asignó como lugar de acampada.

Ocupamos la tarde en armar nuestras tiendas y preparar el campamento lo más cómodo posible. La noche se precipitó rápidamente. Se nos sirvió una cena caliente pero escasa. No pensamos en lo poco que comimos porque ya era una costumbre.

Dormimos bien aquella noche gracias a la actividad del día anterior y también por la satisfacción de vernos un poco más cerca de nuestras casas. Solo era una mera ilusión, pero ello bastaba para alimentar nuestras esperanzas.

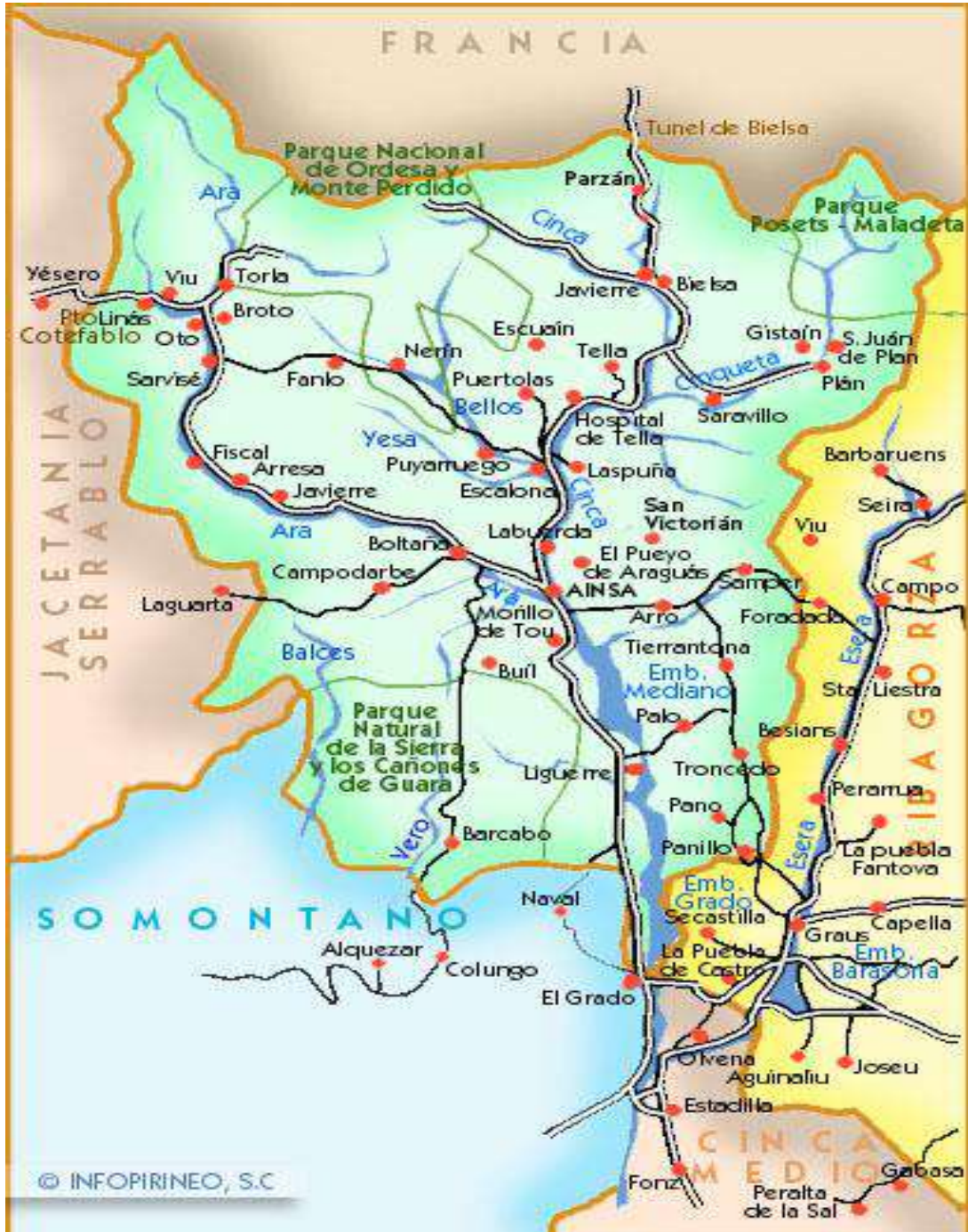
La mañana la pasamos acondicionando y embelleciendo nuestro hogar. A la hora del mediodía nos llevaron hasta la orilla del río y bajo el puente que hay a la entrada del pueblo, nos aseamos a placer, concienzudamente.

Por la tarde nos ocupamos de limpiar el pajar, que estaba a espaldas de nuestro campamento. Se pensó instalar allí las colchonetas en cuanto el tiempo nos jugara otra mala pasada, como ocurrió en los últimos días de estancia en Ordesa. Bajo techo estaríamos sino más confortables, por lo menos más abrigados que bajo las lonas de las tiendas de campaña.

La noche llegó. A la luz de una petromax se sirvió la cena. En pequeños grupos sentados en el suelo compartimos la escasa cena en buena armonía.

Aquí los días empezaron a pasar con monotonía. Pese al buen tiempo que disfrutábamos, se nos privaba de movimientos. No podíamos salir del campamento sin la compañía de nuestros instructores. Lo más lejos que nos apartábamos de él era para llegarnos a la orilla del río para asearnos y bañarnos.

Un aluvión de noticias contradictorias nos llegaba del pueblo. Unas veces eran los mayores que a diario acudían a prestar su colaboración a las autoridades, pues la falta de hombres con una preparación técnica adecuada les obligaba recurrir a los nuestros.



Ellos procuraban conocer el estado actual de los acontecimientos del país.

Posiblemente lo que a nosotros trascendía solo era una parte de la verdad, mientras lo que era realmente trascendente quedaba oculto a nuestro conocimiento.

Había otro personaje, fuera de nuestro ambiente, que se encargaba de propagar noticias con gestos grandilocuentes y énfasis de triunfador.

- Sabéis –decía- ya no queda nada en pie en Zaragoza, la hemos bombardeado, destruyendo hasta el Pilar.

Contaba los triunfos de las fuerzas de la libertad, al decir esto hinchaba el pecho, como si él solo fuera el campeón de los combatientes.

A nosotros en vez de causarnos preocupación las noticias que nos daba tan gratuitamente nuestro visitante nos causaban hilaridad, porque su afectación era tan ficticia como su propia personalidad.

Solía decir para presentarse:

- Me llamo Pepito y soy aviador.

Pero pese a no tomar en serio al portavoz de tan nefastos augurios, en nuestra mente iba calando la impresión de que algo hubiera de cierto.

Así nacían pequeñas peleas verbales entre los componentes de la patrulla.

- No creáis –decía Fandos- nada de lo que dice ese botarate. No veis que lo hace para asustaros.

- Tal vez. Pero reconoced que puede haber algo de verdad en todo lo que dice.

- ¡Va! Tontadas.

Aunque nuestros coloquios no pasaban nunca de las conjeturas, nuestro espíritu se dejaba atrapar por el desasosiego que nos producían estas noticias.

Pero el peor enemigo de estos días era el tiempo. La falta de quehacer en que ocuparnos hacía posible la fortificación de nuestras inquietudes. Fueron pasando los primeros días de nuestra estancia en el nuevo campamento.

Un nuevo empeoramiento climatológico nos obligó a trasladar nuestras colchonetas al pajar. Allí al abrigo de sus paredes los componentes del grupo encontramos alivios al rigor del tiempo invernal.

El empeoramiento del tiempo nos dejaba aún más atados de movimientos corporales desatando con ello la fantasía de nuestra exuberante imaginación infantil.

Agravaba nuestra situación el nuevo y colectivo brote de colitis que nos privaba de gozar de lo poco disfrutable de estos días oscuros y lluviosos.

Se habían construido unas letrinas para evacuar nuestras escasas comidas, sin embargo, en aquellos días era el lugar más frecuentado de todo el campamento.

Mi ligereza de vientre me obligó a salir del pajar. Cogí las botas y la manta y me dirigí hacia las letrinas.

La noche estaba muy oscura. En el cielo solo había un techo negro formando un espeso cúmulo de nubes negruzcas.

Caminé a tientas directamente hacia mi objetivo. Conocía bien el camino. No tardé en llegar a las letrinas. Traté de acomodar la manta de manera que no impidiera eliminar mis excreciones y a la vez me abrigara. Sentía frío. La noche y la destemplanza de mi cuerpo colaboraban a esta sensación.

Así de cuclillas trataba de aliviar mi angustia corporal, mientras me sujetaba a unas matas del suelo para sostener mi equilibrio al borde de la zanja que hacía de letrina.

Enfrente de mí sabía que estaba la carretera que allí formaba como un paredón que sostenía la tierra de la colina que la circundaba. Miraba al frente. Solo la negrura de la noche con su opaca oscuridad se vislumbraba. Al rato unas luces claras de unos focos de automóvil rasgaron el negro velo de la noche. Su potente luz hizo aún más impacto en la oscuridad. Se encendieron solo un momento para volverse a apagar y la negrura parecía más espesa. Se escuchó el ronroneo del motor de un vehículo durante un momento y de repente dejó de oírse. Presté mayor

atención porque era lo único vivo que había a mí alrededor y me puse tenso tratando de localizar el ruido y las luces de aquel automóvil.

Trataba de penetrar con la vista la oscuridad espesa de la noche, pero todo era silencio a mi alrededor.

De pronto observé que una pequeña luz roja se movía de un lado a otro. Vi como esa luz se quedaba parada en un punto y daba la sensación de que una luciérnaga se hubiera quedado quieta.

Después una nueva luz roja se movía hacia el lado opuesto de la primera y vi que se paraba en un punto quedando allí parpadeante y casi invisible a mi vista, como hizo la primera luz.

Nuevamente el ronroneo del motor sin apartarse mucho de su lugar. El ruido se escuchaba intermitentemente pero siempre con la misma intensidad.

Todas estas maniobras habían despertado mi curiosidad. Estaba atento sin haber cambiado mi postura inicial a todo cuanto ocurría allí. Estaba seguro de que era en la carretera donde se maniobraba con tanta actividad.

La luz se encendió nuevamente. Vi como sobre el paredón que allí formaba la carretera había un grupo de hombres puestos en pie. La brevedad del haz de luz no permitió saber con exactitud las personas que alineadas se apoyaban en la pared.

Me quedé suspenso y alerta ante el nuevo giro de los acontecimientos. Recibí un gran sobresalto cuando una descarga de fusilería atronó el espacio. Los breves chispazos azulados de los fogonazos me hicieron ver las imprecisas figuras de los hombres que sostenían las armas y lo primero que percibí fueron sus barbas.

Resbalé y me caí dentro de la letrina. Con los ojos desorbitados por la sorpresa asomaba la cabeza como si el parapeto de la letrina me hubiera ofrecido un refugio donde ocultar mi temor.

Nuevamente la luz apareció con su haz blanquecino alumbrando la pared. Los hombres que había visto ya no estaban.

Todo se desarrolló con rapidez. Acudió a mi mente la verdad de lo que había presenciado y esa verdad me aterró.

Traté de salir del agujero donde estaba metido y al tratar de incorporarme no pude. Un temblor convulso me lo impedía. Arañé la tierra con mis manos, tratando de conseguir mi propósito. Sollozaba impotente ante mi pequeñez. Aupándome pude salir de mi fétido parapeto. Corriendo, arrastrando mi manta me dirigí hacia el pajar cuando la manta se enganchó a una mata, frenando mi carrera, cayendo de bruces en el suelo.

Las lágrimas bañaban mi cara temblaba de terror. Me volví a recoger la manta que por mi nerviosismo no encontraba. El ronroneo del motor sonó de nuevo. Esta vez se fue apagando poco a poco hasta que el silencio se hizo total.

Este silencio se hizo opresivo. Sollozando llegué hasta la puerta del pajar. Me quité las botas instintivamente, como hacíamos siempre al entrar, ya que las colchonetas ocupaban la totalidad del mismo. Fui a mi lugar acostándome tembloroso.

Lloraba silenciosamente, o así lo creía. Luis que dormía a mi lado, de repente me preguntó:

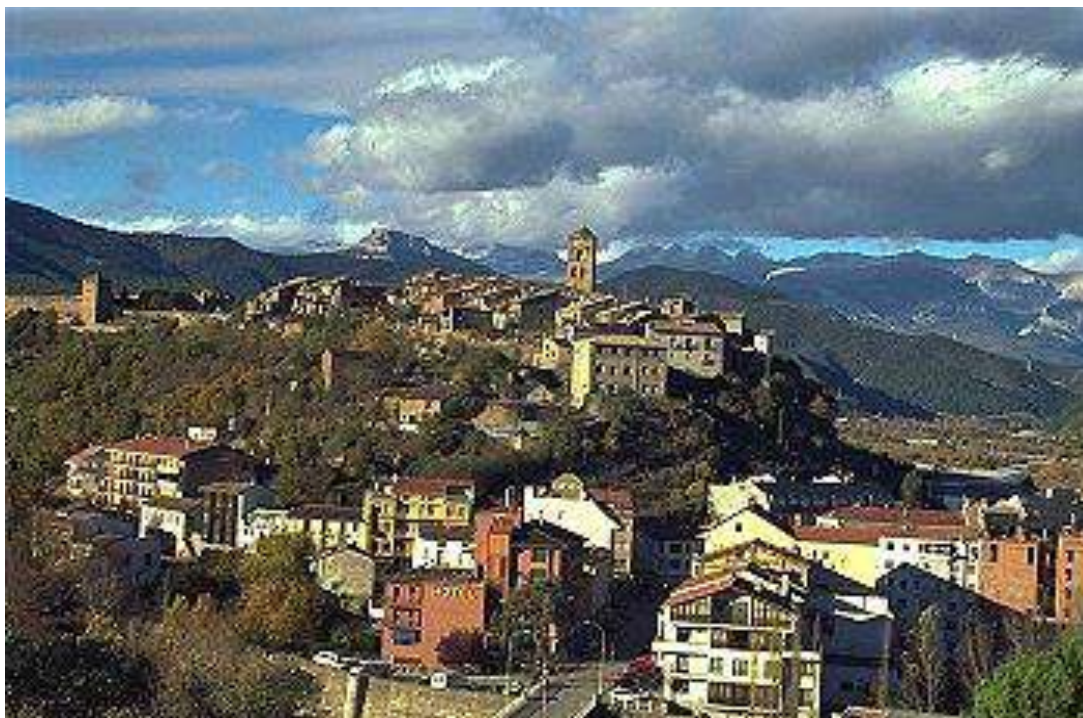
- ¿Qué tienes? ¿No te encuentras bien?

- Nada. Nada Luis. Siento frío, me duele el vientre. No estoy bien, eso es todo.

- Toma mi manta, a mí me sobra. Abrígate, habrás cogido frío allí fuera.

Se encargó de cubrirme bien con su manta y me dio unas palmadas, consolándome.

Empecé a sentir la tibieza que el calor de las mantas me proporcionaba. Sin embargo, el temblor seguía dominándome. Mi cara y mi frente ardían febriles.



Localidad de Ainsa.



CAPÍTULO DECIMOCUARTO

Habían pasado dos días. Mi proceso febril iba siendo vencido por mis reservas naturales.

Tuve que permanecer acostado en mi colchoneta. No me faltaron cuidados por parte de todos mis compañeros. El Tío Tim, en la primera mañana después de aquella noche, al conocer mi estado, vino a verme. Me tomó la temperatura y dio unas cuantas órdenes que se cumplieron con rapidez y eficacia.

- No es nada de importancia –dijo-. Pronto te pondrás bien. Así que ánimo.

Su vaticinio se cumplía puntualmente. Mi cuerpo y la situación atmosférica mejoraban a la par.

Cuando pude levantarme lucía un sol espléndido que ganaba la batalla a la humedad con rapidez. El frío de los días pasados quedaba atrás.

Pasaron varios días y nada nuevo sucedía. Las horas de tedio se amontonaban haciéndose largas e interminables.

No volví a salir más de noche del pajar. Siempre evitaba mirar aquella pared fatídica, que tan ingratos recuerdos habían dejado en mi mente y en mi corazón.

Nada había dicho a nadie. Sentía temor de confesar lo que había visto.

Sentí una gran alegría cuando dieron la noticia de que nos trasladaban nuevamente. Ingenuamente pensé.

- Ahora, sí que nos vamos a casa.

Mi error era tremendo, porque nuestros desplazamientos no iban a acabar con éste.

La ilusión y el gran deseo que sentía avivó la llama de la esperanza de mi ingenuidad. Contento y satisfecho, aquella última noche de pernocta en el pajar tuve un bello sueño de ilusión.

Creo que todos tuvimos puestos nuestros deseos en el mismo camino. Pero la senda se prolongaría meses, hasta alcanzar nuestro destino final.

Los obstáculos de nuestro caminar que aún nos quedaban por vencer eran diversos y difíciles, aunque la laboriosidad y la diligencia del Tío Tim hicieran este camino árido de lo más asequible y fácil.

Nos levantamos temprano y nos pusimos a desalojar el pajar. Desayunamos rápidamente y todos unánimemente colaboramos en dejar acondicionado el lugar de nuestra acampada. De manera que quedara claro nuestro buen quehacer y nuestra disciplina.

Comimos con verdadero apetito. El rancho de este día fue más abundante, como si quisieran aprovechar hasta las últimas viandas de nuestra despensa.

Recogimos todos nuestros efectos personales. Nos dispusimos a esperar la orden de salida.

Inquietos recostados en nuestras mochilas, esperábamos el regreso del Tío Tim. Se había desplazado al pueblo después de servir el almuerzo. Tardaría tal vez una hora en volver, pero nuestra impaciencia era tal que a todos nos parecía como si el reloj tuviera reuma.

Se habló, se comentó y hasta el pesimista puso su nota macabra al decir.

- Mira que si ahora se volviera a quedar todo como antes.

Le golpeamos con nuestras mantas hechas un rollo, generalizándose una pequeña batalla entre nuestro grupo. Cuando el acaloramiento de nuestra broma se iba inflando, alguien grito:

- ¡Que viene el Tío Tim!... ¡Que viene el Tío Tim!...

Acogimos la noticia con un hurra sonoro y arrojando nuestros sombreros al aire dando gritos alegres para saludar con este alborozo el final de nuestra impaciente espera.

Marqueta venía corriendo del extremo opuesto donde estábamos nosotros y sin haber llegado hasta el grupo nos gritó:

- ¡Vamos chicos! En marcha.

Nos pusimos nuestras mochilas. Tomamos el saco de dormir. Partimos al encuentro de nuestro instructor.

Caminábamos en fila de dos, encabezando la marcha los lobatos, siguiéndoles los de nuestro grupo y tras nosotros el resto más desordenadamente.

Llegamos hasta el puente que ya conocíamos. Esperaba un autobús que nos recogió. Enseguida iniciamos la marcha.

Nuestra imaginación marchaba más veloz que el autobús. Todos mostrábamos visiblemente nuestra satisfacción.

La noche se avecinaba. La oscuridad nocturna lo invadía todo. Nuestro coche sin luces en su interior circulaba precavidamente por la carretera sinuosa. Nuestro ánimo se oscurecía al igual que el día.

Por fin llegamos hasta nuestra primera etapa del nuevo destino: Barbastro.

Esta vez nos distribuyeron por casas particulares. A nuestro grupo le tocó una casa habitada solo por un anciano y una señora.

La dueña de la casa nos llevó a una habitación donde en una cama grande se apilaban seis colchones formando un alto parapeto. Para subir a él tuvimos que apoyarnos unos sobre otros.

La señora vino con un pan que distribuyó entre nosotros sin decir nada. Nos dio las buenas noches, dejándonos solos.

Nos comimos el pan con voracidad. Nos acostamos sobre los colchones, debido a su blandura, a la que no estábamos acostumbrados, tardamos en dormirnos.

Nuestro descanso estuvo precedido por la tibieza de la lana de los colchones y el ambiente grato de la habitación. Por primera vez en mucho tiempo sentí calor en la noche.

Nos llamaron muy temprano. Esta vez la pereza retrasaba la actividad de cada mañana.

La señora de la casa nos proporcionó agua para lavarnos. Nos sirvió un tazón de café con leche, acompañado de pan tierno casi caliente.



Barbastro.

Tomamos todo con gran satisfacción ante la mirada atenta y compasiva de nuestra anfitriona. La reserva de la noche anterior había sido vencida gracias a la información que se había procurado de nosotros.

Llamaron a la puerta de la calle. La buena mujer se asomó a una de las ventanas. Alguien abajo gritaba:

- ¡Que esos mocosos se den prisa! ¡Vamos que corran!

- Ya van –contestó ella, dando un tono de voz casi tan imperioso como la del hombre que nos reclamaba.

Sin decir nada tomamos la mochila y nos dispusimos a partir.

- Un momento muchachos –nos conminó la señora- esperad.

Salió de la habitación. Mientras nosotros en pie con nuestras mochilas al hombro, esperábamos a que la señora volviera y nos indicara el camino de salida, porque en la oscuridad de la noche anterior, no nos habíamos apercebido de la entrada.

Llegó al momento la señora con un pan en la mano y un cuchillo. Rebanó el pan, distribuyéndolo entre nosotros.

- Por aquí –nos dijo. Seguimos tras ella hasta la puerta de la casa.

Abrió y dirigiéndose a todos nos dijo:

- ¡Salud camaradas!

Empezamos a salir. Al pasar ante él expresábamos nuestra gratitud con breves palabras:

- Gracias señora por su bondad.

- Gracias.

Así fuimos desfilando hacia la calle uno a uno. Llegué a su altura y sin meditar lo que decía, expresé mi sentimiento de gratitud con estas palabras:

- Dios se lo pague señora. Adiós.

Ella puso rápidamente la palma de su mano en mi boca y me dijo:

- Niño que no te oigan.

Pero sonrío y en voz baja dijo:

- Que Dios os acompañe.

Salí, pero me hubiera gustado darle un beso a esa buena mujer. Miré hacia la puerta. Apoyada en el dintel nos sonreía, con la mano haciendo un movimiento suave de un lado a otro nos despedía.

No sé porque me entraron unas ganas enormes de llorar y pasé mis apuros para evitarlo.

Miré suavemente hacia la puerta, ésta se cerraba suavemente. Alcé la vista y vi como tras el cristal el anciano espiaba nuestra partida.

Presentí que algo grave había ocurrido en aquel hogar. Esta idea surgió instintivamente en mi mente.

Fuimos directamente a la estación. Una vez allí tuvimos que esperar poco porque los encargados de colocarnos la noche anterior en diversos lugares se habían mostrado diligentes en recogernos y acompañarnos en la mañana.

Nos acomodaron en un vagón y nos dispusimos a partir.

No tardamos mucho en iniciar la marcha. El tren andaba renqueante pero no se detuvo hasta que llegamos.

Allí hicimos trasbordo a otro tren. Tras una larga espera, en la que estuvieron maniobrando con vagones de carga que agregaron a nuestro tren, iniciamos nuevamente la marcha.

Ésta era lenta, porque el arrastre que había de efectuar la máquina era superior a su potencia, pero pese a ello se hacía de una manera continuada.

Las horas pasaban lentas y aburridas. El cansancio, que nos producía en parte la incomodidad de nuestro vagón y en parte la lentitud de la marcha iba mellando nuestros ánimos.

Comimos un poco de pan del que nos había obsequiado esa señora de Barbastro, y no todo porque lo compartimos con los compañeros de nuestro departamento.

Somnolientos unos y cabizbajos los más, cada uno se abrazaba a su pensamiento. Mi discurrir era nostálgico. El aliento y el calor de amor de aquella mujer habían calado en mi espíritu. Con los ojos cerrados apoyando mi cabeza sobre el duro respaldo del asiento del tren evocaba a mi madre y a mis hermanas.

Nos sorprendió que el convoy se parara repentinamente. Miramos curiosos por las ventanillas. Unos hombres armados de fusiles revisaban el tren. Su inspección fue breve pero lo suficiente para que el tren con su pesada carga arrancara con dificultades. Por segunda vez nos hicieron parar. Ya nadie sintió curiosidad por saber las causas.

Esta parada se prolongó un buen rato, hasta que otro tren pasó en dirección contraria. Seguidamente se inició nuevamente la marcha, escuchándose el golpeteo de los topes del tren.

La tarde se consumió rápidamente. La oscuridad empezó a invadir nuestro vagón. El sol en poniente se ocultaba cada vez más, dejando solamente dibujado en el cielo la estela de su luz.

La marcha seguía lentamente. No sentíamos hambre, pero sí teníamos sed y no disponíamos de agua.

El pan que habíamos comido y la carbonilla de la máquina que se nos metía por las ventanillas provocaban esa sensación amarga de sentirse sediento.

Ya era noche cerrada. Solo una tímida lucecita lucía en todo el vagón.

Por fin llegamos a Lérida. Pedimos permiso para bajar del tren y así poder beber agua.

La sed torturaba a todos. El andén, del que no se nos permitía salir, estaba bastante iluminado. Los primeros en bajar fueron los guías que nos indicaron donde podíamos beber. Una fuente de agua abundante sirvió para que todos borraríamos tan desagradable sensación. Nos dio tiempo para asearnos un poco y para llenar nuestras cantimploras.

Busqué a mi hermano. Lo encontré andando por el andén acompañado de Bellido y Pelegrín.

- Oye José. Podíamos pedir permiso a Tío Tim para ir a ver al tío Vicente.

- No hombre, no. Seguramente no nos daría tiempo. El tren no creo que esté mucho tiempo parado. Y además no sabemos si estará aquí en Lérida.

- Es verdad. Tienes razón. Pero me hubiera gustado mucho haberle visto.

- Y a mí también, Fernando. Pero ya ves que no podemos.

Los dejé y me subí al vagón. La noche estaba fría para la ropa que nosotros llevábamos. Me acomodé con holgura, pues faltaban varios muchachos de nuestro compartimento y me dormí.

Me despertaron las voces y los empujones de mis camaradas que trataban de acomodarse. Aún somnoliento pregunté:

- ¿Dónde estamos ahora?
- En el mismo sitio. Bobo.
- Aún estamos en Lérida... Pues ¿qué hora es?
- Ya es la una de la madrugada y ahora sí que nos vamos.

Arrancó el tren. Dio la impresión de que lo hacíamos con mayor holgura y ligereza y que su velocidad era mayor.

Había dormido dos horas. Sentí hambre y frío. Busque mi manta lo que ocasionó protestas de mis compañeros:

- Que me pisa animal. Ten cuidado.
- Vamos, callar. Pues no metéis ruido ni nada.
- Pero... ¿no podéis estaros quietos?

Aquello parecía un gallinero sorprendido por una raposa. Al fin conseguí atrapar una manta, sin saber si era la mía. Me abrigué bajo ella contento de la tibieza de su abrigo.

Posiblemente todos mis compañeros de compartimento durmieron mientras que yo, desvelado por mi siesta nocturna en la estación de Lérida, procuraba acomodarme lo mejor posible, aunque la dificultad de conseguirlo era todo un problema, por lo apretados que estábamos.

Sentía frío en los pies y dolor en el estómago. Busqué la cantimplora y bebí agua. Poco me alivió, pero la sequedad de mi boca se mitigó con el trago.

Por fin empezó a alborear. Con la salida del sol y la llegada de la luz diurna nuestro ánimo empezó a aumentar. El vagón empezó a cobrar vitalidad escuchándose voces, idas y venidas por los pasillos.

El calor del sol me dio las calorías que me faltaban, aunque sentía un vacío en el estómago, pero no dije nada, pues como yo estábamos todos.

Espeleta nos pasó la voz que preparásemos todo porque estábamos a punto de llegar a Barcelona y que había que apresurarse.

Tomamos nuestro equipaje y esperamos pacientes la parada del tren. Estábamos ante unos andenes grandes y vi un gran letrero que decía Barcelona.



Monumento a Colón y puerto de Barcelona. Fotografía de los años cincuenta.



Barcelona, avenida del Generalísimo. Fotografía de los años cincuenta.

CAPÍTULO DECIMOQUINTO

Sentimos un gran alivio al saber que por fin acababa el pesado viaje. Sentíamos desfallecidos nuestros cuerpos por la falta de alimentos, pues desde que comimos el pan que nos obsequió la buena mujer de Barbastro no habíamos probado nada.

El reloj del andén señalaba las tres de la tarde. Nuestros grupos formados en filas de a dos estaban dispuestos a partir donde quisieran llevarnos. Pero nuestro deseo se inclinaba que fuera a donde hubiera algo que comer.

Se inició la marcha ante las miradas curiosas de los viandantes que pululaban por la estación. En la salida nos esperaban dos coches de los que usaban los guardias de asalto. Nos fueron acomodando en los automóviles, ante nuestra sorpresa. Se inició la marcha estridente y a gran velocidad por las calles y avenidas de la ciudad.

Para nosotros significó un gran alborozo ver el asombro que el sonido de las sirenas causaba en los peatones.

Nuestra admiración fue en aumento cuando después de aquel paseo en automóvil de casi cuatro horas nos llevaron al Hotel Ritz. Sin grandes preámbulos nos condujeron a un elegante comedor.

Nos acomodamos. Unos estirados camareros con unos elegantes fracs nos sirvieron una espléndida cena, de la cual dimos buena cuenta.

Hacía tanto tiempo que no comíamos sentados en sillas y en una mesa con immaculados manteles, cubiertos de plata y vajilla de porcelana que al vernos ante tanta magnificencia sentimos tanta timidez que nadie osaba decir nada. Nadie se atrevía a hablar en voz alta. Nadie hacía objeciones. Aquellos camareros nos sirvieron unos platos abundantes y apetitosos.

Al final de la comida nuestro ánimo había tomado un giro total. Nuestro pesimismo y cansancio se evaporó como por encanto.

Aquello nos parecía como si estuviéramos viviendo un cuento de hadas. Al fin nuestras angustias y nuestras necesidades desaparecían ante el genio bienhechor que ahora nos amparaba.

Poco tiempo duró nuestra ilusión. Inesperadamente se dio la orden de partir. Nosotros creíamos que íbamos a pernoctar en el magnífico hotel en donde nos habían dado de cenar tan extraordinariamente.

Salimos al vestíbulo. Nuestros efectos personales se apilaban en un rincón. Cada cual tomó su mochila. Salimos de aquel fastuoso recinto para afrontar nuevamente la realidad de nuestra situación.

Estuvimos caminando como una hora por las calles de la ciudad. Desconocíamos cual era la meta de nuestro destino. Cruzamos la avenida Mistral Aribau, Trafalgar que pude identificar por los carteles que indicaban sus nombres. Nuestra incertidumbre se vio sorprendida por el alojamiento al que se nos destinaba: ¡el manicomio!

¿Qué clase de broma nos estaban gastando? No tardamos mucho en que aclararan nuestras dudas. La noticia nos sirvió para regocijarnos y reír como si fuéramos asiduos clientes de los alojamientos a los que íbamos destinados.

Ocurrió que los encargados de recibirnos en la estación creyeron por un error de interpretación que éramos *fugados* de Zaragoza y no *refugiados*.

Esto motivó tan sonora recepción y tan copiosa cena en tan elegante lugar. Pero cuando nuestros anfitriones consiguieron averiguar la verdad, el encanto se rompió en mil deseos vengativos. Gracias a que estábamos tutelados por la Cruz Roja Internacional, nuestros burlados anfitriones no tomaron posibles represalias.

Para nuestro descanso nocturno solo pudieron conseguir este hospital de alienados, donde ahora nos disponíamos a pasar la noche.

En una gran nave dos hombres, ya entrados en años con unas batas blancas holgadísimas que llevaban desabrochadas, nos fueron

asignando una cama a cada uno. Hecho este menester se retiraron enseguida apagando las luces. Dejando solamente encendida una luz verde que había sobre el dintel de la puerta de entrada.

Las camas posiblemente fueran duras, pero a nosotros nos parecieron nubes de algodón. Como estábamos cansados por el viaje y muy satisfechos por la abundante comida, el sueño hizo presa general de todos nosotros rápidamente.

La mañana salió nubosa. Como ya estábamos acostumbrados a madrugar, no fue precisa la presencia de aquellos hombres de la noche anterior para anunciarnos la hora de levantarnos.

Había lavabos y nos aseamos con gran placer. Tomamos nuevamente nuestras mochilas y nos dispusimos a partir. Ignorábamos quien era realmente el que disponía nuestro destino.

Al llegar al patio del hospital nos esperaban una pareja de boys que al aparecer tenían orden de conducirnos a un lugar determinado.

Haciendo de guías estos jóvenes compañeros de los scouts catalanes nos llevaron a un convento próximo, que creo que era el de Santa Ana. Estaba deshabitado de sus antiguos moradores. Lo ponían enteramente a nuestra disposición.

En su entrada un escudo muy deteriorado y parte de la titularidad también destruida, pero a pesar de ello se podía adivinar que allí decía Ana.

La soledad de sus grandes habitaciones, de sus grandes salas y la escasa luz que se filtraba por sus góticas ventanas, por los opacos cristales de estas, hacía parecer al convento más un castillo encantado, donde los fantasmas acechaban por cualquier rincón. Esto impresionaba a nuestras retinas con sensación de respeto medroso.

Dejamos nuestras mochilas en una de las habitaciones. Nuestros guías nos condujeron a través de pasillos en semipenumbra hasta un amplio comedor.

Éste, aunque mal iluminado, nos dio la impresión al entrar en él, que había puesto un sol en aquella habitación grande, al pender del techo una lámpara pequeña que iluminaba el recinto.

Nos sentamos en las mesas que ya estaban dispuestas. Se nos sirvió café caliente y un poco de pan.

Terminado el breve desayuno se nos autorizó a recorrer las dependencias de tan vetusto edificio. A nuestra juvenil imaginación le pareció un obsequio muy generoso.

Había un ambiente tal de misterio en cada rincón, en cualquiera de esos inmensos pasillos, largos, interminables, que presentíamos que aventurarnos por las dependencias abandonadas y silenciosas del edificio en que nos cobijábamos nos iba a deparar más emociones que cualquier otra escalada o excursión de las que ya habíamos efectuado.

La patrulla salió del comedor. Sin demora recorrimos parte del camino que ya habíamos andado para llegar al comedor hasta alcanzar la escalera principal.

Una vez allí decididos emprendimos su ascensión. Conforme ganábamos en altura perdíamos en velocidad. Las sombras de la semipenumbra se volvían fantasmagóricas. Sillas, arcones y cuadros destrozados que aún pendían de la pared formaban un marco de irrealidad tal que nuestros ánimos se encogían tanto o más que nuestros cuerpos.

Encorvados, pero tensos los nervios, caminábamos y cualquier ruido paralizaba nuestros pasos. Silenciosos escuchábamos a ver si ese murmullo, muchas veces imaginario, se volvía a repetir.

Así lentamente, avanzamos por los estirados pasillos, asomando la cabeza, con suavidad primero, por los huecos de las habitaciones que hallábamos para cerciorarnos que su desnudez era total.

Cuando empujábamos alguna de las pesadas puertas de estas habitaciones, el chirriar de sus bisagras oxidadas por su abandono y la humedad, nos parecía como el arrastre de cientos de cadenas.

La revisión que hicimos de la primera planta no nos dio ninguna sorpresa. Volvimos hacia la escalera más confiados y con el ánimo más alegre al ver que en la penumbra de aquella mansión religiosa no había ningún peligro.

Ascendimos hasta la segunda planta. Su estructura era igual que en la planta inferior. Ahora caminábamos en silencio, pero con rapidez.

Seguimos pasillo adelante y al tratar de doblar el pasillo, de repente, tropezamos con un grupo de lobatos. Nuestro encuentro fue tan inesperado que ninguno pudo evitar un grito de terror.

Nuestro corazón aceleró nuestras pulsaciones al máximo, hasta que rápidamente nos percatamos que éramos muchachos del mismo grupo los enfrentados.

- Menudo susto nos habéis dado, lobatos.

- Y vosotros que. Casi nada. Si es que andáis como fantasmas.

- Bueno, ahora ya somos más para explorar. ¿Habéis visto algo interesante por lo menos?

- Nosotros nada de nada. Solo imágenes partidas en una habitación.

- Vamos ahora.

- No. Hemos hecho promesa de no tocar nada. Así que dejémoslo.

- ¡Eh mirad! Otra escalera. ¿Subimos?

- Subamos.

Aquí nuestras precauciones se incrementaron al máximo. La escalera era estrecha, debía conducir a los áticos del edificio. Efectivamente había un pasillo rectangular más angosto que los anteriores y unas habitaciones a ambos lados.

Andábamos lentamente por el pasillo y empujábamos las puertas de las habitaciones. Unas cedían a nuestra presión y se abrían lentamente. Gracias a la luz que entraba por un ventanuco semicerrado se percibían objetos amontonados difíciles de identificar con tan escasa luz.

Seguimos hasta el final del ángulo del pasillo. Al intentar abrir una de aquellas puertas con la mano, en cuanto dejábamos de hacer presión la puerta se cerraba como si alguien tras de ella intentara no dejarnos pasar.

- Apartaros –dijo alguien. Con el pie dio una gran patada a la puerta que esta vez se abrió de par en par.

Un oh de asombro salió de nuestras gargantas al observar que la escasa luz del tragaluz de aquella buhardilla iluminaba una serie de ataúdes alineados que llenaban la habitación.

La penumbra y el local cerrado tanto tiempo daba a nuestro olfato el aroma fétido que nos pareció el de los muertos.

Nadie se espantó, pero tampoco había ningún valiente que quisiera entrar en la habitación.

Así pasaron lentos los minutos, opresivos, misteriosos... ..

Por fin se entró en la habitación y visto de cerca el santuario mortuorio la visión se cambió por el hecho real. Lo que nos pareció ataúdes eran unas máquinas de coser que embutidas en sus fundas se alineaban unas junto a las otras.

Visto todo acudimos al comedor. La mañana se había cubierto con desesperante rapidez. Se sirvió la comida que no aumentó en cantidad, aunque ganara en calidad o así nos pareció.

La tarde la pasamos de idéntica manera. Terminada la misma nuevamente fuimos a dormir al lugar de la noche anterior y nuestro sueño se preñó de fantasía como el día que habíamos pasado.

CAPÍTULO DECIMOSEXTO

Los días pasaban rápidamente en nuestro nuevo hogar. Para nosotros todos los días estuvieron llenos de actividad creciente. Las visitas a diferentes puntos de la ciudad y el gran recreo que significaban los hallazgos que hacíamos en el vetusto convento bastaron para llenar el vacío de las horas diurnas, con un montón de sorpresas diarias.

Encontramos ropas blancas en abundancia que sirvieron para que Manolo Laguens aprovechara sus habilidades de modisto y nos hiciera ropa interior a casi todos.

El convento era el lugar donde más horas del día estábamos. Nuestros paseos eran más bien breves pero convenientes pues así tomábamos el aire y el sol.

La tarde el vigésimo segundo día se dio una nueva orden de partida. Pusimos nuestras mochilas en orden, recogimos nuestras colchonetas enrolladas y esperamos pacientes la hora de partir.

El Tío Tim encabezaba el grupo. Formados en filas de dos iniciamos la marcha.

Al salir nuestros instructores Marqueta y Sánchez nos despidieron uno a uno.

Hubiéramos querido preguntar la razón por la que ellos permanecían allí mientras nosotros partíamos hacia un nuevo destino. Pero no hubo tiempo para preguntas.

¿Cuál sería el nuevo destino que ahora iniciábamos de nuevo? Aún lo ignorábamos o al menos yo, pero mi duda se disipó al momento cuando supe, ya bajo la bóveda de una gran nave del puerto, que nuestro destino era Francia.

Nuestro grupo se había reducido a cuarenta y dos muchachos, todos menores de 18 años y el Tío Tim como jefe, que por su condición de extranjero podía realizar el viaje al país vecino.

Puestos en pie esperábamos que las autoridades aduaneras dieran el visto bueno, pero la tramitación se prologaba y nos mandaron sentar.

Mientras esperábamos hacía un breve recuento de las cosas más sobresalientes de estos días pasados.

El recibimiento. La exploración de las dependencias del convento. ¡Ah!... el descubrimiento fortuito de la biblioteca del mismo.

Los moradores del convento antes de desocuparlo habían condenado aquella puerta con ladrillos, pareciendo que allí no existía ningún salón. Nadie supo como parte de aquella pared se desprendió y ante la atónita mirada de todos vimos un monumental salón lleno de ricas estanterías, que a su vez rebosaban de libros. Había un millar de ellos o tal vez más. Su valor artístico era incalculable, pues oí comentarlo.

- Esto vale una fortuna.

Sin embargo, se acordó volver a taponar la entrada para salvaguardar esa riqueza artística del azote de los milicianos.

Así se hizo. Bajo palabra de explorador todos nos comprometimos a guardar silencio.

Otro recuerdo grato era aquella fiesta que en el auditorio del convento se celebró. Allí con escenario y espacio acomodado para los espectadores, nuevamente los incipientes artistas de nuestro grupo nos obsequiaron con lo mejor de su repertorio, pero esta vez enriquecido por varios scouts de la ciudad que también participaron en aquel festival.

Resumía los días pasados allí. Encontraba que nuestra estancia en la capital de Cataluña había tenido grato el recibimiento, amena la compañía de los scouts catalanes, que, con su colaboración y las facilidades para nuestro desenvolvimiento cotidiano, hicieron nuestra estancia más cómoda, y triste su final, porque allí abandonados a su suerte

quedaban los verdaderos sacrificados de nuestro grupo. Ellos conocieron siempre la verdad de nuestra situación y padecieron moral y físicamente en beneficio de todos nosotros, los más pequeños.

Nos ocultaron con su optimismo la realidad de los hechos. Pienso que algún día dejaron su ración de comida para mejor sostenimiento nutritivo de los que ahora partíamos.

Sé que todos sentíamos la separación. Pero era inevitable. Por razones de edad y la situación caótica creada por la guerra hacían imposible que nos acompañaran.

El Tío Tim, que se había ausentado en el momento de nuestra espera, regresó. Rápidamente se nos hizo pasar al muelle, a su salida un carguero francés atracado allí mismo esperaba nuestro embarque.

Subimos por su escala. Nos llevaron a la proa del buque. Tomamos una escalera descendente que nos condujo a un pasillo, donde a ambos lados se distribuían los camarotes. Según el número de literas íbamos entrando. A nuestro grupo le cupo la suerte de estar juntos gracias a su reducido número.

Dejamos nuestras mochilas en el suelo. Probamos el confort de las camas. Todo nos pareció bien pero angosto, como es lógico en el camarote de un barco.

Salimos dispuestos a subir a cubierta. Vimos al fondo de este pasillo a través de una puerta abierta el comedor. Sobre sus blancos manteles y sobre unas paneras de mimbre vimos unas succulentas rebanadas de pan apiladas en abundancia.

Nos acercamos tímidamente hasta la entrada. Allí en ese salón comedor todo estaba dispuesto para servir la cena.

No pudimos resistir la tentación de hurtar un trozo de pan que tan apetitosamente se ponía a nuestro alcance. Aprovechando la soledad del salón tomamos uno. Lo comimos allí, glotonamente. Estaba tan bueno.

Miramos a ver si éramos observados. Como no vimos a nadie, tomamos varios trozos, ocultándolos bajo nuestras camisas.

Salimos de allí y al cruzar el pasillo vimos con terror como un marinero espiaba nuestros movimientos, pero él al vernos sonreía. Iniciamos el retroceso dispuesto devolver el pan a su sitio, cuando nuestro marinero empezó a hablar y solo decía:

- No, no... -a la vez que con la palma de la mano se tapaba los ojos, indicándonos que él no había visto nada.

Corrimos contentos hacia la escalera felices por la complicidad del marinero. Una vez en la cubierta cuando nuestros compañeros vieron tan apetitoso pan ávidamente preguntaron:

- ¿Dónde lo habéis conseguido?

Con la boca llena fuimos dando explicaciones y contamos la complicidad de nuestro marinero.

Todos acudieron al comedor secundando nuestra acción ante el regocijo de aquellos hombres encargados de su custodia. Todos comimos felices aquellos tiernos panes.

Observamos las maniobras del barco al desatracar del muelle. Lentamente enfiló recto la salida del puerto.

Fuera de él formaban a ambos lados navíos de guerra de distintas nacionalidades formando como una barrera, que nuestro barco cruzó previas señales de un marinero que con sus banderitas se comunicaba con los allí anclados.

Cuando iniciamos nuestra travesía a mar abierta se nos avisó que era la hora de cenar.

Bajamos al comedor. Un nuevo montón de pan se había colocado en sus respectivas paneras. Se sirvió una cena abundante que debido a nuestro aperitivo de pan ya no tomamos con el apetito deseado. Sumando a esto el malestar corporal que se iba adueñando en la mayoría de nosotros con el vaivén del barco, la cena no resultó tan alegre como era

de esperar. Pronto los mareos se generalizaron y empezamos a desfilar hacia nuestros camarotes como beodos.

El final de la cena solo unos pocos pudieron resistirla. El silencio se iba generalizando hasta hacerse total.

Acostados en nuestras literas, angustiados por las náuseas pasamos un buen rato hasta que el sueño venció nuestras incomodidades.



Barcelona. Paseo de Gracia hacia el mar. Fotografía de los años cincuenta.

CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO

Alguien llamó a la puerta de nuestro camarote y nos invitó a levantarnos con estas palabras:

- ¡Eh, chicos! Si queréis ver la salida del sol levantaros.

Para nosotros no significó ningún esfuerzo acudir a la cita anónima. Todos salimos a cubierta para contemplar el espectáculo incomparable que solo la sabia naturaleza es capaz de ofrecer en todo su esplendor.

Apoyados en la baranda metálica que bordeaba la nave, todos mirábamos el horizonte, donde el astro rey resplandecía fulgurante, llenando el cielo y la mar de una tonalidad rojiza. La corona de su fulgurante luz cambiaba los colores del azul del agua del mar, reflejándose el iris multicolor en cada onda de las olas. A la vez las tinieblas huían del dios Febo que con su luz y calor serenaba el espíritu de quienes lo contemplábamos.

Apoyado en la fría barra de hierro la nostalgia elevaba mi sentimiento pensando que el porvenir que se nos abría era tan bello como los colores del iris y tan templado como el calor del sol incipiente que asomaba su cresta por el horizonte.

La marinería del barco empezó su faena de limpieza, baldeando la cubierta. Para no molestar bajamos nuevamente a nuestro camarote, terminando nuestro aseo con calma.

Fuimos a desayunar. Nos sirvieron café aromático y humeante, acompañado de galletas con mantequilla y mermelada. Significó un verdadero festín para todos. Había en la mesa alimentos que no habíamos visto desde que salimos de nuestras casas. Pusimos empeño en ser comedidos, pero pudo más nuestra hambre retrasada que nuestra voluntad.

Nos pusieron más golosinas, pues aquello era lo que significaba para nosotros esas viandas mañaneras. También dimos buena cuenta de todo ello. Por ganas de comer no íbamos a despreciar a nuestros anfitriones.

Nuevamente subimos a la cubierta. El sol lucía plenamente.

Diseminados esperábamos mirando el horizonte, tratando de adivinar lo que tras la raya del mismo se ocultaba.

Vino el Tío Tim y nos ordenó que estuviésemos preparados pues nos tenían que vacunar a todos antes de desembarcar.

La orden de acudir a la cita no se hizo esperar. Fuimos a popa donde el doctor del navío nos inoculó la vacuna correspondiente a cada uno de nosotros.

Entretenidos en la atención de este proceso sanitario, nadie se percató que allí en el horizonte se divisaba tierra.

Acudimos presurosos y escudriñamos el horizonte tratando de configurar lo que tan difusamente divisábamos. Lentamente se iban agrandando las formas difusas. Antes de un ahora ya percibíamos con claridad el puerto de Marsella.

Ahora parecía que avanzábamos con mayor rapidez. Pronto enfilamos por su inmensa bahía rectos al muelle.

En poco tiempo atracó el barco. Cada uno tomó su mochila y nos dispusimos a desembarcar.

Al salir por la pasarela los marinos nos saludaban con la mano desde la altura de la proa. Nosotros correspondíamos a este cariñoso saludo de igual manera.

- ¡Adiós! ¡Gracias!

- ¡Adieu! ¡Au revoir ! Petits enfants.

Formamos en fila de dos en el muelle. Precedidos del Tío Tim iniciamos la salida del muelle, dirigiendo nuestra marcha hacia la aduana. La columna siguió el camino que señalaba el Tío Tim.

No andamos mucho rato. Fuimos a parar a la puerta de un convento. Estaba ocupado por monjes que nos acogieron con simpatía. El padre que nos recibió hablaba un correcto español.

Nos llevaron hasta un gran salón y nos indicaron que dejásemos allí nuestro equipaje. Luego se nos indicó que hasta la hora de comer podíamos pasear por el patio y también, si lo deseamos, orar en la capilla.

Creo que nadie dejó de ir donde sugirió el padre en segundo término. Al fin se podía mencionar el nombre de Dios sin que te tuvieran que tapar la boca con temor. En la bella capilla ante una imagen de Cristo crucificado, emocionados, reverentes y agradecidos, elevamos nuestras preces al Señor, culminando con este acto un deseo contenido en el fondo de nuestra alma, que ahora explotaba ferviente de nuestros labios y en todo nuestro ser.

Creo que salí de aquella bella capilla más confortado, más fortalecido en el espíritu y más sosegado de cuerpo.

Pasear por el patio del convento, bien cuidado con unas lindas macetas llenas de bellas flores acabó de serenar la zozobra del tiempo pasado. Se respiraba paz, armonía y libertad.

Jamás por mi mente juvenil había pasado el significado de esta palabra, libertad. En este momento presentí el gran aliento que es para el hombre el sentirse libre y este estado cobra en mi su conciencia absoluta.

La comida que se nos sirvió fue austera como el convento que nos cobijaba. Todos extrañamos su condimentación que tanto difería de nuestra costumbre.

Nuestra gana de comer era superior a cualquier inconveniente culinario y todo cuanto nos dieron nos lo comimos casi ferozmente.

La tarde la dedicamos a hacer una breve excursión por la ciudad hasta que el día declinó. Tras mucho preguntar a los transeúntes pudimos llegar a nuestra residencia provisional.

Llegamos cansados de tanto andar por las calles de la ciudad. Nuestro regreso era esperado con la cena dispuesta para ser servida, pese a que era muy temprano. Aún ignorábamos esa costumbre francesa de cenar tan pronto. Casi sin respiro el Tío Tim anunció nuestra partida con destino a París.

Nuevamente tomamos nuestras mochilas iniciando seguidamente el camino a la estación. Allí se nos acomodó en un soberbio vagón confortable, bien iluminado y amplio.

Para nosotros este vagón de ferrocarril era como un palacio cómodo y lujoso.

Se inició la marcha. Todos buscamos acomodo para pasar la noche. Se apagaron las luces. Tratamos de conciliar el sueño.

Lo conseguí, pero el dormir sentado, pese a la comodidad del asiento, me resultaba pesadoso. Me desperté y me volví a dormir repetidas veces en el transcurso de la noche de viaje.

Cuando el día empezaba en su plenitud llegamos a la estación de París que fue nuestra inmediata parada.

Nos dispusimos para bajar del vagón, cuando se ordenó que permaneciésemos quietos en nuestros sitios hasta que se nos avisara.

Curioseábamos a través del cristal de nuestro vagón, observando el gran movimiento de gente en aquella inmensa estación. Este ejercicio visual pronto dejó de interesarnos. Aprovechamos el tiempo haciendo fila en los lavabos para asearnos un poco.

Pasaron los minutos. Todos estábamos impacientes esperando el regreso del Tío Tim.

Por fin éste llegó. Nos comunicó que nuestro viaje no había terminado. Ahora nos iban a llevar a Lourdes.

Sin apearnos del vagón, éste fue adicionado a un convoy y en poco tiempo se emprendió nuevamente el viaje.

Pasaron las horas lentamente. Sentíamos pesadosos el desmayo de la falta de alimentos. Lo sentíamos con mayor fuerza pues nos

habían acostumbrado a buenas comidas en el poco tiempo que llevábamos en Francia.

Sobre las tres de la tarde llegamos a nuestro destino: Lourdes.

Bajamos presurosos porque nuestro tren hacía una parada muy corta en esta estación. Antes que pudiéramos agruparnos ya había partido el convoy.

Nuevamente iniciamos nuestra marcha en formación, dirigiendo nuestro grupo un sacerdote que en la estación esperaba nuestra llegada.

Recorrimos el pueblo casi en su totalidad y una vez más nuestro destino era un convento. Ante una verja de hierro que daba acceso a un espacioso patio nos detuvimos. El padre y el Tío Tim entraron. Al poco tiempo volvieron en compañía de un grupito de monjas de la caridad.

Supe enseguida por el hábito que llevaban las monjitas a que comunidad pertenecían, pues en mi niñez mi primer colegio había sido de monjas y éstas llevaban el mismo hábito que las que yo conocí en aquellos días de mi infancia.

El padre abrió la verja y en correcto español nos invitó a pasar.

Las monjitas hablaban casi todas a la vez. Las únicas palabras que llegué a entender eran:

- Bonsoir petits enfants.

Pasamos por el patio y a la izquierda de él había un pasillo que daba a otro patio interior rectangular, con una estatua en medio.

Descargamos allí nuestras mochilas y esperamos pacientemente nuevas instrucciones. Éstas no se hicieron esperar. Tomamos una escalera que al principio de la entrada habíamos visto y ascendimos hasta la planta superior. A los del grupo Ebro nos asignaron una habitación donde había una veintena de camas. Unas dispuestas para nosotros y las restantes juntas una a otras en el lado opuesto de tan espaciosa habitación.



Vista general de Lourdes.

Al resto de los grupos se les condujo por el pasillo adelante y salieron a una galería abierta al patio central, donde había otro gran dormitorio muy espacioso, donde fueron alojados.

Disponíamos de armarios roperos y lavabos en las habitaciones. Todo era austero y humilde a nosotros nos pareció confortable y alegre.

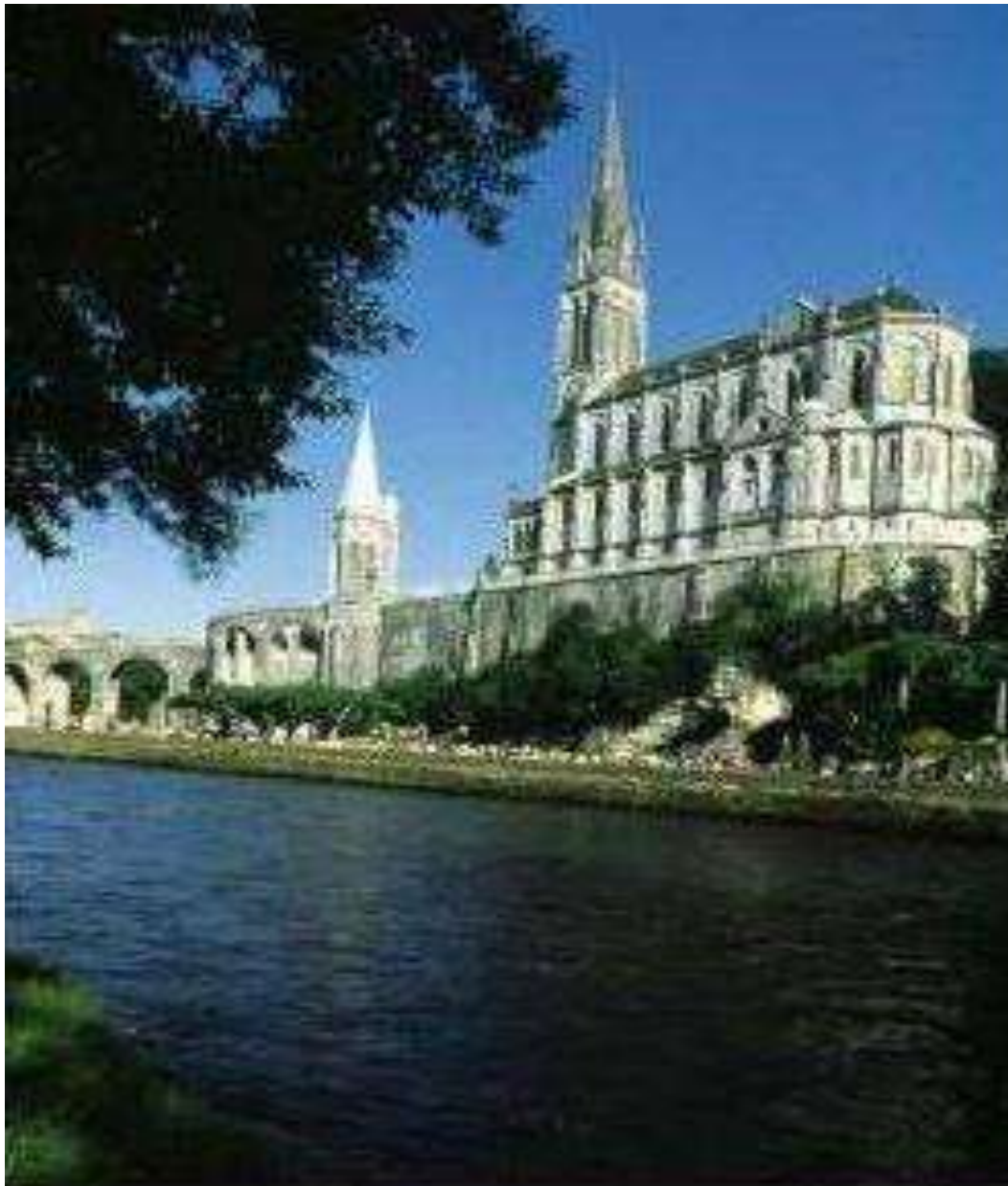
Tuvimos suerte que la costumbre del país vecino fuera cenar temprano. Nos invitaron a bajar al comedor para servir la cena.

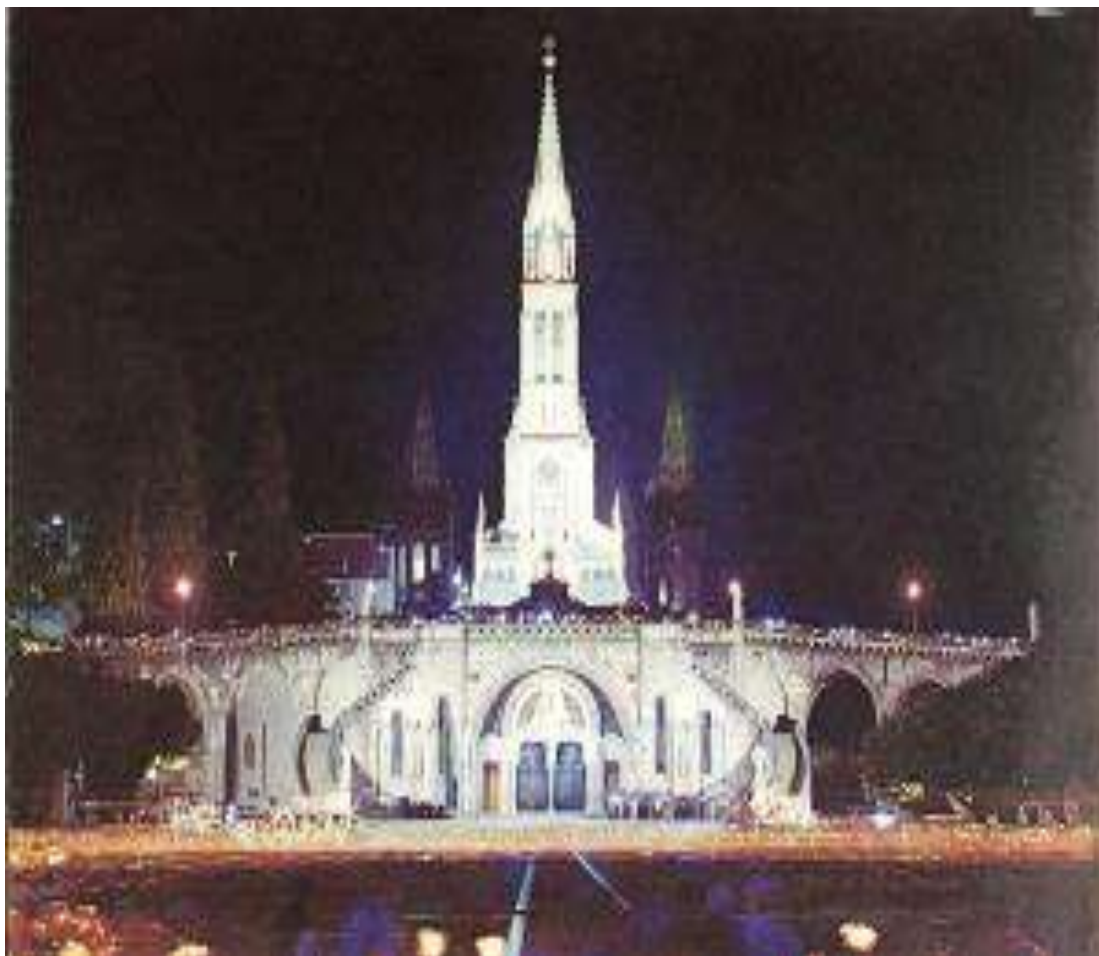
El comedor que se nos asignaba era también grande, con unas mesas enormes como para diez o doce personas cada una, se encontraba en la planta baja al fondo del pasillo.

Cenamos con apetito todo cuanto nos ofrecieron. El gusto de la comida difería mucho de nuestras costumbres, pero el retraso dietético que arrastrábamos hizo de palanca para que todo cuanto nos ofrecieran nos pareciera exquisito.

Después de cenar aún nos quedó tiempo para visitar la capilla y orar. Con el padre que nos sirvió de guía hicimos los preparativos para tomar la Sagrada Comunión en la misa de la mañana siguiente.

Nos fuimos acostando. La grata tibieza de la cama confortable bastó para que nuestros sueños vinieran a nosotros con rapidez.





Vista nocturna de la Basílica de Lourdes.

CAPÍTULO DECIMOCTAVO

Madrugamos según nuestra costumbre. Después de asearnos fuimos a la capilla. Se iba a celebrar la santa misa y no faltó nadie.

Ocupamos los bancos finales. Esperamos silenciosos, recogidos en nuestros pensamientos, mirando fijo al altar iluminado, donde una efigie de la virgen de Lourdes lo ocupaba casi todo por entero.

Salió el padre vestido para el ceremonial de la misa acompañado de dos de nuestros compañeros en calidad de acólitos.

Todos sentimos como la emoción del momento atenazaba nuestras gargantas como si un nudo se formara en ella. Toda la represión que habíamos sufrido hacia las cosas de Dios, ahora en un momento se liberaban con absoluto albedrío y el hálito que emanaba este emocionado sentimiento se manifestaba en nosotros en toda su plenitud.

Salimos de la capilla muy reconfortados de espíritu y predispuestos a mejorar en amor y caridad.

Fuimos a desayunar. A propuesta del Tío Tim fuimos asignados un pequeño número de nosotros para ayudar a la limpieza de los vajillos al grupo de ancianas que hacían este menester.

Empezaron los más pequeños a colaborar. Entre tanto el Tío Tim sacó de una carpeta que tenía guardada en el comedor servicios para escribir.

Repartió para todos y nos aprovisionó de pluma con que escribir. Huelga que diera ninguna explicación el Tío Tim pues no fue difícil adivinar sus intenciones.

- Vamos a ver si acabamos en una hora –decía el Tío Tim- pues así podrá salir el correo en el tren del mediodía.

No fue necesario que se repitiera el ruego del Tío Tim. Todos tomamos asiento y apoyando sobre la mesa el papel, tomando las plumas que previamente nos habían dado iniciamos la grata labor.

Todos tomamos ávidamente las plumas y metiéndolas en el tintero iniciamos nuestro escrito. Pero me quedé en suspenso ante la cuartilla en blanco, como mi mente pues de repente me di cuenta que no sabía que decir.

En mi primera carta, allí en Ordesa, quise decir cuanto nos ocurría. Presentí que aquello que yo podía contar no era lo adecuado para sosegar la incertidumbre de una madre. Ahora que tantas cosas importantes podía decir, me di cuenta de que cuanto había pasado tampoco sería agradable ni de contar ni de escuchar.

Dudaba en lo que debía de exponer. Quería contar tantas cosas a la vez. Así que empecé el encabezamiento:

" Queridos padres".

Sentí como si se nublaran mis ojos, por la emoción de estas simples palabras. Un sentimiento nostálgico nubló todo cuanto me rodeaba, sintiéndome aislado de todo y de todos.

Continué y no puse nada del pasado, hablando solo del presente y mi esperanza en el futuro. Un futuro en compañía de todos aquellos que tanto añoraba y quería.

Mi escrito fue breve, contrariamente a lo que debía esperarse de nuestra primera carta. En el papel iba la humedad de unas lágrimas que furtivas se habían desprendido de mis ojos, producto de ese emocionado sentimiento que mi recuerdo había engendrado en ese momento.

Cerré el sobre y me dispuse a escribir la dirección de mi casa. Sabía que mi carta era breve, concisa y sin embargo, se hallaba rebosante de amor en sus confusas líneas.

La entregué al Tío Tim y me dijo:

- Las tuyas son dos. ¿O no te acuerdas de que aún tengo una que llevar al correo?

¿Qué si me acordaba? Cómo iba a olvidar este hecho y otros muchos más... ..

- Ves. Ahora serán dos cartas las que reciban y su alegría será doble.

No dije nada. Solo miré agradecido al Tío Tim. Salí del comedor, porque de haber continuado allí me hubiera echado a llorar. No quería parecer ñoño ante el Tío Tim y mis compañeros.

Paseé por el espacio abierto del patio. Me quedé contemplando la estatua que sobre su pedestal y en medio de él se erguía orgullosa.

Miraba extasiado la figura y no apercibí que alguien tras de mí observaba mis movimientos.

Me sobresalté al oír una voz femenina a mis espaldas que hablaba en francés y decía:

- Il s'appelle Joseph.

Me volví y a mi lado una monjita joven, sonriente señalaba la efigie de la estatua que allí había. Prosiguió hablando:

- Et vous ¿comment s'appelle?

Me encogí de hombros, porque no entendía nada. Sin embargo, la monjita no se dio por vencida y señalándose ella me dijo:

- Je m'appelle sor Françoise. Et ¿vous?

Entendí que me preguntaba por mi nombre y le contesté:

- Yo me llamo Fernando. Fernando –volví a repetir-

Me acarició el cabello con su blanca y suave mano. Seguidamente me cogió una de las mías y sin decir nada tiró de mí.

Me llevó hasta la cocina, donde varias monjas afanosamente se dedicaban a preparar la comida. Me llevó hasta una alacena. Tomó un gran pan que rebanó con un gran cuchillo. Abrió un cajón. Sacó una barra de mantequilla. Se puso a rellenar la gran tajada de pan con mantequilla.

Una vez que hubo terminado su labor, que yo contemplaba curioso, me lo entregó. Señalando con el dedo el pan me dijo:

- On s'appelle de pain.

Yo repetí:

- Pain.

Siguió señalando la mantequilla y repetía:

- On s'appelle de beurre.

Repetí con elle:

- Beurre. Beurre.

- Très bien. Très bien.

Me dio el pan untado en mantequilla. Salí satisfecho con mi gran rebanada de pan con mantequilla. Me senté al sol en un banco del patio.

Di buena cuenta de este improvisado almuerzo, satisfecho de la amabilidad de sor Françoise

El patio se fue ocupando por los restantes compañeros. En diferentes grupos pequeños unos paseaban y otros sentados en los bancos dejaban pasar el tiempo hasta la hora del almuerzo.

Éste no se hizo esperar, según costumbre del país. Ocupamos nuestros respectivos sitios. Las ancianas que nos servían llevaban una gran fuente y nos decían satisfechas en un español improvisado sacado de no sé dónde:

- Patatos, patatos.

La comida fue abundante. Cuando nos sirvieron el segundo plato en unas fuentes grandes con unos no menos grandes trozos de carne que parecían enrollados en espiral. Alguien aseguró que era carne de burro, pero a nadie se le ocurrió hacer aspavientos aprensivos. Había más hambre que escrúpulos.

Terminada la comida, los de mi grupo ayudamos a las ancianas a secar la vajilla pues no nos permitieron lavarla.

Nuestra faena fue breve y agradable. Pronto pudimos incorporarnos al resto de los grupos que se disponían a visitar la Basílica y la gruta.

Salimos del convento y sin guardar formación caminamos directamente hacia nuestro destino.

En cada establecimiento de objetos de regalo, que tanto se prodigan en esta localidad, nos parábamos curiosos.

Contentos seguíamos lentamente nuestra marcha entretenidos en la contemplación de tantas cosas llamativas que se mostraban en los escaparates.

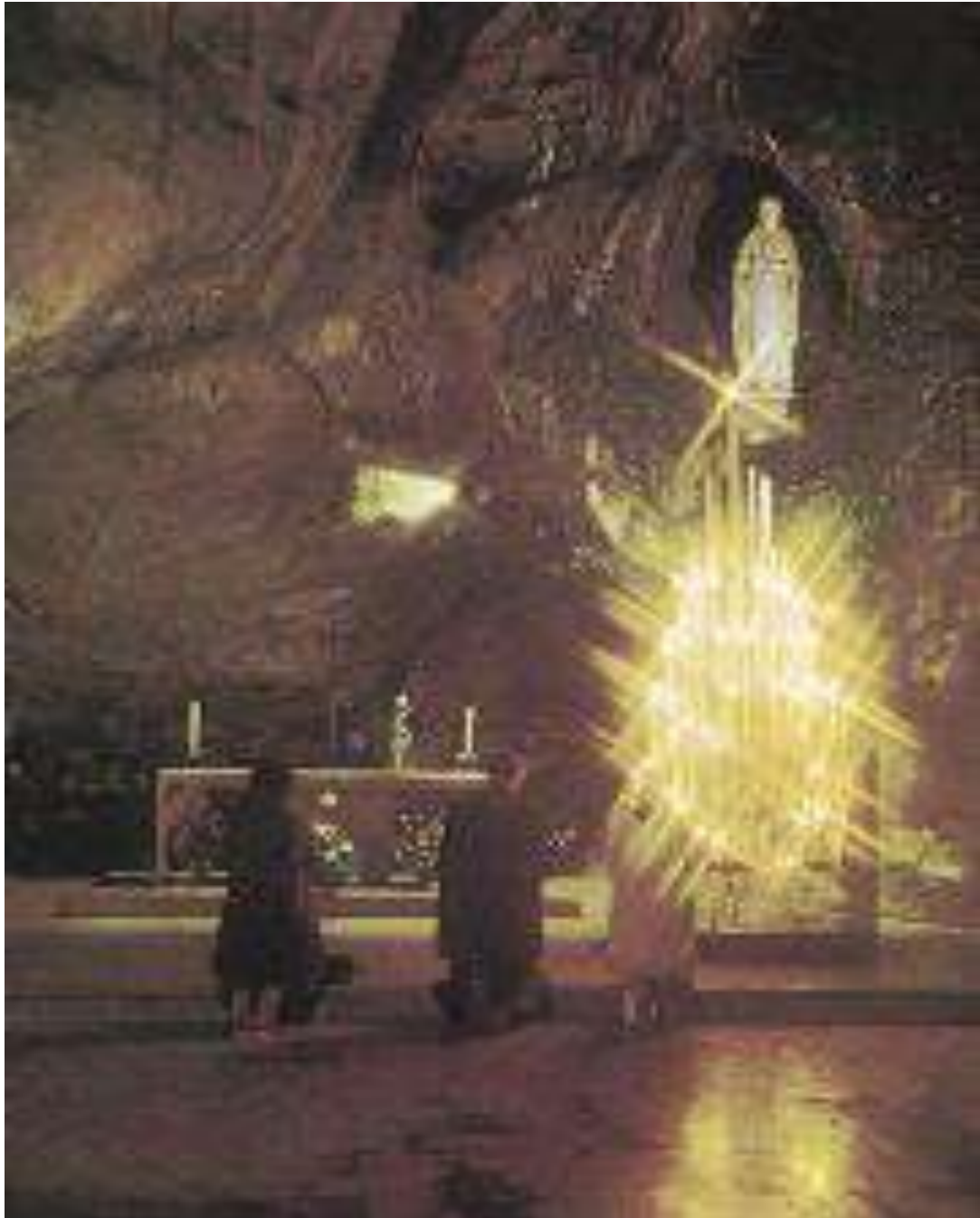
Llegamos a la gran plaza donde a su fondo se erige majestuosamente la Basílica de Nuestra Señora de Lourdes.



Caminamos hacia ella tratando de gravar en nuestra retina la magnificencia de lo que ante nuestros asombrados ojos se ponía.

Dejamos la Basílica a nuestra izquierda, rápidamente dimos con la sagrada Gruta. Una verja dividía la parte inferior de ella, donde se alza un altar. A la derecha y en alto, sobre un hueco natural de la roca, la imagen de nuestra señora de Lourdes, exactamente donde se apareció a

Bernadette que está arrodillada con las manos unidas en extasiada devoción, como si aún estuviera escuchando la voz de su protectora.



Al fondo de la gruta, tras el altar, un sin fin de muletas colgadas hablaban elocuentemente de la fe y de los milagros que la intercesión de la Virgen de Lourdes había prodigado entre sus elegidos.

Todo el conjunto de aquella gruta natural, sin más adornos que el testimonio elocuente de la fe de miles y miles de seres que acudieron a postrarse ante la venerada imagen, por su austeridad sobrecogía el ánimo. Sin embargo, la fe y la esperanza que se percibía en cuanto a la gruta se refiere, sobrecogía nuestro ánimo, tan ávido de consuelo, amor y fraternidad.

Terminadas nuestras oraciones, nos acercamos a la fuente de esa agua prodigiosa que allí mana. Bebimos todos de ella. Nada nos aquejaba, pero también necesitábamos saciar ese espíritu de purificación que el agua milagrosa nos lo ofrecía tan abundantemente.

Salimos y buscamos el camino que conduce al calvario. Éste se sitúa en plena naturaleza. La ascensión al mismo es fácil, porque su camino está favorecido por el cuidado que las autoridades han puesto en su conservación y ornato.

Este monte que representa las estaciones del paso de Jesús camino del Calvario, de aquí su nombre, se representa con figuras de tamaño natural. Su contemplación nos sirvió de regocijo por la belleza de la composición de las figuras y porque desde su altura se domina la totalidad de la población de Lourdes.

La tarde declinaba. El regreso a nuestro hogar se hacía perentorio, sino queríamos romper las normas y costumbres de aquellas buenas monjitas que tanto celo ponían en nuestro cuidado.

Apresuramos nuestro andar, pero al llegar a las cuidadas tiendas de la población, nuestro deseo se veía frenado por aquellas cosas que allí se mostraban. Me paré en una de esas tiendas, contemplando un montón de pelotas de goma que dentro de una red se amontonaban. Aún alargué una mano, acariciando aquellos magníficos balones de varios colores.

Estaba en esta posición con mi mano alargada palpando los balones, cuando asustado la retiré. En la puerta del establecimiento un sonriente señor me miraba. Su sonrisa me confundió y dije:

- Son muy bonitos.

Me iba a retirar cuando el señor me dijo en un español extranjerizado:

- Un momento... petit.

Sacando un balón de la red me lo dio.

- Es para ti –me dijo.

Perplejo y asombrado lo tomé. Debí abrir mucho los ojos pues la sonrisa de este buen señor se amplió y volvió a repetir:

- Oui, para ti.

- ¡Oh! Señor, gracias, muchas gracias.

Salí corriendo, abrazando el bonito balón en mis brazos con los ojos relucientes de alegría y con ganas de llorar.

Cuando me reuní con el resto de mis compañeros la alegría se generalizó. El pequeño obsequio que me hacían cobró en nuestros corazones el símbolo de la confraternidad que tanto deseábamos.

El día había estado completo de satisfacciones y de emotividad. La cena fue abundante en comparación con los ayunos obligados de los días pasados. Satisfechos nos fuimos a acostar.

La noche se cerraba. Bajo la luz mortecina de una pequeña bombilla nos dispusimos al descanso; pues pese a no haber hecho casi ejercicio físico, las emotividades del día me habían fatigado más que si hubiera hecho un gran esfuerzo muscular.

El sueño sosegado, sereno acudió a mí al momento. Me dormí abrazado a mi pelota de goma que había puesto en la cama a mi lado.

CAPÍTULO DECIMONOVENO

La claridad del alba se filtraba por los cristales de las ventanas. En otra ocasión hubiera sido suficiente para que nuestra pereza natural de una hora tan temprana no se viera privada como ahora de ese deseo propio de una costumbre adquirida en nuestro pasado.

La comodidad del lecho, la confortabilidad de la habitación que nos cobijaba era suficiente para dejarse vencer por el calor de nuestros cuerpos entre las sábanas. La pereza pesaba sobre nuestro espíritu como una losa.

Tardamos bastante rato antes de decidarnos a levantarnos, pero la mañana avanzaba inexorable y nuestro desayuno estaría listo a una hora fija. No podíamos hacerlo esperar sin correr el riesgo de perderlo. Además, estaba el Tío Tim que no permitiría que esto sucediera más de una vez.

Tras asearnos y hacer las camas bajamos al comedor. No se tardó nada en servirse el desayuno. Consistió en un café con leche con bollos y mantequilla. Todos acogimos con alegría la abundancia y la exquisitez del ágape mañanero.

Esa mañana nos fuimos hasta las afueras de la población, al objeto de poder estrenar el balón que me habían regalado.

En las cercanías había suficiente terreno para ejercitar nuestro deseo. Pasamos la mañana jugando al fútbol.



Alrededores de Lourdes.

Regresamos a nuestro hogar con la hora justa para la comida. La tarde la ocupamos en nuevos paseos por la ciudad, satisfaciendo nuestra curiosidad.

Nuevamente fuimos obsequiados por diferentes comerciantes con pequeñas chucherías que hicieron nuestras delicias, valorando más esos gestos de caridad que con nosotros tenían que el valor material de esas pequeñas cosas con que nos obsequiaban.

La cena se sirvió pronto. Aún tuvimos tiempo para explorar el resto del edificio que aún no conocíamos.

La curiosidad, propia que sentíamos ante todo lo nuevo y desconocido que se nos ofrecía, fue suficiente para que los tres primeros días de nuestra estancia en Lourdes transcurrieran con rapidez. Ocupados en esa viva actividad el tiempo pasó sin sentir.

La tarde de nuestro cuarto día tuvo en nosotros un eco resonante con la llegada del correo. Nadie se quedó sin su correspondencia. A mí particularmente me afectó extraordinariamente esta primera carta de mi familia.

Me quedé absorto con el sobre cerrado en mi mano. Tenso por la emotividad de ese momento. Por fin, me decidí a rasgar el sobre. Desplegué el papel. Nada más ver los rasgos de la escritura supe que era mi hermana quien escribía.

Leí su encabezamiento y decía: "Mi querido niño".

No pude continuar su lectura. Las lágrimas nublaban mis ojos, mansamente se desprendían por mis mejillas, sintiendo su sabor acre en mi boca. Me restregué con el dorso de mi mano la humedad de mis ojos y los cerré evocadores. Por un segundo pasó ante mi pensamiento la imagen de mis familiares.

Saqué el pañuelo de mi bolsillo y me limpié la cara y los ojos, sonándome la nariz con estruendoso sonido.

No me recaté de mis emociones. Allí en el comedor había un silencio tenso, lleno de emotividad.

Continué la lectura de la carta. Haciendo un gran esfuerzo para poder refrenar mis emociones logré llegar al final. La plegué y me fui en busca de mi hermano. Estaba con los de su grupo serio y abstraído. No nos dijimos nada e intercambiamos nuestras cartas. Lo miré y adiviné que él también había llorado, pues sus ojos brillaban y un cerco rojizo rodeaba sus párpados.

Leí la carta que iba dirigida a mi hermano. Poco más había que no dijera la mía, salvo aquella recomendación para que velara por mí.

El momento de emotividad colectiva nos dejó mudos a todos. Muchos como yo volvieron a leer nuevamente su carta. Recogí la epístola con movimientos perezosos, ocupada mi mente, como lo estaba, en mis recuerdos y me la metí en el bolsillo de mi camisa.

Salí al patio y pronto me agregué a unos cuantos lobatos que se habían puesto a jugar al marro.

La tarde declinaba. La hora de la cena se aproximaba con premura.

Antes de iniciar ésta, fuimos requeridos por el Tío Tim. Ante un gran montón de zapatillas de suela de caucho y lona, nos mandó formar en fila de menor a mayor. Cuando llegamos a su altura, nos miraba los pies y elegía un par de zapatillas.

- Pruébate éstas –me dijo.

Me quité mis deterioradas botas y me las probé. Me estaban grandes y al andar las perdía, pero eran las más pequeñas y me tuve que conformar con ellas.

Terminado el reparto de zapatillas se sirvió la cena. El Tío Tim nos anunció que el calzado que nos había dado se debía a una donación voluntaria de un industrial de la ciudad. Que él, en nombre de todos, ya había expresado el agradecimiento colectivo de todos nosotros.

Siguió exhortándonos, recomendándonos que con nuestro buen comportamiento correspondiésemos a la gentileza de tan excelente caballero. Quedamos silenciosos como si un nudo emocional nos privara del habla.

Salimos del comedor y fuimos a nuestros respectivos pabellones.

No pude resistir la tentación y sacando la carta del bolsillo, volví a leerla.

Deseo las buenas noches a todos. Me arrojé hasta los ojos y así oculto a las miradas curiosas de mis compañeros, di rienda suelta a mis emociones, llorando en silencio hasta descargar la opresión que sentía en el pecho.

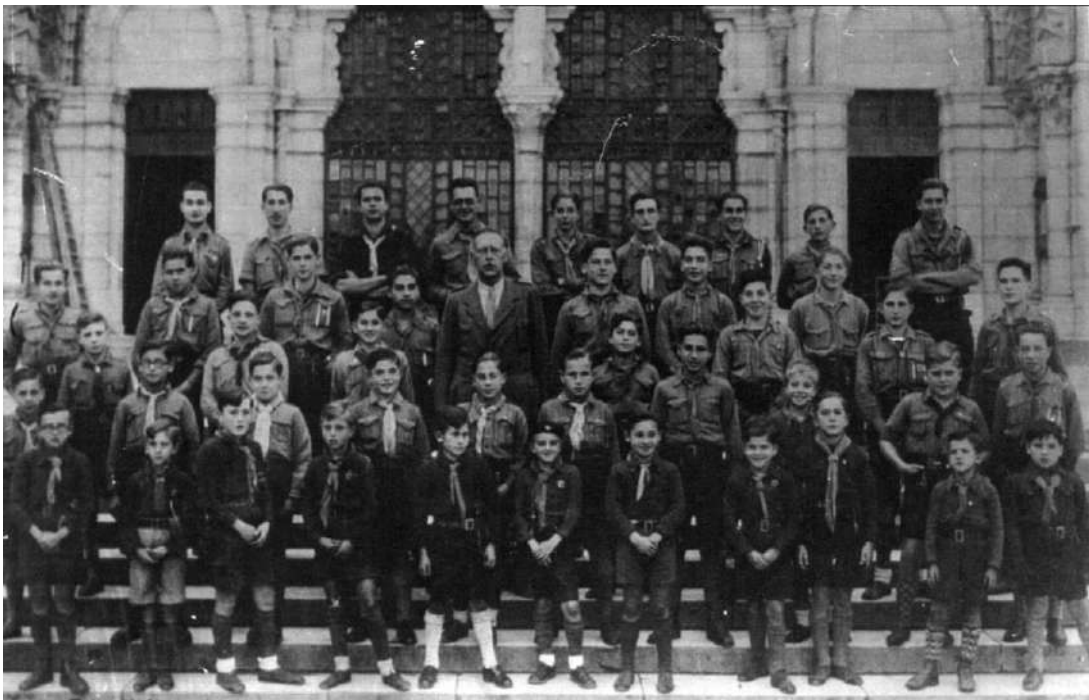
Con la almohada húmeda por mis lágrimas me dormí.

CAPÍTULO VIGÉSIMO

Los días pasaban rápidamente, pues Lourdes nos ofrecía una variadísima distracción.

Fuimos invitados por la juventud local a sus gimnasios y a practicar sus deportes favoritos. Entre éstos se encontraba el rugby. Nos invitaron a participar en competiciones con ellos. El ensayo resultó catastrófico pues nos inflingieron unas derrotas de las que hacen época.

Una de aquellas tardes en la escalera de la Basílica nos hizo una fotografía colectiva, para poder enviar a nuestras familias.



Este pequeño acto nos facilitó una buena distracción. El fotógrafo contratado por Tío Tim con su gran máquina fotográfica tuvo que trabajar lo suyo para conseguir que el grupo guardara compostura. Creo

que sin la colaboración del Tío Tim difícilmente lo hubiera conseguido. Siempre surgía una palabra o un gesto que provocaba la hilaridad de los demás, ante la desesperación de nuestro artista.

Así transcurrían los días, sin que nada alterase la alegría que ahora sentíamos y que culminó cuando recibimos sendos paquetes de nuestras casas con ropa y calzado adecuado para la estación invernal que se avecinaba.

El intercambio de noticias con nuestras familias ya era cosa natural. Todo transcurría feliz a la espera de nuestro regreso al hogar, sin saber con certeza cuando este feliz día se haría realidad.

Mientras tanto los incidentes menores se producían a diario.

Mi hermano se dislocó una mano en el gimnasio.

Muñoz andaba mal, afectado por una anemia que lo dejó tan debilitado que casi no podía andar. Pero los cuidados de las hermanas y la asistencia médica que unos doctores, que como nosotros también eran refugiados, bastaron para que las dolencias de Muñoz fueran vencidas.

Yo tuve un grano en la rodilla, que me privaba de hacer ejercicios como mis compañeros, pero no por ello dejaba de acompañarlos hasta los campos y distraerme viendo sus juegos.

Recorrimos hasta la saciedad la población. Visitamos la gruta casi a diario. También visitamos la gran Cruz que a las afueras de Lourdes y sobre la cúspide de una montaña se erguía espléndida. Para llegar a ella bastaba tomar el funicular de los llamados de cremallera. Pero a nosotros nos entusiasmaba más llegar a ella andando, subiendo a campo traviesa por la montaña hasta coronar su cúspide.

Había bastantes españoles en la población y aunque no nos relacionábamos con ellos, a través de sus comentarios sabíamos la marcha de los acontecimientos de España.



Sin embargo, resultaba confuso entenderlos, pues según el partido que cada uno de ellos tomaba, hablaban a favor o en contra de lo que creían ser sus razones.

Ahora no tomábamos en consideración las provocaciones que algunas veces nos hacían compatriotas que allí residían y que hablaban con fanfarronería de los triunfos republicanos. Ahora estas cosas nos dejaban indiferentes pues lo que realmente creíamos eran las noticias de nuestras casas, éstas si que eran fidedignas.

Las navidades se nos avecinaban y se pensó en organizar una gran fiesta para celebrar con alegría los días en que solo se habla de paz, confraternidad y amor.

Sabíamos que para estos días recibiríamos nuevamente un paquete de nuestras casas. Teníamos la seguridad de que nuestro clásico turrón no nos faltaría y el resto de lo que faltara lo supliríamos con nuestra imaginación e ingenio.

La estación invernal se dejaba sentir con toda su plenitud. Como carecíamos de abrigo, parecía que desafiábamos las inclemencias del rigor invernal con valentía, pero la verdad era bien distinta.

Como casi todos habíamos crecido, nuestras camisas se quedaban cortas y por esta razón salíamos a la calle con las mangas subidas, como si el frío no contara para nosotros.

Entre los muchos lugares que nuestras andanzas nos llevaban estaba la granja de las monjitas que, en pleno campo, aunque cerca de la población, tenían. Allí al cuidado de un pastor, se encontraban en plena libertad, cerdos, gallinas y otra serie de animales domésticos. Aquí nuestro instinto jugaba su más intensa consecuencia juvenil. Disfrutábamos lo indecible, espantando las gallinas, encorriendo los cerdos y otras travesuras más enrarecidas que nos valieron unas buenas regañinas del Tío Tim.

Nuestro pensamiento bullía incesante buscando la manera de embromar a los demás, aunque nuestra ingenuidad nos tendió más de una trampa, siendo nosotros los embromados.

Ocurrió una tarde, ya después de la cena, que con gran misterio se acercaron a nuestra habitación Gros y de la Fuente. Con voz misteriosa nos hablaron de cierto hurto en las habitaciones de las monjitas.

Nos obligaron a acompañarlos a las habitaciones mayores para que allí, en presencia de todos, comprometiésemos nuestra palabra de explorador negando cualquier participación en aquel acto delictivo.

Su circunspección y el aire de misterio que adoptaron bastaron para que calara en nosotros con una seriedad abrumadora.

Nos acompañaron hasta la puerta. Una vez allí nos dijeron:

- Podéis pasar.

Empujamos la puerta que se hallaba entreabierta. Ante nuestra sorpresa un pozal lleno de agua se volcó ante nuestros pies, que no nos caló de cabeza a los pies, gracias a la indecisión que pusimos al traspasar la puerta. Las carcajadas sonaron atronadoras en la gran habitación, aunque resultó fallido el intento de ducharnos.

Pasamos dentro, mientras Gros y de la Fuente se fueron en busca de nuevas víctimas. Mientras tanto se preparó nuevamente la trompa, llenando el pozal de agua u colocándolo sobre el dintel de la puerta.

Esperábamos suspensos la llegada de una nueva víctima, cuando se escucharon pasos en el pasillo. Se apagaron las luces para disimular aún mejor lo que la puerta guardaba. De repente la puerta se abrió y el pozal con su contenido se volcó estrepitosamente sobre el que entraba.

Se encendieron las luces para contemplar a nuestro embromado compañero y ante la atónita mirada de todos, vimos al Tío Tim empapado de agua, erguido, envarado y colérico. Tratamos de huir, refugiándonos donde podíamos, debajo de las camas y los demás parapetados tras de ellas.

Pero no nos valió de nada. El Tío Tim apartó con un pie el pozal y dirigiéndose a todos dijo:

- Salgan todos ahora mismo.

Empezamos a incorporarnos temerosos. Nuestro aspecto debía ser aún más cómico que el de nuestro jefe. Paseó la mirada por la habitación y de repente se echó a reír.

Creo que el suspiro de alivio colectivo que salió de nuestros pechos se dejó sentir ostensiblemente. Cuando nos disponíamos a abandonar la habitación el Tío Tim dijo:

- Que no abandone nadie la sala. Quiero saber quien ha sido el constructor de esta pesada broma.

Hubo un silencio general. Tras unos minutos de tensión nuevamente el Tío Tim empezó a hablar:

- Bueno –decía como si hablara para sí mismo- ya no tiene importancia. Son cosas de los años.

Alzó la voz y dirigiéndose a todos nos conminó a que esta clase de distracciones no se volvieran a repetir.

A nosotros nos mandó a nuestro cuarto y así finalizó la tarde de aquel día.

CAPÍTULO VIGÉSIMO

PRIMERO

Llegó la Navidad. A nosotros nos hacía mucha ilusión el vencimiento de estas fechas, pues ellas creaban un ambiente de regocijo y de una intimidad que tanto anhelábamos y que buscábamos sin saberlo con tanta vehemencia.

La mañana del día de Navidad no salimos del convento. El frío que se sentía en el exterior, pese a lucir el sol, no invitaba a pasear. Nuestra mañana pasó en diversas ocupaciones, pero se hizo larga.

La comida transcurrió como de costumbre. La tarde se avecinaba llena de tedio.

Sin embargo, parte de las horas de aquella tarde al ocupamos adornando el comedor, esto sirvió de lenitivo al aburrimiento. Así pudimos tener algo en que distraer el tiempo.

La estufa que en medio del comedor habían colocado por orden de las monjitas se mantuvo a tope y el ambiente, que en la habitación teníamos, invitaba a no salir a ninguna parte.

La cena que nos sirvieron con el carácter extraordinario del día fue succulenta y abundante. En los postres servimos nuestras porciones de turrón, que todos habíamos recibido de nuestras casas, siendo éste el principio de nuestra fiesta particular.

Como en cada festival los vocacionales del arte nos obsequiaron con sus galas. Así la noche transcurrió rápidamente hasta alcanzar su culminación.

Como teníamos idea de ir a la Misa de Gallo, interrumpimos nuestras exhibiciones y nos dispusimos a acudir a la gruta para allí escuchar la Santa Misa.

Acudimos presurosos. Allí en la gruta no había mucha gente pues el frío era intenso y la basílica ofrecía mejor comodidad a los feligreses.

Nosotros permanecemos impertérritos soportando la inclemencia del frío y de la nieve que suavemente blanqueaba todo.

La noche era gélida. Al terminar nuestra devota obligación acudimos presurosos al convento, sintiendo como nuestros miembros estaban tumefactos y dolorosos por el frío.

En el comedor la estufa ardía plenamente. Alguien en nuestra ausencia, previsor, se había encargado de echar carbón. La encontramos ahora roja por las calorías.

Esta agradable sensación sirvió para reanimar nuestros gélidos cuerpos. Ya nadie se sintió con ánimos para continuar con sus manifestaciones artísticas. Cada uno se fue retirando a sus camas, conforme se iban recomfortando con el calor de la estufa.

Los días de Diciembre del año 1.936 finalizaban lentamente, desgranándose monótonos ya que el rigor del tiempo nos privaba de salir a las afueras de la ciudad. Pese a los esfuerzos de Tío Tim por ocuparnos dándonos clases por las tardes, las horas se hacían largas e interminables, ocurriéndonos todo lo contrario que en los primeros días de nuestra estancia.

Nuestros días pasaban uno tras otro ocupados en diversos quehaceres y hasta finales de Febrero no tuvimos nada nuevo en que ocuparnos.

Ocurrió que una gran nevada nos sorprendió a todos, pues ya no creíamos que en tan avanzada época pudiera nevar. Este accidente climatológico sirvió a nuestro deseo de novedades y allí en la copiosa nevada de estos días encontramos un nuevo aliciente donde poder expansionar nuestras inquietudes.

El día entero estuvo nevando. Los tejados, las calles y el campo se cubrieron con el sudario blanco de la nieve.

Aquella tarde la nieve ya había alcanzado varios centímetros de espesor. Después de la cena, sin saber quien se inició la lid.

Como campo de nuestra desafortunada batalla de bolos de nieve el patio y las galerías. Nos vimos envueltos entre proyectiles lanzados desde todas las partes. La réplica de los sorprendidos, entre los que me encontraba yo, no se hizo esperar.

La batalla duró cerca de una hora, hasta que muchos de los contendientes calados, con los ojos, las cejas y el pelo blanquecino por la nieve que se adhería, los pies y las manos como témpanos, se retiraban a sus respectivos cuartos, buscando el amparo de sus tibias camas, para vencer en ellas la intensidad del frío que habíamos acumulado.

Yo fui uno de los últimos en retirarme. Al entrar en la habitación me sacudí como un perro recién salido del agua.

La nieve se me había helado sobre mis pelos, que parecían como alfileres dispuestos caprichosamente.

Al cambio de ambiente la nieve empezó a tomar cuerpo líquido empapándome. Tomé de la mochila ropa interior seca y unos calcetines. Me lo puse todo y me acosté. Las sábanas parecían que estaban tan mojadas como mi ropa anterior. Debido al frío empecé a temblar, pero la tibieza que mi cuerpo despedía y las mantas bastaron para que esta sensación durara poco y el calor volviera plenamente. Así tibio y confortable me dormí.

La mañana amaneció nevando. Al levantarnos y mirar a través de los cristales de la ventana se pudo adivinar, más que ver, la cantidad de nieve acumulada en la calle.

Bajamos en busca del desayuno. Al llegar al porche que daba al patio pudimos apreciar la certeza de nuestra primera inspección de la nieve caída durante toda la noche. En el patio habría más de medio metro de nieve acumulada.

Pasamos al comedor y el ambiente dentro de él era gratisimo. La estufa encendida, cargada al máximo esparcía por la habitación un bienestar reconfortante.

Tras el desayuno alguien insinuó la idea de construir un trineo, al objeto de poder deslizarnos con él por las colinas próximas al pueblo.

Todos, cada cual, por su lado, salimos en busca de materiales propios para hacer prosperar este proyecto.

Mis compañeros de grupo y yo empezamos la búsqueda de algo que nos sirviera a nuestros propósitos.

Buscamos a tientas sin saber donde dirigirnos. Tras andar por todas las partes, la casualidad nos puso ante una verja que ocultaba la bodega del convento. Intentamos abrirla y gozosos comprobamos que allí se almacenaban carritos para transportar inválidos, carbón, serrín y otras muchas cosas más.

Nos deslizamos por el hueco de la puerta a un cúmulo de serrín que habían descargado por ese mismo hueco y que formaba un montón adosado a la pared y así se facilitaba la bajada y el desplome.

Para poder salir uno se quedó arriba. El resto nos lanzamos sobre el montón de serrín para amortiguar la caída.

En la semioscuridad de aquella bodega empezamos a buscar algo que sirviera a nuestro propósito. Después de bastante rato, pues entretuvimos nuestro tiempo jugando con los carritos que allí había, encontramos un gran cajón de madera.

Como pudimos desprendimos su tapa. Con nuestro botín nos dispusimos a evacuar la bodega.

Para salir hicimos uso de nuestros cintos, anudándolos con las hebillas. Esto nos sirvió para auparnos con la ayuda de nuestro compañero que aterido esperaba el final de nuestra exploración.

Protestando lo suyo por nuestra tardanza, empezamos a subir uno a uno, con la tapa del cajón como trofeo de esta aventura.

Nos sirvió como deslizador en la nieve. Para pilotar nuestro improvisado trineo atamos una cuerda de un extremo a otro de la parte

estrecha de la tapa. Así dispuesto esperamos que la tarde llegara para probar suerte en nuestro flamante deslizador.

Tras la comida tomamos la tabla, acompañados de la casi totalidad de los grupos salimos dispuestos a llegarnos a las afueras del pueblo.

Por las calles los vecinos habían abierto zanjas, como si fueran unos parapetos. Entre la nieve acumulada de forma natural había además la que estos hombres habían amontonado a ambos lados de los parapetos al vaciar la nieve acumulada en las calles.

En cuanto dejamos los pasos abiertos por los vecinos, la nieve se nos hundía hasta el fondo de nuestras piernas. El caminar se hacía dificultoso y tremendamente fatigoso. Llegar hasta una pequeña altura nos costó muchas fatigas. Pero al fin habíamos conseguido coronar nuestro objetivo.

Hicimos los preparativos para la prueba de nuestro trineo. Tomamos asiento sobre él. Aunque solo podían sentarse tres de nosotros sobre la tabla, el resto nos pusimos de cuclillas sobre los que estaban sentados. Tras deslizarlo como pudimos hasta donde se iniciaba la pendiente, empezamos el descenso.

En principio, todo marchó estupendamente. Nuestro gozo se manifestaba con gritos de placer, hasta que nuestro trineo encontró un obstáculo que hizo desviar su trayectoria. Salimos despedidos de la tabla trineo como proyectiles.

La mullida alfombra de la nieve nos recogió a todos. Yo iba a cuclillas sobre uno de mis compañeros, aún tomé mayor impulso en la caída. Me vi catapultado como cuando se salta de un trampolín.

Caí de cabeza. No sé el tiempo que permanecí sepultado en la nieve. Cada vez que intentaba salir por mis propios medios me hundía más. Al fin tirando de mis pies me sacaron de ese pozo frío. Mi pelo, mis pestañas y toda mi cara parecían las de un hombre de hielo.

Me sacudí la nieve. Ayudado por mis compañeros salí del agujero de nieve donde me había caído. Animoso volví con mis amigos a reanudar los juegos.

El tiempo pasó rápido. Tuvimos que regresar cuando ya oscurecía. Húmedos y calados hasta los huesos, desandamos el camino hasta llegar a nuestro hogar.

La estufa pletórica de calorías fue en ese instante nuestra mejor compañera. Rodeándola extendimos mano y pies para recibir su calor con mayor fuerza.

Terminada la cena me fui rápidamente a mi habitación: Antes que nadie llegara ya me había acostado. Sentía mucho frío en el cuerpo. Sin embargo, mis orejas estaban coloradas y ardientes, pero arropado con mis mantas y cansado del ejercicio de la tarde conseguí dormirme.

Me desperté. Estaba todo oscuro. Sentía sed. Me levanté a beber agua del lavabo. Sentía mucho frío. Me ardía la cabeza y seguí teniendo mucha sed. Volví a acostarme. Nuevamente temblaba en la cama. Tenía una sensación de agobio en el pecho. Mis pies se habían quedado fríos al andar sobre las losas.

Aún traté de acurrucarme más en mi mismo. El temblor continuaba. Mis compañeros dormían plácidamente, mientras yo desvelado contaba el tiempo que pasaba lento, oneroso en mi deseo para que el día hiciera mi aparición.

Por fin el día empezó a clarear y mis compañeros a dar señales de vida. Unos comenzaron a levantarse, vestirse y caminar hacia el lavabo.

Llamé a de la Fuente, le dije el frío que sentía. Me puso la mano en la frente. Sin decir nada tomó las mantas de su cama y las puso en la mía.

Cuando terminó, se aseó. Se disponía a ir al comedor en pos del desayuno cuando me dijo:

- Tú quédate en la cama.

Se fueron todos. Yo más abrigado empecé a reaccionar del frío que toda la noche había sentido. Pasada casi una hora, subió el Tío Tim acompañado de la Fuente. Me puso la mano en la frente y después tomó mi mano y me tomó el pulso:

- Tienes algo de fiebre, Bernadó. ¿Te mojaste mucho ayer?

- Un poco –contesté-

- Bien. Te vas a quedar en la cama hasta que yo te ordene.

Que alguien se quede haciendo compañía –decía el Tío Tim, dirigiéndose a de la Fuente- y que no se desabrigue.

Al rato subió mi hermano. Se quedó a mi lado acompañándome.

Sor Françoise también subió y me tomó la temperatura con un termómetro. No me dijo nada, pero al rato volvió con dos bolsas de agua caliente que colocó dentro de la cama.

- Maintenant vous doivez être tranquile.

- Gracias sor Françoise –dije yo.

Sobre la hora del mediodía llegó el Tío Tim acompañado de los doctores españoles que residían en Lourdes que estaban en una situación similar a la nuestra.

Ambos se miraban con las gomas puestas. Me miraron la temperatura. Tras un concienzudo examen, dictaminaron una neumonía.

Dieron las oportunas órdenes. Prometieron volver por la tarde.

Desde ese momento y hasta el final de la crisis que duró veinte días no me faltó ni la compañía de mis amigos, ni los excelentes cuidados de sor Françoise. Todas las monjitas desfilaban por el cuarto interesándose por mi salud.

Supe además al empezar mi recuperación que mi gravedad había tenido crisis tan extremas que Tío Tim pensó en reclamar a mis padres previniendo un fatal desenlace. Pero la providencia y el cuidado general puesto tanto por los médicos que me asistieron, como por las velas que día y noche hicieron mis compañeros fueron suficientes para vencer la mala evolución de mi enfermedad.

Por fin pude salir de la cama. Mis piernas no me sostenían. Toda la habitación me daba vueltas. Lentamente fui recuperando las energías. Al final de Marzo pude por fin salir de mi habitación y apoyado en mi hermano bajé hasta el comedor.

Las monjitas se turnaban para agasajarme. Cada una de ellas ponían su mayor entusiasmo para agradarme, llenándome de golosinas para que pudiera recuperarme enseguida.

Empecé hacer vida normal. Mientras mis compañeros buscaban expansionarse en los campos, yo me quedaba en el convento tomando el sol en el patio de entrada entre las plantas que ya empezaban a reverdecer.

La proximidad de la primavera se dejaba sentir en el ambiente. Toda la naturaleza comenzaba a vestir sus mejores galas para festejarla.

Yo, como la misma naturaleza, también sentía el influjo de la próxima estación. Mis mejillas tomaban un color rosáceo, mientras mi cuerpo se fortalecía al calor natural. El mimo de las monjitas que afanosas buscaban cualquier pretexto para darme alimentos.

El mes de Abril empezó a desgranar su cuenta. Hasta el día que llegó la gran noticia: ¡¡íbamos a regresar a nuestros hogares!!

CAPÍTULO VIGÉSIMO

SEGUNDO

La gran mañana de ese día 19 de Abril, casi recién amanecido el día, tomamos nuestras mochilas y empezamos a desfilas hacia el patio de entrada del convento.

Un autobús en su puerta esperaba para recogerlos. Se cargaron los equipajes y llegó el momento de decir adiós.

La comunidad entera estaba en el patio. Se las veía nerviosas, emocionadas, como nosotros. Uno a uno fuimos despidiéndonos de ellas.

Cuando llegué a saludar a sor Françoise quise besar su Jesús crucificado, pero ella me tomó por mis hombros y me apretó a su pecho.

Decía:

- Mon petit enfant. Mon petit enfant.

Me separó. No pude decirle nada. Las lágrimas bañaban mi cara. Los ojos nublados por la emoción que sentía no me permitieron hablar. Volví a poner mi cara en su regazo y también ella lloró.

Me volví y me dirigí al autobús, sin volver la cara, tomando el asiento que me habían asignado.

Miré a través del cristal y allí en el patio, las monjitas con sus blancos pañuelos en la mano los agitaban pesarosas.

Habíamos dejado una gran huella en el espíritu de aquel convento. Nuestras travesuras habían sido copiosas, pero también quedaban allí, el hálito de la inocencia del amor y de la alegría.

Partimos. Una vez más miré por el cristal tratando de localizar con mi mirada a sor Françoise. Vi como aquel pañuelo que le sirvió como bandera del adiós se lo llevaba a los ojos para secar las lágrimas que la decepción al separarnos había elaborado su espíritu.

Tomamos la ruta y al decir adiós a aquella gruta santa, a su basílica, a su pueblo, a sus gratos y cordiales moradores, la nostalgia de sus recuerdos primaba en nuestros corazones, con sonos melódicos de ternura y amor.

En la hora del mediodía terminaba nuestra etapa francesa. En la entrada del puente internacional de Irún en lado francés, nuestro autobús hizo su parada. Nos apeamos de él. Descargamos nuestras mochilas de la baca. Nuestras miradas convergían en un mismo punto, allí al final del puente donde sobre su mástil ondeaba la enseña patria: la bandera de España.

Nuestra tramitación aduanera fue muy breve. Tomando cada uno su equipaje en fila de dos iniciamos el paso del puente.

Encabezaba nuestra formación el Tío Tim seguido de los lobatos, nuestro grupo y tras de nosotros el resto que lo engrosaba el grupo Zaragoza.

Cuando nuestro pie pisó la cinta que sobre el asfalto del puente señalaba la tierra de España, de nuestra querida España, una sensación de triunfo retumbaba en nuestros corazones, que aceleraba sus pulsaciones ante la emotividad de sentirnos a salvo en nuestro verdadero hogar.

Sentir, desear, amar, cualquier calificativo cabe para el sentimiento, la añoranza y el deseo de un español fuera de su España. A mí y a mis jóvenes amigos, tal experiencia nos dio fortaleza en ese sentimiento, que solo los que se van saben como se siente.

Ahora era España la que nos recogía. No solo el solar de su tierra sino los hombres de ella. Allí al final del puente nos esperaban satisfechos y orgullosos de ver como esa juventud que se escapaba volvía alegre y emocionada al amparo de sus gentes.

La parada fue breve en la aduana española. Bastó que un agente de los carabineros que hacían la guardia contara el número de los componentes del grupo.

Seguimos nuestro periplo hasta un restaurante, donde se nos iba a ofrecer un almuerzo. Todo debía de estar previsto por los hombres que nos recibieron. La mesa puesta. Casi seguidamente se sirvió la comida.

La alegría que sentíamos casi parecía epiléptica. Nuestro ir y venir nervioso. Hasta el yantar tuvo características de apresuramiento.

Nuestro deseo nos dominaba. El anhelo de tantos días reprimido ahora culminaba felizmente, nos dominaba en cuerpo y alma.

La marcha hacia nuestra Zaragoza se inició poco más o menos sobre las cuatro de la tarde. Un alegre bullicio se hacía sentir en el autobús.

Canciones alegres, como el contento nuestro, acompañaron la marcha de nuestro vehículo.

Hasta Pamplona no paramos. Allí en la capital de Navarra las autoridades en el salón de actos de su ayuntamiento nos agasajaron.

Entonces supe por palabras pronunciadas por el representante de su concejo que nuestro grupo era el primero que regresaba a la patria desde que se iniciara la Guerra Civil. Por este motivo se nos festejaba con tal cariño. Sus palabras fueron emocionantes y llenas de esperanza para aquellos compatriotas que se encontraban en la situación que nosotros habíamos pasado. Tras felicitar a todos nos obsequiaron con bocadillos y otras chucherías propias de nuestra edad.

Nuevamente tomamos nuestro autobús. Esta vez escoltado por varios coches, formando una larga caravana por la carretera, iniciamos nuestra etapa final.

Ya de noche, el cansancio y los nervios nos ponían silenciosos y callados mirando tras los cristales, tratando de adivinar la proximidad de nuestro destino. Llegamos por fin a Zaragoza.



Basílica del Pilar de Zaragoza. Fotografía de los años treinta.

CAPÍTULO VIGÉSIMO

TERCERO

Al iniciar nuestro coche su entrada en la capital nadie pudo permanecer sentado en sus asientos.

Todos en pie mirábamos las luces de las calles dando gritos de júbilo cuando reconocíamos los lugares por donde pasábamos.

Al final del Paseo de Pamplona y la Facultad, nuestro coche paró. Nuestros padres, hermanos... ... todos se volcaron sobre le autobús.



Plaza de Basilio Paraíso con el Paseo de Pamplona al fondo. Fotografía de los años treinta.

Se abrieron sus portezuelas. Los gritos y las llamadas angustiosas y emocionadas. Las voces quebradas por el llanto acongojado.

- ¡Luis!

- ¡Juan!

- ¡Carlos!... ..

Salté del autobús y miré aturdido. La puerta se bloqueaba por las mujeres y los hombres que ávidos miraban quien se apeaba para tomarlo en su pecho, abrazarlo, llorar... ..

Me abrí paso y mi madre anhelante miraba sin ver. Corrí a ella presuroso. Me presintió más que me vio. De repente sentí toda la fuerza de su amor. Me cubría de besos. Lloraba, reía. Mis ojos arrasados por el llanto veían nebulosamente las figuras de mi alrededor. Más que ver, fui ahora yo quien presintió la presencia de mi hermana. Sus abrazos, sus risas, nerviosa y sus lágrimas vivas de amor se mezclaron con las mías en un efusivo abrazo.

En este momento fue cuando comprendí que “el alborozo emocional del sentimiento alegre y agradecido también fabrica lágrimas de amor”.

Pasado el momento subyugante de este encuentro, nosotros nos buscamos unos a otros, presentándonos a nuestros padres respectivos, porque aún ignorábamos en ese momento que todos ellos ya se conocían, por haber participado en más de una reunión, convocada por ellos, para conocer noticias nuestras que por cualquier conducto les llegaban.

Ahora era el Tío Tim quien estaba recibiendo el tributo de admiración y agradecimiento de nuestros padres. Se veía rodeado de todos ellos que se disputaban el honor de estrechar su mano y expresar a su vez, con voz emocionada, su sentimiento.

Tío Tim se veía abrumado por estas manifestaciones de afecto. Se mantenía envarado por la emoción. Pese a que su serenidad era incontestable, por primera vez, vi como dos lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Cuando todos los ánimos se fueron serenando, el Tío Tim nos invitó a que el próximo día acudiéramos por la mañana a nuestra sede uniformados para desde allí ir en formación a postrarnos ante nuestra Virgen del Pilar, para dar las gracias a su bendita protección.

Así se hizo. La totalidad de los exploradores nos acompañaron. Ante la sagrada imagen de la Virgen del Pilar, nuestras plegarias tuvieron todo el calor y el deseo de nuestros juveniles corazones...



Pensaba que en un relato como el que rememoraba no había héroes, ni tampoco víctimas. Todos aquellos hombres y niños que un día de Julio se marchaban de excursión de verano, estaban sanos y salvos y en sus hogares. Pues aún aquellos que no pudieron por razón de edad venir a Francia con los pequeños, gracias a las gestiones de Tío Tim, regresaron unos meses después.

Al recordar esta historia, solo quería, como si fuera una oración, resaltar los méritos de un hombre, que, si no tuvo el reconocimiento de un héroe, para mí sí lo fue.

Su humanidad, su fortaleza de espíritu y su valor en la defensa de aquellos que se comprometió a cuidar, fueron tan maravillosamente cumplidos, que su abnegación le costó hambre, zozobras, humillaciones y riesgo de su propia vida. Sé que si hubiera sido preciso dar su vida la hubiera dado. Que si su vida hubiera servido para sustituir la de uno de nosotros no hubiera vacilado en ofrecerla.

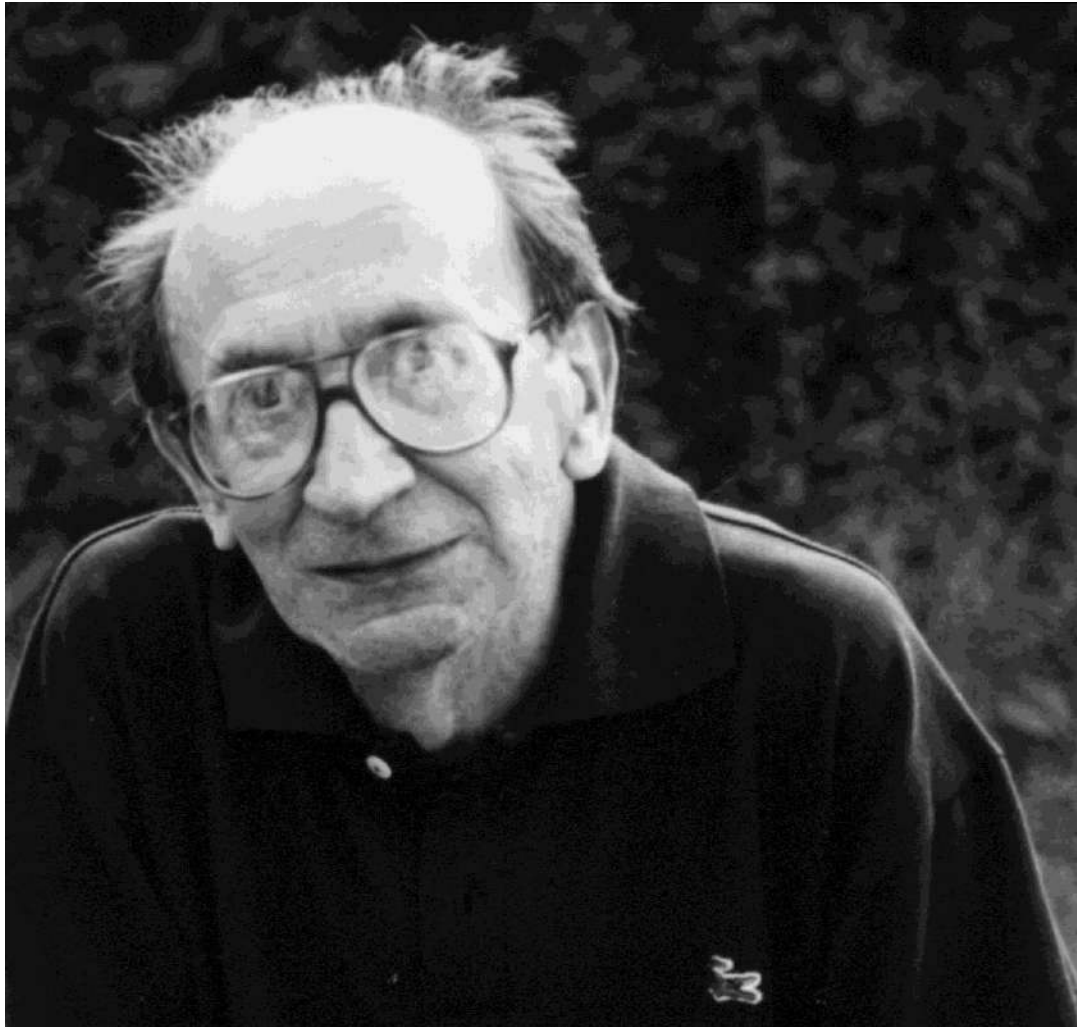
Por ello cuento el relato de esta aventura. Para que en él se refleje la callada labor de un hombre titánico, que, con humildad, hizo los más grandes sacrificios.

¡Dios te proteja Tío Tim!

Aquí en la tierra dejaste la huella de tu caballerosidad, tu templanza y ese gran espíritu de los scouts que tanto caló en nuestros juveniles corazones y que tanto beneficio espiritual nos ha dado.

¡Gracias por todo Tío Tim!





Fernando Bernadó Gavín, el autor, nació en Zaragoza en 1.924, miembro de una familia muy numerosa de veintitrés hermanos, escribió este relato en 1.967. Fernando, falleció el 12 de febrero de 2.010, tras haber disfrutado de una larga vida y del amor de su esposa, sus tres hijos y sus cinco nietos. Realizó múltiples relatos a lo largo de su vida, lamentablemente ninguno ha sido publicado, pero siempre ha contado con el reconocimiento de sus amigos y familiares.

Febrero de 2010.

Julio de 2021

Siempre estarás en nuestro corazón.